

# EL CÍRCULO DE LAS 100 AGUJAS



MIGUEL MESA SIERRA

# **EL CÍRCULO DE LAS 100 AGUJAS**

**Miguel Mesa Sierra**

## ÍNDICE

1. Leyendas
2. El diario
3. El mapa
4. Contratiempos
5. La liberación del alma
6. La sala de las cien agujas
7. Encerrados
8. El fuego revelador
9. El comienzo de la matanza
10. El niño perdido
11. Una nueva alma
12. Los sentimientos de un alma
13. Los cuadros fragmentados
14. La triste leyenda
15. Luz al final del túnel
16. Edward
17. Seis meses después



## Capítulo I

### Leyendas

- ¡Vamos Max, ya es hora de levantarse! – gritó una voz lejana desde la cocina.

Aunque perezoso, se levantó ágilmente de la cama ante la ya rutinaria llamada de su madre. Estiró sus brazos hasta el límite y bostezó lentamente después de aquella desesperante noche plagada de pesadillas. Pasó la manga del pijama, suave y arrugada, por su frente, cargada de gotitas de sudor que inmediatamente absorbió. No tardó en coger el uniforme que yacía apoyado sobre la mesa de estudio cuidadosamente doblado y planchado. Se lo puso y comprobó frente al espejo lo bien que le sentaba. Echó los libros a la mochila sin prestar mucha atención y cuidado.

El olor a huevos fritos y bacon que Cathy, su madre, estaba preparando, hizo que Max bajase apresuradamente las escaleras. Entró desperezándose y frotándose los ojos. La cocina era enorme, los muebles estaban dispuestos entre la pared frontal y lateral, también una barra americana dividía el comedor.

Cathy lanzó una discreta sonrisa a su hijo y revolvió su cabello castaño. Aún con los ojos entornados, Max le devolvió el gesto con un beso de buenos días. Estaba ansioso por comer aquel desayuno pero para no llegar tarde al primer día del nuevo curso, tomó un simple vaso de leche para hacer acopio de energía; al menos hasta la hora del almuerzo.

El autobús ya le esperaba en la puerta cuando salió de casa.

Durante el trayecto el muchacho imaginaba como serían sus nuevos compañeros. Sentía alegría porque conocería nuevas personas y tendría nuevos amigos, por otra parte miedo a lo desconocido. En su mente, una amalgama de sentimientos imposible de explicar.

Un chico atrajo la atención de Max, caminaba por el pasillo del autobús manifestando con su mirada no saber dónde sentarse. Tras un rápido gesto con la mano, le indicó que quedaba un asiento libre junto a él. Se sentó a su lado y se presentó.

- Hola, soy Jerry. ¿Tú cómo te llamas? – preguntó intentando ser amable con la única persona que le había ofrecido un sitio en todo el autobús.
- Yo Max... - algo cortado, intentó continuar la conversación con el desconocido - y vivo en Royal Street, cerca de la biblioteca ¿Dónde vives? Quizá sea cerca de mi casa -dijo el muchacho percatándose del revuelto pelo rubio del joven.
- No vas a creerme pero, aun no sé donde vivo... no conozco muy bien la zona y no sabría situarla. Hace escasas dos semanas que me instale aquí, es una casa antigua de las afueras de la ciudad, no sabría decirte – confesó algo cortado.

El muchacho tardó un rato en volver a hablar, intentaba situar de alguna forma la casa de Jerry, aunque le fue imposible.

El autobús frenó en seco cortando aquella conversación un tanto forzada; ya habían llegado al instituto. Bajaron del autobús, perplejos contemplaron el edificio.

Era colosal. Tenía una clásica forma rectangular, sus paredes blancas, aunque oscurecidas por las inquietas sombras de las ramas que el viento mecía. En parte, cubiertas por hiedra y otras plantas que trepaban en busca de sol, era la cara más apagada. Estaba encuadrado por inmensos y elaborados jardines, normalmente usados por los estudiantes para tomar la merienda a la sombra de los centenarios olmos. También una alfombra de césped recién cortado vestía con elegancia el suelo.

La mañana fue un ir y venir de profesores escupiendo información sin frenos. Como cada año, los docentes repetían sin remordimientos el mismo discurso que taladraba una y otra vez los oídos de los allí presentes.

- ¡Adiós! – se despidieron ambos al unísono. Max tuvo que andar unos metros hasta su casa. Jerry aún tuvo que coger el tren para llegar.

Tanto Max como Jerry habían congeniado a la perfección. Sus charlas entre clases les habían permitido descubrir que compartían ciertas aficiones y gustos, pese a tener caracteres no contrarios, pero si diferentes.

Era admirable la capacidad de adaptación de ambos. Los cambios, en cualquier ámbito de la vida, no suelen ser fáciles. Es difícil desprenderte de lo que te rodea y dejar atrás viejos recuerdos y vivencias, incluso personas queridas, como era el caso del tímido niño rubio, Jerry. Max, por otro lado, también se enfrentaba a una nueva vida, a un cambio de etapa.

Al principio será complicado para ambos, pero más tarde se alegrarán de lo que en un principio miraron con recelo.

Muestra de la madurez y las buenas intenciones de ambos, decidieron quedar aquella misma tarde para seguir conociéndose, sin dejar de lado las tareas del día siguiente. Al fin sabrá dónde estaba su casa, Jerry no había sabido expresarse con demasiada claridad. Aquella mañana había pasado muy rápidamente para Max, que se agobiaba pensando que la rutina regresaba.

Cuando llegó a casa, un succulento manjar le esperaba, presidido por un gigantesco bistec de ternera que parecía llamarle a gritos.

Entró a la cocina.

- ¡Hola mamá!- saludó Max con entusiasmo.  
- Hola hijo, mira todo lo que te he preparado, supongo que estarás hambriento... ¿cómo ha ido tu primer día? – la madre de Max había sustituido el delantal, poco elegante y lleno de manchas, por un refinado pantalón largo negro, combinado con una camisa sin mangas del

mismo color. Con el pelo recogido en un recatado moño y un sencillo maquillaje terminaba de llevar los últimos platos a la mesa. Siempre vestía muy arreglada, y aún más cuando se trataba de alguna conferencia, como había sido el caso. Pese a haber tenido tan poco tiempo para preparar la comida, había elaborado gran cantidad de platos. Era una mujer tan buena en el trabajo como en la cocina.

- No ha ido mal pero nos han mandado mucho trabajo para casa. ¡Ah!,...por cierto, he quedado con un compañero, Jerry, para hacer los deberes.

- Vale hijo pero empieza a comer que se enfría – dijo Cathy, feliz de que su hijo hubiera entablado amistad tan rápido.

Comió copiosamente pues por la mañana no había desayunado apenas, a pesar del consistente desayuno que le habían preparado.

Ya era casi la hora y quería ser puntual para evitar causar mala impresión. Tardó pocos minutos en llegar a la estación.

Max se dirigió a una cabina para sacar el billete, indicando la dirección que Jerry le había facilitado para coger el andén correcto. La chica imprimió el billete, pero le advirtió que el tren lo dejaría un poco lejos de esa calle. Por lo que le comentó, era una única casa habitada que había en esa zona.

Comprobó la hora de salida y vio que le quedaban escasos cinco minutos para llegar al andén indicado. Los altavoces anunciaban, junto al desagradable ruido de las ruedas rozando con las vías la llegada del aparato.

Eran las cuatro y media de la tarde, llevaba alrededor de una hora allí sentado y ya todo el mundo se había bajado. Únicamente quedaba él, al menos en ese vagón. Max estaba empezando a preocuparse, la parada señalada en su billete no llegaba y algo extraño pasaba. “*¿Me habré equivocado de andén?*” se preguntó volviendo a mirarlo y descartando rápidamente esa hipótesis.

Había pasado un cuarto de hora desde la última vez que había mirado el reloj. Algo menos de hora y media llevaba allí sentado hasta que, para su tranquilidad, la megafonía del ferrocarril anunció la última parada, que era la suya. El muchacho resopló aliviado. El tren aminoró la velocidad hasta pararse.

Bajó rápidamente y se desperezó exageradamente. Miró a su alrededor, no había nada más que una pequeña oficina y un techado para la lluvia pertenecientes a la estación.

No tenía el teléfono de Jerry, no sabía dónde estaba su calle... Por lo tanto se acercó a la oficina que tenía a escasos metros. Abrió la puerta aguantando el desagradable sonido que emitía y entró sin dudarle, tenía prisa.

El techo de aquel pequeño despacho estaba totalmente calado por el agua, no debía tener el aislamiento adecuado. Un pequeño mostrador estaba justo enfrente de la puerta y al lado un

descuidado ficus con poco lustre. También había un armario cuya madera estaba picada y una puerta descolgada por la falta de una bisagra. La primera impresión que tuvo el muchacho no era demasiado buena pero tenía que preguntar si no quería llegar aún más tarde de lo que lo iba a hacer.

Se asomó al mostrador ya que no habían tenido la amabilidad de dirigirse a él, pero no había nadie. Extrañado, se giró y abrió la puerta para marcharse cuando repentinamente una voz comenzó a hablarle:

- ¿Qué deseas muchacho?

Max se sobresaltó al ver que alguien le hablaba, cuando él era la única persona que estaba en la oficina. Soltó el pomo de la puerta y miró hacia atrás. Con voz temblorosa e insegura soltó:

- Ho...Ho...Hola – balbuceó percatándose de que un anciano de pelo canoso gris le estaba hablando - ¿Está esta calle muy lejos de aquí? – preguntó antes de carraspear para aclararse la voz.

Se subió las gafas para ver el papel que le mostró el muchacho, frunció el ceño y lo miró sonriente. Max no supo cómo interpretarlo pero rápidamente obtuvo respuesta.

- Sal por la aquella verja y continúa la calle hacia la derecha hasta que llegues hasta un camino de tierra que encontrarás nuevamente a la derecha, ya la verás, es fácil de reconocer.

Salió de la estación y se detuvo, únicamente había una larga calle sin casa alguna y con poca vegetación. *“La periferia de las ciudades siempre tan solitaria”*.

Siguiendo las instrucciones recibidas tomó la calle hacia la derecha. *“Aún me pregunto cómo ha aparecido ese hombre ahí, estoy seguro que cuando entré, yo era la única persona que estaba allí”*. Había avanzado cientos de metros y aquel camino hacia la derecha no llegaba, por lo que decidió volver sobre sus pasos y esperar o, quizá, volver a casa.

Max no sabía qué hacer en ese momento, ni Jerry ni el anciano de la estación le habían explicado con detalle cómo encontrar esa dirección. Miró el reloj, llegaba más que tarde a y Jerry no le había proporcionado un número al que llamar.

- ¡Max, Max! – gritaba una voz a lo lejos.

Se giró ante la llamada, era Jerry que venía sonriente y fatigado hacia él. Se saludaron con un apretón de manos.

- ¿Llevas demasiado tiempo esperando? Olvidé darte mi número y comentarte que mi casa está un poco alejada de la estación, aunque no creo que hubieras sabido encontrarla.

- No, no te preocupes, no tiene importancia, sólo han sido cinco minutos de nada, – dijo intentando ser un poco amable, aunque realmente había sido un tiempo agobiante, sin saber



qué hacer en aquella estación fantasma – le he preguntado al señor de la oficina, pero no ha servido de mucho.

Con gesto sorprendido comentó algo que daba más misterio al asunto.

- Mmm... Max, las oficinas de esta estación llevan cerradas casi medio siglo. Las pocas casas de la zona fueron abandonadas y no era rentable, sólo se mantuvo la parada. Ahora mismo sólo hay dos casas habitadas.

- Es imposible, he entrado ahí – señaló con el índice – y un señor mayor me orientó.

- No sé qué decirte Max, pero estoy tan seguro como de que respiro.

- ¡Jerry! Me dijo que debía girar hacia la derecha y llegar hasta un camino de tierra a la derecha de nuevo– repitió pese a estar seguro de ello.

- ¿Cómo que había alguien ahí dentro? Aunque lo que más me inquieta no es eso, ¿Cómo sabía que debías coger el camino de tierra? La dirección que te di era esta calle, sin más. Max continuaba realmente intrigado pero Jerry seguía tan perplejo como él, así que lo dejó pasar.

- No le demos más importancia, ten en cuenta que hay muy pocas casas por aquí – lo que realmente le inquietaba eran las extrañas circunstancias en que el hombre mayor apareció allí.

- De acuerdo, aun así siento la espera y como disculpa... toma es para ti, – Jerry extendió la mano ofreciendo a Max un extraño amuleto – lo he fabricado yo.

- Pu... pues,- tartamudeó Max sin saber que decir- muchas gracias. El muchacho prefirió no sincerarse para no herir los sentimientos de Jerry, era un simple trozo de amatista colgada de una cuerda, pero tampoco quiso mentirle, entonces decidió enmudecer.

Adornó su cuello con la amatista y sin más dilaciones continuaron esa misma calle, durante al menos diez minutos, que emplearon en conocerse más. Parecían no avanzar, el camino era monótono y largo, se repetía el paisaje constantemente, la única señal de que lo hacían eran aquellas luces de neón intermitentes que se alejaban, ya casi inapreciables. Más y más árboles gigantescos dispersos en la llanura y aquel tendido eléctrico que rompía con el resto avanzaban junto a sus pasos. Una sola casa habían encontrado durante la caminata.

- Mmm... Empiezo a dudar que tú sepas llegar - comentó Max irónicamente, aunque insinuando que se cansaba de andar.

- No había mejor momento para callar – rió, señalando el famoso camino de tierra marcado por las ruedas de los coches.

No supo cómo tomárselo, únicamente sabía que no debería haber dicho nada. Una vez en el camino, y tras unos veinte metros, ahí estaba, dos pilares de ladrillo visto y cubiertos por musgo

señalaban la entrada. Un jardín inmenso tapizado de flores adornaba la entrada a la vivienda. Aquel sendero de tierra se convirtió en un camino de verde césped recién regado.

Dos preciosas columnas sostenían una enorme terraza bajo la que estaba la puerta principal. Sus elaborados capiteles, sus refinados materiales, los relieves en la madera del pórtico... era una casa antigua digna de un rey.

Max caminaba sin decir una sola palabra, movía la cabeza de un lado a otro y todo lo que abarcaba su visión era espléndido. Dos pisos se levantaban del suelo, numerosas ventanas salpicaban las paredes construidas con rocas color ocre. El muchacho no cabía en su asombro, no es que esperase algo más humilde, pero la casa no era para menos.

- ¿Qué tal? – preguntó una voz a lo lejos. Era la madre de Jerry, asomada desde una de las ventanas.

- ¡Nos hemos encontrado en la estación!

Lanzó una cálida mirada a su madre y palpó sus bolsillos en busca de las llaves, pero su padre ya abría la puerta ofreciéndoles entrar. La madre bajaba las escaleras con alegría, besó la mejilla de su hijo y le dio la bienvenida a Max de la misma forma.

- Él es Max, un compañero del instituto. Me ha sido de gran ayuda en mi primer día. Eso de no conocer a nadie, no es fácil.

- Encantado Max, siéntete como en casa y... muchas gracias – pronunciaron los padres al unísono.

- He preparado pastas para la merienda, si os apetecen, están en la cocina – sus arrugas de expresión al sonreír indicaban que tendría unos cincuenta y pocos.

La primera imagen que la familia proyectaba era sorprendente, era perfecta, su sincronía, su alegría, aquellos gestos cómplices que se cruzaban... un modelo a seguir.

*“Tampoco puedo quejarme de la mía”* – pensó el muchacho.

Dejaron el recibidor atrás y pasaron un extenso corredor lleno de vasijas y diversos objetos romanos metidos en urnas como si de un museo se tratase, revelando así una de las pasiones del padre de Jerry, un veterano explorador amante del arte romano.

Llegaron a un pequeño despacho lleno estanterías repletas de libros donde se sentaron en dos cómodas butacas de piel uno a cada lado de la mesa. Resoplaron y comenzaron a sacar material de trabajo de sus mochilas y empezaron a hacer los ejercicios que el profesor les había mandado.

Un agradable olor inundaba la habitación. Discretamente penetraba por las fosas nasales liberándolas gracias a su toque mentolado. Todo esto era gracias a ambientadores que colgaban de algunas baldas de la estantería. Seguramente todo esto era para evitar el olor a humedad, el techo

estaba totalmente calado, rompiendo con la perfección del resto de la vivienda.

- Jerry, ¿qué resultado te da esa operación? – comentó Max intentando romper aquel silencio que tan poco lo gustaba.

Jerry respondió a la pregunta de Max y, tras terminar los ejercicios de química se dirigieron a la cocina para descansar un rato y así. Continuaron charlando mientras tomaban unas deliciosas galletas de chocolate recubiertas de nata:

- Jerry, ¿cuánto tiempo llevas viviendo aquí? – repitió de nuevo la pregunta que antes le había formulado en el autobús. El frenazo le había impedido escuchar la respuesta.
- Algo más de una semana. A mi padre le dieron traslado en el trabajo, lo cambiaron de colegio, es maestro- respondió. De hecho, apenas he visto la casa al completo.
- Si, la verdad es que se ve bastante grande, al menos desde fuera.
- Cuatro baños, cinco dormitorios, dos salones, una cocina, el despacho y un sótano. Notarás que tengo los planos muy recientes – dijo entre risas. ¿Qué te parece si le echamos un vistazo? No nos vendrá mal para despejarnos.

A la hora de hacer los deberes cualquier excusa era buena para dejarlo, así que dejaron atrás la cocina para ver el salón. Las columnas romanas y las baldas de escayola formaban una estantería que cubría casi todo el perímetro del espacioso salón, a excepción del espacio para la televisión y la chimenea. Novelas, enciclopedias, libros de texto, poemas, cómics, todo tipo de literatura tenía cabida allí. El aura tranquila y acogedora inspiró al muchacho mucha confianza.

Tanto Jerry como Max paseaban su mirada por la habitación, fijándose en detalles que a primera vista fueron inapreciables, como viejos bocetos enmarcados y dispuestos horizontalmente en uno de los pilares o las pequeñas figuras de escayola del Coliseo romano y del Partenón que servían de centro en la fornida mesa de madera. Jerry no había tenido oportunidad aún de pararse a ver su propia residencia, la semana que había pasado allí había sido un ir y venir de cajas de la mudanza.

- ¿Qué tal si pasamos un rato viendo lo que hay en el sótano? Todas las pertenencias de los antiguos propietarios están ahí abajo.

No le dio tiempo a parpadear cuando ya bajaba emocionado las escaleras. Encendieron una solitaria bombilla tirando de una cuerda para tener algo de luz.

Era la segunda vez que bajaba allí, la primera fue cuándo acababan de mudarse, pero haciendo un pequeño rastreo visual el miedo pudo con su curiosidad. Esto era algo que no compartían, Max era valiente y atrevido, aquella penumbra no le había incitado más que a bajar a explorar. Para Jerry era la oportunidad perfecta, podrían rebuscar entre los recuerdos y pertenencias pasadas que dejó apiladas el antiguo propietario, a quién no llegaron a conocer.

El aura de aquella sala y la oportunidad de saber algo sobre el pasado del inmueble hacía que aquellas cajas desearan ser abiertas.

Era una habitación bastante amplia, descompasada con el estilo lujoso y clásico del resto de la casa siendo austera y con materiales de poca calidad. El suelo era de hormigón sin revestir, al igual que las paredes en las que había colgadas herramientas y utensilios de jardín comidas por el óxido.

- ¿Empezamos? – propuso Max impaciente y emocionado.

Con cuidado cogieron la caja que coronaba la pila y la abrieron con aire misterioso. Comenzaron a extraer objetos de ella y a dejarlos con cierto orden sobre el suelo para después verlos más a fondo. Resultaba un ir y venir de manos que sacaban objetos sin valor ni interés alguno. No tardaron demasiado, estaba medio vacía así que se levantaron para bajar la siguiente. Esta segunda, tenía un peso mayor que la otra, señal de que había muchas más cosas en su interior. En el intento de posarla en el suelo, Max se clavó una astilla pero no fue impedimento para continuar. Hicieron lo mismo que con la anterior, sacaban las cosas y las dejaban en el suelo mientras terminaban de vaciarla para después guardar conforme iban mirando.

Terminadas ya las dos primeras cajas, iniciaron una visión más detallada de todo lo que habían sacado, primero agruparon todas las fotografías; en blanco y negro, ya bastante desgastadas por los bordes y con papel combado, pero se podía apreciar perfectamente las escenas que captaban. Todas ellas eran familiares, es más, en casi todas ellas aparecía un matrimonio y lo que parecía ser sus hijos, dos muchachos y una bella chiquilla menor que los anteriores. Entre todos los objetos que había se encontraban también broches de oro, postales, figuritas de madera talladas y poco más.

Suspiraron cansados ya de indagar en aquellas cajas y guardaron todo de nuevo en su interior a excepción de un libro en muy mal estado de conservación, cuyo contenido avivó de nuevo su curiosidad.

- Se presentaba mejor de lo que ha sido, ¿no? – concluyó Jerry.
- Bueno, yo no dejaría de lado este libro - un sexto sentido atrajo peligrosamente a Max hacia ese cuaderno.

En la portada no se podía apreciar con claridad el título, entonces leyeron algunas de sus páginas interiores para finalmente averiguar que era un mero libro de leyendas urbanas. En ese momento decidieron dejarlo donde estaba y buscar otro divertimento, aunque se fijaron en que una de las páginas estaba suelta y manuscrita; decidieron leerla:

*“Se habla de un suntuoso castillo situado en un lugar desconocido para todos. Cuentan que este es el mayor edificio construido por el hombre, aunque tampoco se sabe con certeza si ha sido edificado por manos humanas. Cuenta con numerosas y ostentosas habitaciones repartidas en dos plantas. La que a nosotros nos incumbe es la más alta y sombría que hay en la tercera*

*torre.*

*Se dice que esa estancia estaba ocupada por un alma, un alma sedienta de venganza, el motivo no se sabe, hay muchas historias que apuntan que fue una traición, otros que el motivo fue una muerte, y así, cientos de ellas que intentan indagar por qué se producían extraños sucesos.*

*Aquella alma está retenida en un círculo de agujas que, en conjunto, crean una fuerza magnética invisible que le impide escapar. Si alguien quita una sola aguja de la sala, la protección se romperá y el alma escapará y matará. Cuando ésta se libere creará terror en la ciudad, será la culpable de la muerte de decenas de personas, siendo la última de sus víctimas quien la suceda en ese tortuoso castigo hasta que de nuevo sea liberada.*

*Liberarla es fácil, pero librarte de ella, no.”*

Max sentía que aquella hoja no había aparecido en aquel libro por casualidad, había notado que era algo más que una leyenda, que había algo cierto, incluso más de lo que pensaba. La mirada cómplice de los jóvenes se cruzó en señal de que habían sentido lo mismo, esa historia pedía ser investigada. En su estómago un centelleo que hacía tiempo que no sentía, en su cabeza mil quimeras por cumplir. Amante del género fantástico, veía ante él la oportunidad que nunca hubiera imaginado.

Miró el reloj de la pared, marcaba las diez de la noche pasadas. Habían estado allí abajo algo más de dos horas sin apenas percatarse del paso del tiempo. Entonces Max decidió volver a casa lo antes posible para que la regañina de su madre fuera lo menor posible. Jerry se ofreció a acompañarlo hasta la estación pero el muchacho le pidió que se quedase en casa, no quería causar más molestias.

Tomó el camino de tierra que conectaba con la vía principal y llegó a la estación sin problema alguno. Aún quedaban veinte minutos para la llegada del último tren, entonces se sentó en un banco junto a las vías a esperar. La oscura estación no resultaba demasiado agradable y Max, pese a ser valiente y atrevido, sentía un poco de miedo. La temperatura había bajado considerablemente tras la caída del sol, una leve brisa corría y levantaba las hojas secas del suelo. *“Esa leyenda... quizá debería haber pedido a Jerry que me acompañase”* – pensó en voz alta.

El muchacho cerró la cremallera de su chaquetón hasta el cuello y se acurrucó en un extremo del banco evitando la corriente fría. De nuevo mirando el reloj con impaciencia, deseaba llegar cuanto antes a casa y taparse con el cálido edredón de su cama.

Se escuchaba el crujir de las hojas pero el muchacho no conseguía ubicarlo en el espacio, notaba que alguien se acercaba, el sonido se hacía más intenso pero Max seguía indiferente y continuaba con la mirada perdida en el paisaje. Finalmente la silueta de un hombre apareció bajo la farola y se sentó en el banco junto a él sin decir palabra alguna. Lo miró de reojo sin mantener demasiado tiempo la mirada y vio que era el extraño anciano que le había atendido esa misma tarde. Empezó a sentirse incómodo por el misterio que rodeaba a aquella persona pero mantuvo la

calma hasta que los faros del tren iluminaron la pequeña estación.

Para su tranquilidad el anciano se levantó del banco y se marchó. Max vio como una hoja de papel caía del bolsillo de su chaqueta y corrió tras el hombre para devolvérselo. Lo perdió rápidamente de vista, como si se difuminase en la oscuridad, además no tenía tiempo, el tren acababa de abrir sus puertas y era el último que pasaba hasta el día siguiente, así que subió y se sentó en el vagón con ese papel entre las manos.

Aún le quedaba un rato de viaje por lo que decidió leer el papel que el anciano había perdido en la estación. Lo desdobló con cuidado y vio que había manuscrita una pequeña frase, a la que en un primer momento no encontró demasiado sentido: *“La ausencia de prueba no prueba la ausencia”*

El muchacho no supo muy bien cómo reaccionar ante aquella nota, ¿estaría dirigida hacia él? ¿Tendría algo que ver con la leyenda que habían leído aquella misma tarde? ¿Se referiría al alma?

\*\*\*

Cathy regañó a Max por la hora a la que había llegado pues sus excusas no le valían para nada. Ella era dura y persistente pero a su vez cariñosa, todo lo hacía por el bien de su único hijo. El joven se marchó a la habitación para dormir, al día siguiente le esperaba un duro trabajo.

Pensaba emocionado ¿qué pasaría si de verdad encontrase la el castillo?, ¿qué sucedería?, ¿qué cambiaría?

Todas esas preguntas vagaban sin respuesta en la cabeza de un niño confuso. Dándole vueltas, Max concilió el sueño rápidamente.

El despertador sonaba, la luz entraba por la mañana, era la escena que comenzaba a repetirse en el día a día de Max. El chico marchó al colegio con ganas de ver a su nuevo amigo y seguir indagando en aquel asunto en que se habían involucrado.



## Capítulo II

### El diario

El joven llegó a casa tras pasar la mañana en el instituto junto a Jerry. Había sido realmente aburrido, aquello le recordaba a la rutina de años anteriores, cosa que no le agradaba demasiado. En aquella emocionante mañana, decidió que esa misma tarde se pasaría por la biblioteca para intentar saber algo más de aquella historia que la tarde anterior habían encontrado. También le comentó a Jerry la idea y curiosamente aceptó encantado. Aún mantenía la ilusión del día anterior. Nunca habría esperado un sí por respuesta de parte de su nuevo amigo ya que como había podido observar era un chico tímido y también bastante asustadizo. Quizá se había dejado influenciar por Max y se contagió de su viveza y vitalidad.

En la breve comida Max contó a su familia lo bien que le había ido el día y que iría a la biblioteca a hacer unos trabajos para el instituto. Estaba ansioso por conocer algo más sobre aquello. Dejó su plato en el fregadero y con un frío adiós fue a la biblioteca.

Estaba situada junto a la plaza del ayuntamiento, que se encontraba recién reformada. Habían plantado muchos jazmines y naranjos en los alrededores, su olor penetraba por las fosas nasales del muchacho. Estaba tan cerca de casa que no fue necesario usar ningún medio de transporte.

Entró, era un edificio redondo y con varios siglos de antigüedad, pero gozaba de un excelente estado de conservación. Además, como había leído en el periódico local, nuevos cargamentos de libros habían entrado allí, procedentes de bibliotecas cercanas, así habría más posibilidades de encontrar la leyenda sobre alma.

Minutos después de llegar, Jerry atravesaba el umbral de la puerta principal y mostraba un gesto de saludo mientras se acercaba a él.

Se aproximaron hacia uno de los mostradores de información para no perder demasiado tiempo y así saber el lugar exacto donde buscar:

- Perdona, ¿Dónde podría encontrar este libro? – dijo Max enseñándole un trozo de papel arrugado en el que estaba escrito el nombre del libro que la tarde anterior habían leído.

- Un momento por favor, – ésta se giró y miró en su ordenador – el segundo pasillo a la derecha – dijo finalmente.



- Gracias.
- Max, iré a la hemeroteca para investigar entre los periódicos locales de las últimas décadas, podríamos encontrar algo de ayuda – dijo Jerry encaminado ya hacia donde indicó.

Max se dirigió al pasillo señalado. Era poco luminoso, algo inusual en una biblioteca pero la enorme estantería de madera de encina llegaba hasta el techo y esto impedía el paso de la luz solar.

Tras contemplar las estanterías el joven pensó que no sería muy difícil encontrar algún libro sobre esa leyenda pues había miles de ellos, alguno habría sobre lo que buscaba.

Se puso manos a la obra y empezó a mirar por la parte más baja de la estantería. Apartaba libros, leía su resumen, ojeaba las páginas interiores pero ninguno hablaba del alma, ni del castillo. Muchos de los libros que había visto eran de leyendas, pero ninguna coincidía con la que buscaba. Estaba algo cansado pero deseaba mucho encontrar alguno que contuviese la más mínima información.

Para poder seguir buscando tuvo que pedir unas escaleras, ya no llegaba a los estantes más altos. Con esta ayuda continuó hasta que al cabo de media hora la ilusión de Max por encontrar algo valioso ya casi se había desvanecido, quedaba únicamente el último estante. Miró insistentemente hasta que vio un antiguo libro con una portada muy bonita en cuero negro y con protectores dorados para las esquinas. Era muy extraño, no tenía título ni aparecía tampoco el nombre del autor ni de la editorial pero al ojearlo vio que podía servirle de ayuda. El libro convenció a Max, al fin y al cabo, era el único que había encontrado sobre el alma. Llegado ese momento fue en busca de su compañero para ir a casa y leerlo. Jerry tampoco había conseguido nada en esa aburrida tarde, removiendo cientos y cientos de periódicos que no reflejaban nada de utilidad.

La bibliotecaria miró al muchacho con recelo ya que era la primera persona que había cogido el libro desde que entró en el centro, como le comentó dada su insistencia en querer llevárselo. No le daba muy buenas sensaciones.

- Escúchame muchacho. Llevo más de veinticinco años trabajando en este paraíso. Todo libro esconde una historia que desea ser contada, todo libro esconde una traza de misterio que nos hace abrirlo... En definitiva, todo libro continúa vivo mientras haya una sola persona que lo coja entre sus manos y pose sus ojos sobre él. Han pasado miles, millones de libros diría por estas manos, y nunca había sentido nada parecido.
- Estoy seguro de lo que hago. Agradezco su amabilidad - lanzó Max, adelantándose a Jerry que cada vez guardaba más las distancias con aquel cuaderno.

La señora le dijo el día de su devolución sin volver a insistir y los dos se marcharon a casa de Max, que era la más próxima a la biblioteca.

Camino a casa, Max vio oportuno comentar a su compañero de aventuras lo acontecido la noche anterior en la estación.

- Sé que me dijiste que la estación llevaba muchos años cerrada, pero te juro que allí había un hombre que me atendió. Bien, todo esto viene a que cuando anoche volvía a casa lo vi de nuevo y dejó algo, mira – sacó el arrugado papel de su bolsillo y se lo mostró a Jerry.

- Increíble, se refiere a la leyenda. Resulta imposible creer que un desconocido se haya intentado comunicar con nosotros sobre algo que sólo tú y yo sabemos.

- Por eso necesitaba ese libro. Cada vez tenemos más piezas que poder encajar.

Llegaron lo antes posible y se encerraron en la habitación del muchacho, intentando guardar en secreto aquello que investigaban, al menos en un principio. Se sentaron en las sillas frente al escritorio y destaparon la portada para ponerse manos a la obra. Lo primero que observaron es que no era un libro editado en la imprenta, sino un diario manuscrito por alguien cuya identidad de momento desconocían.

“31 de Abril

*Es un día muy triste, es un día oscuro y gris para mí, mis padre han muerto, fueron asesinados por unos encapuchados mientras regresaban a casa. A tan sólo un par de días de que recibiesen protección policial*

*Papá y mamá me regalaron este diario para que escribiese mí día a día, decían que ya era un niño lo suficientemente grande como para saber escribirlo. Pero por desgracia no pudieron leer las primeras páginas.*

*Siempre los he querido mucho, nunca los olvidaré, es más juro que mis padres serán vengados. Este día nunca se borrará de mi memoria, ¡me vengaré!”*

Ya las primeras líneas dejaban entrever la dureza del texto. A cada párrafo las palabras se hacían más desgarradoras, como pidiendo ser leídas por unos ojos que ya nunca podrían hacerlo.

“1 de Mayo

*Cada día, cada hora, cada minuto noto más su ausencia, condenados sean los asesinos que los mataron, pero ellos solos no lo pagarán, muchas más personas lo harán ¡me vengaré! ”*

Estas dos últimas palabras se repetían a lo largo de las cinco siguientes páginas, por lo tanto continuaron leyendo por el día seis de mayo. Las palabras de aquel diario eran tan maduras que no parecían estar escrito por un niño:

“6 de Mayo

*Hoy es mi cumpleaños, pero estoy solo, muy solo. Siento que la gente me esquivo, me repele. Mi tía Gilda, cada vez se comporta con más frialdad. Cuando le hablo me ignora y ni siquiera me mira, sé que ya no me quiere, la cuerda que nos unía se había roto en mil pedazos. Ahora sé los verdaderos sentimientos que siente hacia mí, ya no los puede ocultar bajo una sonrisa durante los pocos momentos que antes nos veíamos. Antes, su mirada era cálida y enternecedora, pero ahora, sólo estaba vacía, una mirada fría, una mirada llena de desaprobación y desprecio. Mi tía ni siquiera se ha acordado de mi cumpleaños.*

*Lo que recuerdo de mi último cumpleaños con mis padres es la visión de su sonrisa, que me reconforta cada día. Es como una fuerza sobrenatural que me ayuda a seguir adelante, día a día.*

*Pero hoy ni siquiera eso me da empuje para continuar; es el cumpleaños más triste de mi vida, un cumpleaños que pasaré aquí, sentado en la cama, intentando recordar los momentos más felices, pues mi tía está totalmente ajena a mis sentimientos.*

*Mis padres siempre celebraban mi cumpleaños por todo lo alto; lo disfrutábamos en casa y siempre invitábamos a los vecinos y amigos del barrio. Mientras los mayores hablaban de sus cosas, a los niños nos entretenía un alegre payaso*

*Ahora sé que mi vida se torció en el momento en que vine a vivir con mi tía.”*

“7 de Mayo

*Ya estoy cansado de tanto sufrimiento y soledad; hace ya una semana de la muerte de mis padres.*

*Mi tía está harta de mantenerme y esta misma tarde me llevará a un orfanato (según escuché mientras hablaba por teléfono).*

- ¡Jason, recoge tus cosas! – gritó tía Gilda – el autobús está a punto de llegar.

*Estas palabras fueron para mí como una puñalada de gélido acero en mi espalda. Mi tía me había abandonado. Nunca pensé que iba a llegar tan lejos. El autobús llegó a la parada y ella, como única despedida, me empujó bruscamente hacia la puerta de salida. Ni una mirada cariñosa, ni siquiera un simple adiós.*

*Durante el viaje recordaba los mejores momentos pasados con mis padres; todos juntos y felices. El orfanato donde me internarían se encontraba a más de treinta kilómetros de todos los recuerdos felices que aún conservaba. Al llegar al centro ya había oscurecido, apenas tuve tiempo de fijarme en el edificio. Cuando entré todo me resultó frío, impersonal; fui recibido por un empleado que me acompañó a la que sería mi nueva habitación. En ella había otros tres chicos de mi edad, que apenas si me saludaron, se marcharon a tomar la cena. Me retrasé un poco mientras intentaba ordenar mis cosas en mi pequeña parte del armario.*

*El funcionario que me recibió me acompañó también al comedor común y como me veía tan triste me dijo que me animase, que vivir allí no sería tan malo. Yo sólo sentía que no tenía ganas de vivir, estaba harto de la compasión de todos y que mi vida no tenía sentido, aunque en el fondo de mí había algo que seguía vivo: la venganza.”*

- ¡Pobre chaval!, su tristeza le ha llevado a la locura – Max no pudo evitar sentir pena por aquel muchacho.

Jerry, sin saber qué decir, pasó la página para continuar leyendo.

“8 de mayo

*Me vengaré de todos aquellos que ignoraron el sufrimiento de mis padres. Recuerdo aquella noche, una noche en la que mis padres, asustados, llamaron a la policía porque un grupo de hombres encapuchados rondaba la casa. La policía no acudió a su llamada y los extraños consiguieron entrar. Mis padres me escondieron en el armario y apagaron las luces. Robaron todos los objetos de valor que encontraron en la casa. Desgraciadamente, a mí no consiguieron pero, al entrar en la habitación de mis padres los amordazaron y amenazaron con matarles si contaban algo.*

*Al día siguiente, papá y mamá fueron a comisaría y contaron lo ocurrido. Les dijeron que tendrían protección policial en pocos días; pero no regresaron, los encapuchados cumplieron su promesa.*

*Varios días después la policía llamó a casa para decir que habían encontrado los cuerpos sin vida de papá y mamá. Y por ello estoy aquí.*

*Hoy antes de la cena pasé por la biblioteca y leí un libro, una leyenda; no estoy seguro de que sea cierta, pero es la única opción que me queda para vengarles. Liberaré al alma y ella matará a cien personas. Yo seré el último en morir para así ver cumplida mi venganza y muertos a todos aquéllos que no prestaron ayuda a mis padres. Esconderé este diario en la repisa más alta de la biblioteca para que nadie pueda leer, ni destruir el único recuerdo que me queda de ellos.*

*Por suerte encontré junto al libro un mapa que me guiará hasta mi propósito.”*

“9 Mayo

---

- ¡Hey! – se sorprendió Jerry – las demás páginas están en blanco. Se frotó los ojos tras haber estado leyendo intensamente durante largo tiempo, quería saber más y más cosas.

- Entonces Jason Dark es el alma, no hay nada más escrito por lo que debemos entender que llevó a cabo su venganza – concluyó mientras pasaba las páginas en blanco del

diario.

Continuaron dándole vueltas mientras tomaban un aperitivo de patatas y quicos.

- Chicos, ¡es la hora de cenar!

\*\*\*

A la mañana siguiente, Max no se levantó como cualquier día, estaba asustado y tenía la frente perlada de sudor. No solía tener pesadillas, pero esa noche la leyenda estuvo aturdiéndole sin dejarlo descansar. Ya era la segunda de esa semana.

Una vez bien despierto, la rutina volvió a su cauce. Bajó a desayunar, fue a la parada del autobús como todos los días. En el autobús se encontró con Jerry de nuevo que estaba más alegre que nunca. Como después le contó, habían hecho fijo a su padre en el trabajo y no tendrían que volver a mudarse nunca más.

Entonces, decidieron dejar la investigación hasta la llegada del fin de semana para descansar y que esto no interfiriese en los estudios.

### **Capitulo III**

#### **El mapa**

Era asombroso lo rápido que había pasado la primera semana de instituto. Entre las clases y las primeras horas de estudio del curso, pasó de forma imperceptible.

Max y Jerry no habían vuelto a hablar del tema que inundaba sus pensamientos ya que llegado el fin de semana, tendrían el ansiado tiempo que necesitaban.

Era sábado, once de la mañana y el teléfono en casa de los Lekker sonaba. Todos habían salido y Max era el único que se encontraba allí, pero en ese momento, dormía como un tronco.

Se revolvía en la cama, un intenso y molesto ruido que se empezaba a mezclar con sus sueños le impedía dormir, hasta que, se hizo nítido con rapidez. Acababa de despertar y percatarse de que el teléfono sonaba insistentemente, entonces se levantó agitadamente para cogerlo antes de que la llamada se cortara. Pudo ver en la pantalla del aparato que se trataba de Jerry, entonces carraspeó y descolgó:

- Dime Jerry – contestó aun bostezando.
- Buenos días Max, ¿te he despertado? – preguntó al escuchar la voz del muchacho.
- Más o menos, ¿qué querías?
- ¿Vamos a continuar la investigación?
- Es cierto, no me acordaba, por supuesto. Haremos una cosa, conéctate a internet y te enviaré las páginas del diario escaneadas, tenemos que ver si poseen anagramas o nos intentan decir algo más. ¡Ah!, y envíame tú una copia de la leyenda. De esta forma no tendremos que desplazarnos por el momento. Nos mantendremos en contacto por chat.
- Me parece bien, en cinco minutos tendrás lo que pides, no tardes tú tampoco.

Ambos dejaron el teléfono y se pusieron manos a la obra. Encendieron sus respectivos ordenadores y escanearon toda la información. Ya tenían las pruebas agrupadas, listas para ser consultadas en cualquier momento.

Jerry empezó con entusiasmo a releer la leyenda por si pudiera haber algún detalle que se les escapara la primera vez que la leyeron, pero no, y tampoco parecía tener ningún mensaje oculto. También consultó el diario nuevamente pero nada, aun así, siguió dándole vueltas tras comentarle a su compañero que seguían como al principio.

Max tampoco había descubierto gran cosa, solamente unos dibujitos en las páginas finales del diario pero sin relevancia alguna, Jason demostraba madurez en sus palabras, pero no dejaba de ser un niño. Otra cosa que llamó su atención fue que parecían faltar una o dos hojas en las páginas intermedias, pero aquello tampoco le servía para nada. Llegados a ese punto de estancamiento, el muchacho se tomó unos minutos de descanso y reflexión para aclarar sus ideas y no saturarse. Se tumbó en su cama y tapó su cara con la almohada para desconectar, pese a los pocos resultados obtenidos, sus pensamientos seguían llenos de optimismo.

Desde que tuvo conocimiento de aquella leyenda, se había ilusionado mucho con ella. Su sed de aventura era su principal aliciente para continuar. No podía quedarse en el camino.

De repente los altavoces del ordenador sonaron, Max tenía un mensaje nuevo. Fue emocionado

al pensar que podrían tener algo que les permitiera avanzar:

- Max, me rindo, llevo más de una hora delante del ordenador y no consigo ver nada nuevo.
- Un momento ...

Max levantó la alfombrilla del ratón, bajo ella estaba el papel que días antes el anciano canoso había perdido en la estación. Abrió el documento que contenía la leyenda escaneada e hizo lo mismo con ese papel, entonces seleccionó palabras comunes en los dos textos y las superpuso. Sus sospechas se confirmaban.

- Jerry, perdona la espera, pero tengo algo. Estoy enviándotelo.

Cuando abrió el archivo no cabía en su asombro. Estaba claro que la nota no había caído por casualidad, aquel hombre quería que la buscaran pero, ¿por qué?

Ambos manuscritos tenían la misma caligrafía, con una precisión milimétrica. El estado anímico de Jerry cambió con respecto hacía unos minutos y propuso buscar al anciano en la estación.

- Nos vemos allí después de comer.

\*\*\*

El muchacho se bajó del tren y pudo ver como Jerry entraba por la cancela de la estación, se habían sincronizado a la perfección. En ese momento sus miradas se centraron en uno de los bancos de la parada. El anciano estaba sentado en él, con la mirada puesta en ellos, como si los llamase sin decir palabra, como si él también hubiese sido citado. Se acercaron recelosos y desconfiados, no sabían si estaba con ellos o si les haría daño, pero si querían avanzar, tenían que hacerlo.

- Os estaba esperando, – murmuró el anciano a falta de unos pocos pasos para llegar - me llamo Edward, sentaos. Sé que habéis encontrado la leyenda que escribí y quiero aclararos unas cuantas cosas.

- Si pero, puede decirnos qué hace su leyenda en mi casa y cómo sabe que la hemos investigado – dijo Jerry tomando la iniciativa frente a Max.

- En primer lugar, quiero decirte que el antiguo propietario de tu casa era yo. Eso debe responder algunas de tus preguntas y, en segundo lugar, escuché a tu amigo comentar algo. Quiero decirnos que el camino que estáis cogiendo es peligroso, la leyenda que leísteis la vi por primera vez en los cincuenta y lo único que hice fue dejarla escondida en aquel libro con la esperanza de que alguien decidiera investigarla, yo no tuve el valor de hacerlo.

- ¿Cómo? – intervino esta vez Max – ¿Quiere decir que usted ya conocía la



leyenda? ¿No fue de su invención?

- Claro que la conocía, es más, he tenido contacto directo con ella, mis padres fueron asesinados por el alma.

- Por favor, cuéntenos algo más.

Los chicos se miraron, parecían interesados y confiados en encontrar el alma, ya estaban seguros que no era una simple leyenda, sino que escondía una gran parte certera.

*“Todo ocurrió una mañana de invierno, hacía mucho frío, todo estaba cubierto con una gruesa capa de blanca y limpia nieve o como yo la llamaba cuando era un crío: “la nueva nieve”. Estalactitas de hielo colgaban de los tejados y el rocío había bañado las hojas de los árboles eliminando cualquier suciedad que pudieran tener, dejándolas verdes y brillantes.*

*Estaba paseando por el bosque, caminaba a la sombra de los jóvenes pinos y abetos a la escasa luz de los hermosos amaneceres del pueblo; cuando vi a un joven más o menos de tu edad – creo recordar – en una zona sin árboles del bosque, en un claro. Hablaba consigo mismo sobre ir a un castillo a liberar un alma, parecía no estar en su sano juicio. Fue muy extraño lo que dijo pero, esa historia me resultaba familiar, creía haberla escuchado antes, aunque no le hice mucho caso; pensé que sólo sería un juego de niños. El niño se fue corriendo hacia una parte de la montaña que sobresalía del tupido bosque, y más adelante, desapareció de mi vista. Pasado un rato, me acordé de donde lo había visto antes, era una leyenda que tenía en un libro que me había regalado mi madre días antes.*

*Entonces, muy asustado, salí corriendo, mis ojos estaban llenos de lágrimas y preocupación, yo, - continuó el anciano - corría sin cesar; apartaba las ramas de los árboles, el miedo que tenía me hacía sentir que las ramas eran enormes garras que intentaban cogerme. Ya faltaba poco, mi casa estaba allí detrás de la pequeña colina. Estaba un poco desconcertado por lo que estaba pasando pero me consolé pensando que solo era una simple leyenda, que no había motivo por el que asustarme. Llegué tras muchos minutos de larga angustia.*

*Mi madre limpiaba el polvo a los objetos decorativos del salón; mi padre se tomaba un café mientras leía el periódico y mis hermanos aún dormían.*

*El día transcurrió con normalidad, ya era la hora de comer, mis hermanos se habían levantado minutos antes y habíamos jugado a un divertido juego de mesa – lo recuerdo como si fuese ayer comentó el anciano –, ya casi había olvidado lo ocurrido al amanecer, hasta que llegó la hora de la cena. Cada uno se encontraba en su habitación cuando de repente, a la una de la madrugada oímos abrirse la puerta de entrada. Yo estaba en la cama leyendo el libro que me habían regalado días atrás. En éste se narraba la leyenda que habéis encontrado...- continuó Edward –.*

*Entonces pensé que la puerta había sido abierta por el alma - era uno de esos momentos en los que el miedo te atenaza y no te deja pensar mas que en lo que más temes, en mi caso: el alma -.*

*Especulé que si las agujas impedían al alma escapar también podrían impedirle entrar en el círculo de agujas. Éstas podrían protegerme del alma, en ese instante cogí las agujas del viejo costurero de mi madre y las empecé a poner rodeándome para que el alma no pudiera alcanzarme. Debía poner cien, igual que el número de personas que el alma tenía que matar para poder liberarse y que las agujas que había en la sala donde el alma descansaba encerrada. Mientras las ponía escuchaba los pasos que cada vez se acercaban más, ... el salón, las escaleras, estaba aterrorizado. Colocaba las agujas cada vez más rápido, los pasos se oían cada vez más cerca de las habitaciones cuando de repente escuché la voz de mis padres que gritaban con angustia. Me eché a llorar, las cristalinas lágrimas resbalaban por mis mejillas. Estaba muy asustado, me quedé paralizado durante unos segundos, pero pensé que tenía que ser fuerte, mi vida estaba en juego. Pero, ¿qué sería de mí si ellos muriesen?*

*Sólo me quedaban veinte agujas por colocar pero parecía que aquel martirio nunca iba a acabar.*

*Colocaba agujas mientras escuchaba de nuevo los pasos que se dirigían al cuarto de mi hermano mayor. Oí el incesante chirrido de la puerta y un grito ahogado que desgarró lo más profundo de mí. Creía que aquello nunca iba a acabar.*

*A continuación se dirigió hacia el cuarto de mi hermana y un grito de pánico sonó en toda la casa; también a ella le habían hecho daño o peor aún, la podrían haber matado. Ahora los siniestros pasos se dirigían a mi habitación haciendo crujir los tablones de madera que formaban el suelo. El alma abrió mi puerta, entonces pude contemplar al ser más horrible que ha podido existir y que jamás había visto, nunca me la había imaginado tan repugnante y misteriosa. Parecía un hombre translúcido a la vista, sus ojos no tenían brillo alguno, si así pudiera llamarlos; su piel brillaba como la cera y transmitía frío al igual que el hielo. Parecía un auténtico cadáver. Se iba acercando lentamente hacia mí. Me quedé inmobilizado, parecía que me estuviese impidiendo colocar la última aguja, el frío me calaba los huesos, pero lo logré. Entonces el alma, tras deambular un rato por la habitación me ignoró y se marchó. Pasado un rato me aseguré de que no estaba, fui a ver lo ocurrido. Salí de mi habitación temblando y a tientas porque no se veía nada, la luz se había ido. Primero fui a la habitación de mi hermana, la puerta estaba abierta y ella no estaba; corriendo, fui a la de mi hermano; tampoco estaba; sólo quedaba la habitación de mis padres, que también se encontraba vacía.*

*Por suerte, mis tíos vivían en el barrio de al lado y pude ir a refugiarme y contarles lo que había pasado, ellos estaban sanos y salvos. Me acogieron pues era la única familia que me quedaba. Poco después me enteré por los informativos de la televisión que habían desaparecido cien personas. La culpable había sido el alma pero nadie lo sabía, se especuló que podrían haber sido unos secuestradores pero únicamente yo sabía toda la verdad. Pasaron los meses y todo se fue olvidando. Volvió la normalidad aunque nunca he podido ver a mis padres ni a mis hermanos. No ha vuelto a ocurrir nada parecido, el alma sigue encerrada esperando ser liberada por alguien.”*

- Sentimos mucho lo que pasó, pero sigo sin entender por qué nos ayuda.
- En un primer momento sólo quería saber si ibais a investigar la leyenda y ya que veo

que sí, os ayudaré. Mi única motivación es vengar la muerte de mis padres acabando con ella, pero yo no puedo hacerlo...ya os he dicho que soy un cobarde... Si conseguís llegar al castillo, avisadme, paseo por aquí algunas tardes - Edward sacó del interior de su chaqueta un papel y se lo entregó. Tras hacer esto se marchó -.

Ambos, finalmente, se despidieron y marcharon a casa de Jerry para refugiarse del sofocante calor de aquella tarde. En aquella ciudad había una gran amplitud térmica. Allí seguirían estudiando el mapa, la nueva pista que el anciano les acababa de proporcionar, pues no identificaban el lugar representado en él. Como en días anteriores, cerraron la puerta a sus espaldas para crear un ambiente más acogedor y libre de ruidos. Pudieron observar que estaba arrugado y sus esquinas muy erosionadas, aunque por suerte había sido plastificado antes de que su contenido se perdiera. Lo primero en que Max se fijó fue el gran edificio que había en el margen del mapa. De ahí partía una larga línea discontinua que pasaba por diferentes lugares que servirían a los jóvenes y al antiguo propietario del mapa a encontrar la sala de las cien agujas. Tras un repaso general se centraron en todos aquellos garabatos.

Lo primero que debían localizar era una fuente que la hacían llamar la fuente de las tres maravillas, como venía señalado en el mapa. Tras ella, una gran encina que presidía una enorme plaza, según interpretaban. A continuación, varios centímetros más a la izquierda había una biblioteca.

- Pero, ¿qué biblioteca?, hay tantas, se podría haber puesto otro lugar como referencia, algo más concluyente, pero bueno, todo no van a ser de flores y rosas – comentó Max rompiendo el ambiente de concentración.

La mirada de Jerry continuaba puesta en el mapa que Edward le había dado, pero de repente tocaron a la puerta y ésta miró hacia ella. Era su madre que les traía un refresco para paliar el bochorno. Hicieron un pequeño inciso para sacar conclusiones.

- Me he fijado y el mapa está dibujado sobre una página numerada, además un el borde vertical está rasgado, estoy seguro que ha sido arrancado de un libro – dijo Jerry siempre tan observador.

- Jerry, coge el diario, creo que ya sé de dónde sacó nuestro abuelito el mapa.

Gracias a que Max fue precavido y lo llevó consigo pudieron averiguar que, en efecto, la página que faltaba en el diario se correspondía con el mapa. Era un paso adelante pero que de momento no respondía a sus preguntas.

- Nos va a ser imposible saberlo – dijo Max con pesimismo, algo impropio de él, un chico ante todo optimista.

- No será tan difícil, sabemos que el mapa pertenecía al diario pero, ¿cómo llegó el diario a la biblioteca pública?

- ¡Ya lo tengo! El diario llegó allí en una de esas remesas de libros que trajeron de bibliotecas cercanas. Por lo tanto no debe estar demasiado lejos.

Continuaron. Después de la biblioteca los trazos dibujaban una escultura de dos antifaces y por último el bosque que rodeaba la montaña.

- Ahora sólo queda saber a qué lugar corresponde – dijo Max tras un rato de silencio en el que los dos seguían observando el mapa.

Max pensaba en lugares cercanos a su ciudad, pero no podía imaginar que podía ser aquel edificio del que tenía que partir. Pasaron minutos en silencio, pero de repente la voz de Jerry sonó:

- Claro, todo este tiempo nos hemos estado centrando en lugares que no tenían que ver nada con el entorno en el que Dark se movía y únicamente en el gran edificio, deberíamos haber tenido en cuenta todo lo que leímos en el diario. En él Jason Dark decide escapar del orfanato para ir a liberar al alma, entonces empieza a dibujar el mapa desde el orfanato; el orfanato, ese es el gran edificio.

- ¡Así todo encaja! Mañana sábado a primera hora de la mañana iremos al orfanato, en busca del alma. Por fin parece que todo comienza a tomar forma.

Ambos se despidieron fugazmente esperando que la noche pasara rápido para empezar cuanto antes a seguir aquellas pistas que el mapa les proporcionaba. Tardaron en conciliar el sueño. Todo por las mariposas en el estómago y la impaciencia que se crea cuando todo comienza a ir bien.

\*\*\*

A las ocho de la mañana el despertador sonaba y Max se levantaba totalmente descansado para ir en busca del primer lugar indicado. Cogió una mochila y en ella metió lo necesario para enfrentarse a su primera misión.

A las ocho y media salió de su casa, había quedado con Jerry a las nueve y no quería llegar tarde. Bostezaba en su camino hacia el orfanato pero las piernas le funcionaban perfectamente para seguir caminando, el sueño que aún le quedaba no iba a ser impedimento.

Allí estaba Jerry, puntual como un reloj, sentado frente el puente donde habían quedado.

- De acuerdo, cogeremos el próximo autobús, pasa dentro de cinco minutos – dijo Jerry haciendo pensar que había tenido bastante tiempo mientras esperaba a Max para leer todos los carteles y horarios de la parada de autobús en la que estaba sentado.

Ambos estaban aún algo dormidos por lo que prefirieron no extender demasiado la conversación y limitarse a esperar que llegase el autobús. Éste los dejó a una distancia relativamente corta que recorrieron a pie sin problemas.

Un cartel colosal anunciaba la apertura de unos grandes almacenes en el edificio que antes

acogía al orfanato. Pero no suponía un problema, estaban situados en el primer lugar indicado en el plano desde el cual podrían ir al resto. Pese a estar en la ciudad, el muchacho no solía frecuentar esa zona y no tenía ni idea de donde estaban los lugares indicados.

Jerry pidió el mapa a Max para ver cómo continuar:

- El próximo lugar que buscaremos será la fuente de las tres maravillas, ¿sabes por casualidad dónde se encuentra?
- Ese nombre me resulta familiar pero no sé si sabré encontrarla; prefiero que alguien nos guíe para no perder el tiempo en dar vueltas sin sentido.

Max caminaba buscando a la persona adecuada para que le prestase ayuda. Tras varios minutos caminando sin rumbo fijo, dio con ella.

Era una chica joven que parecía ser de la ciudad, se acercó y le preguntó:

- Perdona – llamó Max su atención.
- Dime chico – dijo la bella joven a la Max se acercó a preguntar.
- ¿Sabes dónde está la fuente de las tres maravillas?
- ¡Oh! Sí, claro que sé donde está – respondió la señorita – está justo enfrente de mi casa. Te acompañaré hasta allí y te contaré algo sobre lo que estás buscando, ¿te parece bien?
- Sí, me encantaría saber algo sobre esa fuente – respondió el muchacho – por cierto, me llamo Max, y él Jerry – dijo antes de que su amigo pudiera pronunciar palabra.
- Yo Milena, quizás mi nombre te suene un tanto extraño, pero me lo pusieron por una querida familiar de Francia... pero historias sobre mi nombre aparte, te contaré algo sobre la fuente.
- Por supuesto.
- Precisamente esa fuente la inauguró mi bisabuelo – comenzó Mylène – en honor a los tres minerales más extraídos en las minas de la ciudad: la amatista, la plata y el cobre, de ahí el nombre. Ya la verás, está compuesta por múltiples tubos enramados entre sí, combinando los tres materiales, lo que crea un efecto deslumbrante.

Max y Jerry pudieron visualizar enseguida lo que les había explicado, ya estaban en el lugar señalado en el mapa.

- Te agradezco mucho la información y el habernos traído hasta aquí, si no llega a ser por ti, ahora mismo estaríamos dando vueltas como locos – habló Max de nuevo, maravillado por su melena pelirroja y su piel blanquecina.
- De nada muchacho, yo ya me voy, – dijo con una perlada sonrisa en la boca – ¡que te vaya bien!
- ¡Adiós y gracias de nuevo!
- ¿Continuamos? - preguntó irónicamente Jerry, que veía como la mirada de Max perseguía a la muchacha que se alejaba.

Se plantaron durante unos instantes a ver aquel lugar. Había niños sentados con sus abuelos en los bancos del paseo en el que se encontraba la fuente. Los titiriteros les hacían reír mientras se incordiaban entre ellos, como críos que eran.

- Yo sé dónde está ese árbol, - dijo Max – cuando era pequeño mis padres me llevaban allí todos los viernes para dar de comer a las palomas.
- Pues no perdamos el tiempo, allí vamos.

Tomaron rumbo hacia su nuevo objetivo y, sin dudarlo, comenzaron a caminar hacia la gran encina.

- Recuerdo esto cuando en el colegio, en la asignatura de historia, nos entregaron un documento sobre lo que fue la gran encina. Hace varios siglos, el bosque que rodea parte de la ciudad abarcaba hasta la gran encina, pero a causa de la revolución industrial toda la arboleda fue talada, excepto un árbol, salvado por un ecologista. Escogió proteger ese árbol para que así la gente recordara la extensa magnitud del bosque.
- Entonces no creo que estemos demasiado lejos, la montaña se ve tras aquellos rascacielos de allí.
- ¡Claro! Esa es la montaña que aparece en el mapa, no es necesario que busquemos la encina, iremos directamente a la montaña, ¿de acuerdo?

Jerry asintió con la cabeza y le lanzó una mirada esperanzadora.

Andaban y andaban y la montaña parecía alejarse a la vez que ellos se acercaban. Pasaron bajo los gigantescos rascacielos que tomaron como referencia e inesperadamente allí estaba la encina encerrada entre ellos.

- ¡Mira Max, es la encina, debemos estar muy cerca!

Llegaron a la plaza y Max vio que nada de lo que había allí se asemejaba a lo que él había conocido; excepto la encina.

Todo estaba solado y un río que pasaba por allí había desaparecido. Estaba rodeado de tiendas y coches, las palomas habían desaparecido. En tan solo siete años la ciudad había crecido a un ritmo vertiginoso, arrebatándole la libertad al árbol.

Max y Jerry se pusieron enseguida a ver el mapa y vieron que lo único que quedaba antes de la montaña era una estatua llamada: “*La estatua enmascarada*” y una biblioteca. Se dice que esta fue construida por Satanás por sus múltiples crucifijos invertidos. Otra de las razones por lo que esto se cree es que nadie sabe cómo ni cuando la construyeron. Simplemente, apareció.

- Max, creo que debemos seguir el orden que tiene el plano, quizás únicamente haya una entrada al castillo y si no queremos perdernos buscándola, es mejor que pasemos por esa estatua para así asegurarnos que vamos por el camino adecuado. Después sólo nos quedará la

biblioteca.

Max había oído hablar mucho de ella, aun así no conocía su paradero exacto. Tampoco el impreciso mapa les permitía saberlo. Si las proporciones eran al menos correctas, no debían de andar demasiado alejados.

Avanzaron calle abajo intuitivamente, acompañados únicamente por los músicos callejeros que ponían banda sonora a su andadura. Entraron poco a poco en una zona más tranquila de la ciudad, el tamaño de los edificios se veía aminorado y el tráfico era menos intenso.

Su objetivo se presentaba cada vez más cerca, ya conseguido avistar la estatua a lo lejos.

“Afirmar que la leyenda era cierta e intentar acabar con ella para que no causara más muertes y vengar de esta forma, la muerte de la familia de Edward”.

Max estaba seguro de que lo conseguirían y por ello se sentía con más ilusión que nunca por lograr su propósito.

Llegaron sin complicaciones a ella, también situada en una enorme plaza. La estatua era más grande de lo que Max se imaginaba, tendría unos tres metros de altura. Resultaba un tanto siniestra ya que el número seis y los crucifijos invertidos parecían ser su única inspiración.

Jerry se separó con disimulo de ella para evitar que su amigo se percatase del miedo que le producía.

Max permaneció mirando la figura un largo rato, observando sus perfiles, sus gestos...

## Capítulo IV

### Contratiempos

Max y Jerry sabían que estaban cerca, tan sólo faltaba la biblioteca.

- Será fácil de encontrar, hay muy poco margen entre la estatua y el bosque.  
Al igual que antes, continuaron su rumbo sin saber del todo bien si era el correcto.

- Max, me siento un poco inútil aquí, no soy capaz de hacer nada, siempre continuamos gracias a ti – dijo con la moral un poco caída pese a estar cada vez más cerca del alma.

- No digas eso Jerry, sin ti nunca habiéramos sabido por dónde empezar y, probablemente, todavía andaríamos perdidos.

Jerry sonrió tímidamente.

- Gracias por hacerme sentir mejor – dijo algo más animado y con una sonrisa pintada en la cara.

No tardaron mucho en llegar, estaba a escasos quinientos metros de la estatua. La biblioteca también se encontraba junto a una plaza.

Faltaba poco para la hora de comer, así que decidieron adelantar la comida con el fin de tener energía para emprender su camino por la montaña.

Primeramente tuvieron que solucionar un pequeño problema; ninguno de los dos había avisado a sus padres de su repentina excursión por lo que cada uno llamó a su casa para decir que se quedaba a comer en la del otro.

- Es una mentira piadosa, no creo que se enfaden – dijo Max entre risas.



A continuación compraron un perrito caliente a un señor que llevaba un típico carrito en el que los preparaba. Después fueron a sentarse a un banco de la plaza para almorzar tranquilamente.

Entre tanto, sus mentes no tomaron descanso alguno. Por ello, Max extrajo un punto en común entre todos los lugares que habían visitado. Consideró oportuno comentárselo a Jerry. Dejó el perrito sobre el papel de aluminio y lo miró:

- Todos los lugares en los que hemos estado estaban junto a una plaza, ¿será una coincidencia o algo que corrobore algún hecho?

- La respuesta a esa pregunta la descubriremos conforme nos vayamos acercando al castillo, estoy seguro.

El muchacho esperó a que su amigo terminara de almorzar y comenzaron a andar lentamente por la plaza. Max, distraído, siguió andando con dirección inestable, cuando topó con un mármol alzado con una placa que ponía:

*“En homenaje al joven Jason Dark Gregory,  
fallecido en esta plaza, en su honor levantamos esta placa,  
nunca será olvidado”*

- Ya lo entiendo, – dedujo Max que comenzó a pensar en voz alta – Jason Dark quiso morir en esta plaza porque como ponía en el diario, antes de morir sus padres siempre lo llevaban a esa plaza para merendar y dar de comer a las palomas. Como sabía que sería el último en morir quiso hacerlo donde había pasado los mejores momentos de su vida.

Era la última pista y comenzaron a impacientarse por llegar al castillo. El último indicio que dejó Jason Dark fue el símbolo del bosque de la montaña. Iban en dirección correcta pues éste se encontraba ya de lleno en su radio de visión.

Aceleraron el paso para llegar lo antes posible y al alcanzar pronto su objetivo, la primera impresión que tuvo Jerry al aproximarse fue el olor a humedad. También observó que el bosque era frondoso y que sería difícil hacerse paso a través de él, pero, como algo excepcional, el miedo no pudo con su curiosidad y sin vacilaciones se adentró en él con Max; la única muralla que los separaba del castillo.

Aquí estaba, el último de los objetos señalados por Dark en el mapa. Max emocionado, entró en el bosque con un paso lento, pero firme y seguro. Las gotas de sudor resbalaban por su frente y sus mejillas, el muchacho estaba agotado, pero eso tampoco le impedía continuar. Se notaba la intensa humedad del ambiente. El bosque estaba compuesto por abetos, majestuosas encinas y jóvenes pinos plantados hace pocos años para evitar la deforestación. El musgo creaba una extensa alfombra en toda la superficie.

Caminaban apartando ramas, en cada paso que daban se escuchaba un intenso crujido de los helechos que crecían sobre la alfombra de musgo. Los líquenes nacían en la parte derecha de los árboles y una gran variedad de hongos a sus pies.

- ¿Cuándo se acabará este maldito bosque? Los mosquitos me están devorando  
- se preguntó Jerry.

El paisaje no cambiaba, era monótono y aburrido, parecía que estuviesen dando vueltas. Al cabo de un rato, sin embargo, todo cambió. Allí, unos metros más adelante había un claro en la oscuridad. Corrieron hacia él. La luz entraba por él, al contrario que en el resto del bosque estaba todo iluminado, pero, ¿qué era aquello que sobresalía por la parte superior de aquella encina del claro?

Era la cima de la montaña, la preciada montaña que ansiaban encontrar.

Llevaban días tras ella, días pensando en ella, días para encontrar lo que descansaba tranquilamente en su interior.

Los chicos continuaron caminando con mucho más ánimo tras ver por el claro lo poco que le faltaba para llegar a la parte alta de la montaña. Conforme avanzaban, el suelo que pisaban iba cambiando, ya no era la esponjosa y delicada capa de musgo sino una áspera capa de rocas fragmentadas. Empezaron a subir una pequeña pendiente, que cada vez era más inclinada, eso los cansaba y tenían que esforzarse mucho más para no caer rodando pendiente abajo. Pero el pobre Max estaba agotadísimo, tanto que se mareó y su peso cayó muerto varios metros.

Paró de rodar al chocar contra una gran roca que había en la mitad del camino, golpeando su costado.

Atravesando la polvareda que el cuerpo inconsciente de Max acababa de levantar, Jerry, con el pulso acelerado, no dudó en dejarse resbalar pendiente abajo para socorrerlo rápidamente.

El mareo pasaba lentamente y cuando se levantó estaba totalmente condolido. Se sentó varios minutos para descansar. Jerry se puso muy nervioso pero enseguida Max pronunció unas palabras que llamaban a la calma, dando a entender que todo se había quedado en un susto. Miraba las heridas sus manos que, por suerte, eran las únicas que la gran caída le había producido.

- Continuaremos, sólo ha sido una caída.

Jerry no estaba demasiado conforme con la decisión de Max pero aun así la aceptó porque sabía que ya estaban cerca.

- Al menos toma esto, te vendrá bien recuperar algo de azúcar.

Extendió su mano y le proporcionó un caramelo.

Se levantó recuperado y de nuevo emprendió su marcha. Comenzaron otra vez a subir la cuesta, pero ya sin ningún problema la culminaron. Les esperaba una enorme pendiente, que pondría a prueba la capacidad física de ambos, pero lo que venía después era aún peor. La parte final de la subida era prácticamente una pared vertical de tres metros.

Lo hicieron con cuidado para no tener más accidentes. Cuando llegaron a la parte más escarpada se quedaron un buen rato discutiendo la estrategia a seguir, aunque lo dieron por imposible si además se le sumaba que todo estaba cubierto por una gruesa capa de una resbaladiza tierra.

- Esto es absurdo, ni un pequeño saliente, ni ramas a las que poder agarrarse, será mejor que rodeemos la montaña, total, sólo nos llevará una media hora, es mejor que poner en peligro nuestra vida – concluyó Jerry con sentido común.

Aunque este rodeo no entrase dentro de sus planes, se vieron obligados a hacerlo si querían conservar su integridad física. Con ello, pudieron comprobar que la dificultad era la misma desde cualquier ángulo. Los minutos pasaban y todo seguía igual, nada cambiaba. Hasta que llegaron de nuevo al punto de partida.

- ¿Tanto esfuerzo para llegar a esto?, todo este tiempo para llegar aquí y no poder entrar. Esto no quedará aquí – dijo Jerry tomando esta vez el mando.

Comenzó meditar su plan mientras trasteaba con su mano derecha una afilada piedra que anteriormente había cogido del suelo. Tantos minutos de caminata le habían dado para mucho. Excavó un pequeño agujero en la arenosa pared de la montaña con la piedra que sostenía en su mano. Lo agrandó hasta que le cupo la mano e hizo otro similar un metro más a la izquierda. Los dos agujeros los hizo más o menos a un metro del suelo.

Max lo miraba sin saber muy bien que hacía, pero lo dejó ya que a él no se le había ocurrido nada mejor.

De repente Jerry corrió hacia el bosque que se encontraba a unos cien metros de donde estaba ejecutando su estrategia. Era para coger una gran rama que llevó a la montaña. La puso debajo de los agujeros y se subió en ella. Después comenzó a repetir la misma operación de los agujeros de abajo uno ochenta centímetros más arriba y así otra vez más.

Una vez terminó de hacer todo esto, con ánimo se agarró al primer agujero que había hecho. Después subió el pie a otro de los agujeros y así sucesivamente consiguió llegar a el pequeño rellano que había una vez superados los tres metros. A modo de escalera, los agujeros le permitieron ascender con relativa facilidad.

Agotado se sentó en el rellano apoyado sobre una roca. El muchacho estaba impresionado, subió y se sentó junto a él.

- ¿Quién se siente ahora inútil? – dijo Max con ironía refiriéndose a su comentario anterior.

Allí sentados pudieron ver un pequeño sendero que llegaba hasta una gran aglomeración de helechos, arbustos y húmedos musgos.

La cara de ambos se iluminó, sabían que estaban llegando, que aquello podía ser la entrada. Se levantaron y llegaron al final del estrecho sendero.

Max avanzaba cuidadosamente y Jerry tras él mientras recordaba todo lo que había tenido que hacer para poder llegar allí. Encontrar el diario, Edward, analizar el mapa, buscar uno a uno cada uno de los lugares representados en él: la fuente, la encina, la estatua...

Pero lo más importante de todo había sido la ayuda de Edward, sin ella nunca hubieran emprendido la aventura.

Jerry, creo que ya hemos llegado.

## Capítulo V

### La liberación del alma

Tras una roca recubierta de helechos, plantas trepadoras y musgos parecía estar la cueva señalada por Dark en el mapa. En la entrada había dos árboles de grandes ramas colgantes.

- Allá vamos – dijo Max lanzando una mirada cómplice hacia Jerry. Intentando de algún modo aliviar el miedo que sentía.

Los árboles y plantas les dificultaron el paso, tuvieron que hacer una pequeña poda para poder continuar. Al adentrarse la humedad se acentuaba y el ambiente se hacía más cargado.

El pasillo de la cueva tendría unos dos metros de ancho, las paredes estaban cubiertas por moho y un incesante goteo caía del techo.

Llevaban media hora caminando. Max no veía el fin y comenzó a preocuparse. Incluso, pensó en darse media vuelta y olvidar todo aquello, pero de nuevo, la curiosidad y la intriga pudieron con su miedo y esto le incitó a seguir. Jerry lo seguía, intentando no quedarse atrás, el ambiente era más tétrico de lo que había podido imaginar. Tras tres cuartos de hora caminando incesantemente, una débil luz resplandeció, en el que parecía ser el final de aquel interminable túnel. Conforme se acercaban, la tenue luz del comienzo se transformó en una luz realmente intensa. Al llegar, ambos se extrañaron. Esperando un imponente castillo, sus expectativas se redujeron a una estrecha placeta iluminada por un tragaluz. Esta estancia era rectangular y en sus paredes se empotraban unas doce puertas. Eran metálicas y estaban mohosas y oxidadas por la humedad.

- ¿Qué puerta tomaremos? – dijo Jerry indeciso, aquello no le gustaba demasiado, sabía que únicamente habría una correcta que les condujese al castillo y, ¿que habría en la demás?

Max observaba todas las puertas, las miraba con detenimiento y pensaba qué habría detrás de todas ellas: si cogía la puerta incorrecta se perdería, o mucho peor, ¿habría trampas? o, ¿todas llegarían al mismo sitio y simplemente era un truco? No sabía qué hacer entonces decidió coger una tiza que había cogido de casa por si sucedía esto. Iría señalando con la tiza el camino que habían recorrido y en el caso de que se perdieran, sabrían retroceder sobre sus pasos.

- Veo que eres un chico precavido, eso me tranquiliza un poco.

Abrió la puerta y un molesto chirrido se escuchó. Estaba muy oscuro, las condiciones de humedad y temperatura eran similares a las del pasadizo anterior. Max encendió su linterna y le dio a su amigo la tiza por si era necesaria. Andaban y andaban, hasta que una pared de ramas y

helechos les impidió el paso. Comenzaron a arrancar ramas como habían hecho anteriormente en la entrada, pero lo único que hallaron tras el muro de plantas fue un gran foso en el suelo, no se divisaba el fondo.

Max arrojó una piedra. Se escuchó su impacto en el agua tras varios segundos de caída. Se giraron para retroceder pero el lápiz que Max había llevado para ir anotando su experiencia en el cuaderno cayó por el agujero.

- Es imposible seguir por este camino, será mejor dar media vuelta; no es la puerta que buscamos.

Volvieron a la placeta y pensaron en qué puerta elegir. No tenían referencia, todas eran iguales. Al azar eligieron una y quisieron entrar, pero la entrada estaba taponada. Entonces se decantaron por la puerta contigua a ésta. Se abrió fácilmente y tuvieron el presentimiento de que sería la que los llevaría al castillo.

Era igual que el pasadizo anterior, pero en esta colgaban hiedras de la parte superior de la cueva. Tras otro buen rato caminando sin cesar se toparon con un muro, pero esta vez de piedra. Ambos volvieron a lamentarse y Jerry, especialmente cansado se sentó en una roca cercana.

Al fin un golpe de suerte. Habían pasado toda la mañana superando dificultades, ya era hora de que el viento comenzase a correr a su favor.

Como en cualquier previsible película de aventuras, el pedrusco cedió y se introdujo en el subsuelo cediéndoles el paso. El muro comenzó a elevarse y una luz iluminaba la oscuridad en la que estaban inmersos. Aquel parecía ser su objetivo. Llegaron al fin del pasadizo y encontraron una laguna de aguas subterráneas.

Max, tras un suspiro de decepción, observó el mapa. En efecto, iban en el camino adecuado. Al lado del lago representado en el plano Max leyó en voz alta:

*“Si al castillo quieres llegar,*

*la respiración has de aguantar”*

- Me parece que tendremos que nadar – dijo Max – lo dejaremos aquí todo excepto el mapa, que por suerte, está plastificado.

- ¡Hey!, tu lápiz, – dijo Jerry – el agujero de la primera puerta está conectado con el lago. ¡Sorprendente!

Max se quitó la chaqueta, la mochila y se lanzó al agua. Jerry dejó su sudadera y la tiza junto a las pertenencias de su compañero e hizo lo mismo.

El lago estaba cristalino. Gracias a la pureza de las aguas, pudieron ver bajo ellas con mucha claridad. Nadaban lo más rápido que podían, a su paso encontraban algas, peces... no había nada que indicase que el ser humano hubiera estado allí, al menos no recientemente. Se introdujeron en

una gruta sin saber a dónde les llevaría.

El oxígeno de sus pulmones comenzaba a escasear y les fallaban las fuerzas, demasiados segundos bajo agua. Llegaron a ver su propio final, pero el último aliento que les quedaba fue lo necesario para salir de la gruta y emerger a la superficie. Tras una bocanada de aire el muchacho salió del agua y momentos después cayó al suelo inconsciente.

Jerry salió unos segundos después agotado. Cuando recuperó el aliento vio a Max tendido en la orilla y rápidamente corrió en su ayuda.

Tomó su pulso, parecía estar perfecto y tampoco le había visto tragar agua, su respiración también era la adecuada por lo que simplemente sería un mareo debido a la fatiga.

Max se despertó recuperado, al alzar la vista primeramente vio a Jerry y, tras él, el castillo que ansiaban encontrar.

Por fin pudo observar su destino, perplejo ante la enorme maravilla que se hallaba frente a él. Resultaba sorprendente que estuviera en el interior de una montaña, pero así era. El castillo casi alcanzaba las cumbres de la ésta y la torre central llegaba a rozarla. En sus laterales había unas almenas bastante grandes y estaba rodeado por una gran muralla repleta de ellas. Era un enorme castillo de cuatro plantas. Entre sus grandes grietas crecían plantas tropicales propiciado por la humedad. Allí diversos animales habían fabricado su cobijo.

Estaba rodeado por un río, el río en el que habían aparecido. Sus aguas eran translúcidas, como las del lago con el que conectaba; y los pececillos jugaban vivarachos en el agua, esquivándose entre sí.

Superaron el río y no tardaron en toparse con unas escaleras de grandes e irregulares peldaños; parecían haber sido construidas para un gigante. Ascendieron lentamente y una vez arriba hallaron una enorme puerta, vigilada por dos gigantes verdes esculpidos en un extraño mineral.

Con esfuerzo la empujaron entre los dos hasta abrirla por completo. Frente a ella, las escaleras principales, un tanto deterioradas, aunque la madera de sus barandillas continuaba delicadamente pulida. El castillo estaba abandonado desde hacía siglos.

Inspeccionaron la planta baja. Destacada por su amplitud, sus paredes adornadas por cuadros envejecidos por el tiempo, pero a pesar de su estado se apreciaba perfectamente lo retratado. Parecía ser el rey, vestido en terciopelo azul con su esplendorosa corona repleta de gemas del mismo color. Tras contemplar la obra de arte decidieron adentrarse un poco más, no podían detenerse con todas y cada una de las reliquias que encontraban a su paso. Allí, la cocina, con unos grandes fogones de leña.

- Bueno, centrémonos y hagamos lo preciso, no me gustaría tener que regresar cuando haya anochecido – dijo Max.

Salieron de la habitación para subir las escaleras centrales. Encontraron un rellano y una

bifurcación del mismo.

- Ahora te toca a ti Jerry, ¿hacia dónde vamos?
- Comenzaremos a investigar por el pasillo derecho – se dijo a sí mismo segundos después de que le formularon la pregunta.

Subieron unos peldaños y al girar para adentrarse en el pasillo vieron que simplemente eran habitaciones distribuidas horizontalmente. Al final del corredor se hallaba una puerta que sobresalía por sus marcos dorados y sus pomos de cobre viejo. En ese momento decidieron separarse durante unos instantes para hacer más ágil la búsqueda.

Max se detuvo en la primera habitación, pero solo halló escombros.

En la segunda fue totalmente distinto. Ésta sin embargo estaba perfectamente conservada. Era muy amplia y una distribución que la hacía más espaciosa aún. En una de las paredes parecía haber un ventanal. Una cómoda dañada por el tiempo se encontraba en el lateral opuesto y una enorme cama reposaba en el centro de la habitación iluminada por una monumental lámpara colgante, también un poco deteriorada. Acababa de contemplar una de las habitaciones más importantes de castillo. Al menos eso proyectaba por su amplitud y lujo.

Jerry en cambio solo tuvo ojos para el aposento central, la de los marcos dorados, que parecía ser la alcoba real. Sin dudar, fue a la habitación con paso firme y seguro, abrió la puerta y se quedó estupefacto.

- ¿La habitación más importante del castillo, ocupada por cuadros? – se extrañó Jerry.

Pero más le extrañó aún que las decenas de cuadros colgados en esa pared, no fueran de la realeza, sino de gente humilde. En los retratos sólo se apreciaban rostros de tristeza y desasosiego; rostros de angustia, nostalgia, soledad, melancolía, desesperación,... cientos de sentimientos amargos reflejados en las imágenes.

Jerry, temeroso, salió de la habitación apresuradamente y se dirigió al rellano de la escalera, para tomar el corredor de la izquierda donde Max lo esperaba desde hacía ya unos minutos. Decidió no dar más importancia a lo que acababa de ver y continuaron observando todo lo que tenían alrededor.

Era similar al anterior, lo único que alteraba su simetría era una escalera que ascendía hacia un torreón. Subieron por una empinada escalinata de escalones irregulares que se encontraba bastante dañada. Cada varios peldaños, el temor por llegar a su destino era más intenso. A su paso, dejaban atrás velas utilizadas en años muy pasados y posadas sobre oxidados porta velas fijados en la pared. El muchacho cogió una de ellas y rasgó una cerilla contra el paquete para encenderla. Así complementarían la luz de la linterna que llevaba su compañero; la oscuridad no era absoluta pero les sería más fácil en su camino.



Mientras tanto Jerry seguía dejando marcas blancas en las paredes con la tiza para facilitar su regreso, a su vez, la cera derretida de la vela se iba consumiendo y cayendo, dejando también marcada la roca que pisaban.

El último peldaño se acercaba y las pulsaciones de ambos se incrementaban por segundos, sin saber por qué sintieron la necesidad de mirarse para inspirarse confianza mutuamente.

Alcanzaron el descanso que lindaba con la puerta. *“Llegó la hora”* – pensó Max.

Una sola puerta los separaba del ser más horrible y espantoso que habían ansiado encontrar en las últimas semanas.

El muchacho acercaba su mano temblorosa al corroído pomo de la puerta, indeciso comenzó a girarlo, pero lo único que Max escuchaba no era la estridencia de éste, escuchaba una voz, una voz ronca y grave que susurraba y que lo aturdiría profundamente. Miró a su izquierda, donde estaba Jerry, para comprobar que no se trataba de ninguna broma. Su cara manifestaba que no estaba para muchos juegos, el miedo lo invadía.

*“¿Qué debo hacer?”* – caviló Max para asegurarse de que tomaba la decisión correcta.

Al muchacho se le volvía a presentar el mismo dilema que en la estancia anterior, de repente esa voz se escuchaba más fuerte, con más claridad y Max lo consiguió entender:

*“La venganza se acerca”*

Se extrañó y entró temiendo no ser los primeros que llegaban allí pero, sus dudas permanecieron vigentes. No había nadie. Perplejo miró al alma. Jerry corrió tras él intentando no quedarse solo pero cerró los ojos dando un portazo. Bloqueados, sin saber qué hacer. Sentían como su corazón, en un intento por tener al organismo preparado para la huida, bombeaba cada vez más sangre con más fuerza.

- El alma parece mirarnos, no noto brillo alguno en sus ojos – esto provocó una extraña sensación en el muchacho.

Jerry se apoyó derrumbado en la puerta, nunca había sentido más miedo que en aquel momento, simplemente el aura que emanaba de aquel ser lo soliviantó.

El alma tenía un color blanquecino, pero translúcido. En su silueta se definía un contorno perfectamente humano. Los brazos estaban un poco deformados y las piernas parecían habersele fundido entre sí. Daba vueltas en el interior del círculo, como si quisiera vigilar cualquier punto de la sala, estando elevada unos diez centímetros del suelo. El círculo de agujas que impedía escapar al espíritu la rodeaba. Las agujas estaban separadas entre sí unos quince centímetros y tenían veinte centímetros de altura.

Por otro lado estaban los espejos que cubrían la sala de las cien agujas. Estos creaban un curioso efecto combinado con la luz. Estaban repartidos simétricamente por la pared curva de la

sala.

Max vio que debajo de los espejos más próximos al suelo, había inscripciones grabadas en un idioma que por casualidad estudiaba en el instituto. Rápidamente se acercó y comenzó a leer:

*“En esta sala se encuentra un alma,  
Que cuando sea liberada, matará,  
Y la historia de nuevo se repetirá.”*

En esa parte ponía exactamente lo que Edward les había contado, y sin perder más tiempo siguió leyendo:

*“Cuando seas alma,  
Toda clase de sentimientos perderás,  
Y si te liberan deberás matar.”*

A Max le costaba leer cada vez más, pues comenzaban a poner extrañas palabras cuyo significado desconocía y porque la roca donde se encontraba grabada estaba deteriorada por el paso del tiempo y la corrosión del agua.

Entendía palabras sueltas, sin sentido:

*“Retratos, liberar...”*

Aquellos grabados parecían revelar una vía para acabar con el alma, pero, por fortuna o intención, parecían haberse deteriorado en exceso los enunciados más preciados.

Max dejó de leer. Súbitamente, el muchacho sintió la insaciable necesidad de acercarse al espectro.

Cada paso que daba, era un paso más cerca del alma, una zancada inconsciente hacia un asesino. Poco a poco se acercaba, cada vez sus pisadas eran más indecisas, aunque más continuadas.

Tan sólo tres escalones lo separaban del círculo.

- ¡Max, Max! ¡No te acerques más, recuerda lo que te dijo Edward! ¡Max! – gritaba Jerry cuando notó que no estaba a su lado.

Temblorosos sus pasos subían el primer escalón, no había hecho caso a Jerry, que seguía gritándole que regresara. Una gota de sudor le resbalaba por el perfil de su cara. Terminó de subir los dos escalones restantes, Max sentía miedo, pero por otra parte emoción. Haciendo caso omiso

a su amigo continuó caminando.

El alma pareció hipnotizarle, el muchacho siguió avanzando hasta el punto en que tropezó con una baldosa de piedra elevada sobre las demás y, en el intento de mantener el equilibrio derribó varias agujas con el pie. Jerry se apartó las manos de la cara y, superando su miedo corrió hacia su compañero y lo alejó llevándolo hacia una de las paredes.

En un primer momento, nada pasó, pero no fue necesario demasiado tiempo hasta que el alma voló hacia arriba, escapando por el tragaluz. El joven no sabía lo que había hecho, sería el fin de muchos, y probablemente de su vida. Un gran peso en su conciencia le impedía sacar a flote cualquier otro pensamiento. Jerry intentó tranquilizarlo aunque fue inútil. Ambos se sentaron, en el suelo, sin saber qué hacer, qué decir, cómo reaccionar.

## Capítulo VI

### La sala de las cien agujas

Max se quedó perplejo apoyado en la húmeda pared de la habitación. Asustado y sorprendido a la vez se echó las manos a la cabeza en señal de desesperación.

Miró a su alrededor intentando calmarse, todo estaba oscuro, una espesa tiniebla inundaba la habitación. Cogió su linterna y la encendió para ver mejor como era la habitación. Jerry se quedó sentado, aún seguía conmovido por lo ocurrido.

Las paredes estaban cubiertas de espejos, algunos eran muy viejos, llenos de polvo, otros estaban un poco agrietados, pero todos eran de tamaño reducido donde únicamente se reflejaba el rostro. Una sublime decoración que le daba a cada uno su toque de distinción, llamó mucho la atención al muchacho. Expectante, movía la linterna girando únicamente la muñeca ya que todos los músculos de su cuerpo se encontraban totalmente contraídos debido a la desconfianza que esa habitación le producía.

Aquella tiniebla continuó creciendo, además acompañada ahora de una pequeña neblina que provocaba que lo que antes era un círculo que iluminaba la pared fuera un cañón de luz que conectaba la pared con la linterna; haciendo así que al muchacho le costase aún más la exploración de aquella sala que seguía siendo tan misteriosa como a su llegada.

Max se miró en uno de los espejos, aunque su inclinación no permitiese hacerlo de una forma cómoda. Extraordinariamente, en él no se reflejaba su rostro, sino otra imagen difuminada que el muchacho no lograba reconocer.

Continuó mirando, enfocándola con su linterna. Seguía sin ver nada, entonces decidió acercarse para conseguir que la linterna iluminase la menor bruma posible. Se sorprendió al ver que la imagen se hacía cada vez más nítida. El retrato que mostraba el espejo era el de una mujer de anciana edad, con el rostro surcado de arrugas y con el pelo rizado y canoso recogido en un moño. Max se giró apresuradamente esperando ver a la persona reflejada en el espejo. Para su sorpresa, la sala seguía vacía, al igual que antes. Volvió a mirar la imagen, continuaba reflejada, no había cambiado la expresión, permanecía totalmente inmóvil. No sabía qué hacer. No entendía nada de lo que estaba pasando y cada vez estaba más nervioso. En aquellos instantes, recordó el thriller que vio en casa junto a unos amigos y no estaba tan alejado de la realidad como en aquel momento pensó.

Los poros de la piel del muchacho se abrían conforme se estremecía y el sudor emanaba más rápidamente de ellos. El resplandor del foco hacía que su ahora brillante rostro se asemejase cada vez más al del tan siniestro espejo que tenía frente a él. Max retrocedió tres pasos horrorizado y miró en un espejo que tenía justo al lado. En este espejo ocurrió lo mismo que en el anterior, la imagen del reflejo tampoco era la suya sino la de un chico de su edad, aunque, al contrario de lo que sucedió con el anterior, fatalmente advirtió que aquel rostro pertenecía a su mejor amigo.

El muchacho quedó sobrecogido al ver a Jerry en uno de los espejos de aquel lugar. Observó su silueta entre la niebla, yacía inmóvil, asustado. Por ese motivo decidió que sería mejor no comentar nada por el momento.

Extraña y repentinamente la niebla que en pocos minutos había conseguido abarcar toda la sala se despejó para alivio de Max que cada vez le estresaba más, al no poder mirar más que lo que estuviera a menos de un metro de distancia. En aquel momento lo que más deseaba del mundo era poder estar en su casa, calentito en la mesa camilla leyendo, viendo la televisión o, simplemente estar con las personas que más quiere en este mundo, su padre, su madre. *“Nunca hubiera pensado que alguna vez desearía tener algo tan simple... pero tan importante”*.

Siguió mirando en más espejos, todos ellos reflejaban una imagen diferente, algunos rostros le resultaban familiares, otros no los había visto nunca antes. En aquellos espejos había todo tipo de personas sin distinción de raza, sexo, color, religión..., es decir mujeres y ancianos estaban reflejados, gente de color y musulmanes que pudo identificar por su vestimenta estaban ahí, ni siquiera los inocentes niños se salvaban de aquello que parecía un gran álbum de fotos que inspiraba que su uso no sería el de uno normal.

Un espejo llamó su atención, estaba un poco más alto que los que había visto anteriormente, tenía el marco de color cobrizo, aunque enverdecido por el tiempo. En él vio el rostro que jamás hubiera querido ver reflejado en aquellos espejos malditos. Soltó un grito ahogado al darse cuenta de que ese rostro era de su madre. Jerry giró la cabeza hacia donde se encontraba el muchacho pero continuó allí sentado. De pronto, el miedo inundó a Max y comenzó a temblar. Miró al espejo de al lado, pensando que esta vez no se sorprendería tan fácilmente, pero, se dio cuenta de que estaba equivocado, de nuevo ocurrió lo que no quería que ocurriese, ya que aquel rostro era el de su padre.

El muchacho se percató de que todas esas imágenes que aparecían reflejadas tenían algo en común. Todos tenían la piel pálida y blanquecina, las ojeras violáceas y muy marcadas, los labios morados y los ojos inexpresivos. Le daba vueltas intentando buscar el denominador común que, aunque su subconsciente sabía, no quería creer por nada del mundo. Fue inevitable aceptarlo, ya que de todo lo que se le había ocurrido era lo más normal dada la situación, por sádico, malo y extremadamente triste que fuera.

- Todos ellos parecen estar muertos, todos ellos parecen estar muertos... – se repetía el muchacho en voz baja y después progresivamente bajando aún más el tono pero cada vez con más sentimiento en sus palabras. Finalmente cayó e intentó mantener la calma para poder averiguar el porqué de aquello que solo podía simbolizar la muerte.

Los dos chicos estaban en la sala sentados cada uno en un extremo sin saber qué hacer, sin saber qué decir. Jerry buscaba argumentos para tranquilizarse aunque le resultaba muy difícil encontrarlos. Por una parte quería irse de allí pero otra le impedía dejar a su amigo solo. A pesar de ello estaba algo enfadado con él ya que no hizo caso a sus advertencias antes de que nada ocurriese, pero siguió sentado esperando que algo sucediera.

Mientras tanto Max, que parecía haberse olvidado de Jerry, se preguntó por qué aparecían todas aquellas caras en los espejos y por qué aparecían los rostros tan deteriorados, como si fueran difuntos. *¿Por qué estaba reflejado alguien que realmente no estaba frente al espejo y que no se movía ni cambiaba de gesto?* Pensó durante varios minutos la respuesta a aquel extraño fenómeno. Comenzó a calcular más o menos el número de espejos que cubrían las paredes de la sala, serían unos cien.

Max se estremeció y comenzó a sentir que todas las piezas comenzaban a encajar, eran cien espejos, el mismo número de personas que el alma debía matar para ser liberada de aquel círculo de agujas que acababa de abrir. Ese era el motivo por el que todos aparecían con el perfil en aquellas condiciones. Esto le llevó a pensar que nunca debería haber empezado a investigar sobre aquello y mucho menos liberar al alma, aunque fuese por error. Pero ya era tarde, tenía que afrontar las consecuencias de sus actos e intentar enmendar aquello lo antes posible para así evitar todo el sufrimiento que seguramente el alma causará.

El joven no sabía si ya las había matado o cuando lo haría, daba igual, debían investigar inminentemente como arreglarlo.

Repentinamente se acordó de su que su amigo Jerry lo acompañaba y también que estaba en uno de esos espejos. Pero la misma pregunta le rondaba la cabeza, *¿cómo era posible que aparecieran aquellos rostros en los espejos, sin reflejar a quién se ponía frente a él?*

Apagó la linterna para no agotar las pocas pilas que le quedaban, había quedado cierta claridad tras disiparse la niebla, sería suficiente para estudiar con detenimiento aquella sala, pero antes se acercó a Jerry que seguía allí abatido. Le echó la mano al hombro y le preguntó qué tal estaba.

- ¡Cómo quieres que esté! Acabas de dejar escapar al alma y no sabemos qué puede estar haciendo y, ¿qué me dices de las familias de las personas a quien mate?

A Max se le hizo un nudo en el estómago al escuchar a Jerry decir eso, aun así intentó responder con la certeza de que sería capaz de solucionarlo.

- Jerry, sé que he cometido un error del que estoy muy arrepentido, pero si nos quedamos de brazos cruzados será aún peor. Propongo que exploremos la sala para intentar sacar alguna ayuda.

Jerry asintió con la cabeza. Max extendió su mano para ayudarlo a levantarse.

*“¿Qué pasará si se ve en el espejo?”* Max dejó esta vez al destino actuar pues no se le ocurrió ninguna solución.

Estaba anocheciendo y al haberse disipado la niebla los rayos de la puesta de sol entraban por el tragaluz. El frío que había cuando entraron se había convertido en una temperatura agradable.

Empezaron a mirar la sala ya que tenían que reconocer que cuando había entrado por primera vez allí, apenas habían podido fijarse ni en la decoración ni en el color de sus paredes siquiera, únicamente había podido ver su peculiar forma, que guió a Max lentamente hacia ella, algo mágico lo atraía, estaba totalmente hipnotizado.

Rápidamente dejó de pensar en aquel terrible momento pues las lágrimas brillantes hacían centellear sus ojos.

Jerry se paró un momento y se dispuso frente la pared, se tocó la frente y dijo:

- ¿Cómo me habré hecho esto? – dijo mirándose al espejo y tocándose un pequeño rasguño que tenía.

Para sorpresa del muchacho, aquellos espejos únicamente reflejaban aquello que tenían delante, como cualquier otro. No sabía cómo había pasado o qué era lo que antes había visto pero eso le tranquilizó mucho, así que siguieron explorando sin buscar explicación más que un golpe de suerte.

Era totalmente medieval, enormes piedras sin pulir y con formas irregulares la formaban en su totalidad. El moho crecía entre los filos de casi todas las rocas nacido por la humedad del ambiente, eso lo convertía en un suelo muy resbaladizo por el que tenías que andar con cuidado si no querías sufrir un accidente.

Se fijó también en aquella puerta de arco apuntado y en el delicado relieve que tenía. Un ruido hizo que desviasen hacia arriba su mirada, pudiendo fijarse así en la preciosa decoración que había sobre sus cabezas.

El ornamento del que constaba aquel techo era precioso. Había cuatro capiteles que tan sólo eran el final de cuatro esbeltas columnas que eran perpendiculares al círculo de las cien agujas. Ellas estaban unidas con una grandísima y elaboradísima bóveda de crucería. Más dispersas, pero siempre de una forma lógica y simétrica, estaban dispuestas más columnas que también presentaban la misma forma arquitectónica que las anteriores.

El último elemento que resaltaba de aquel techo era aquella bóveda en la parte central, donde en la mitad aproximadamente había un pequeño tragaluz que tendría sobre un metro de diámetro.

Aunque tuviera poca aplicación práctica, llegaron a la conclusión de que aquella sala era de estilo gótico ya que tenía un arco apuntado, aquellas bóvedas de crucería y aquello a lo que llamaban tragaluz realmente se llamaba cimborrio.

- ¿Siempre pensé que las clases de historia no servían para nada? – decía Jerry con ironía para intentar calmarse.

Después de unos momentos algo más agradables, Max respiró profundamente y decidió, en vez de fijarse en el aspecto exterior de la sala, investigar posibles trampas, pasadizos y señales o pistas que le pudieran llevar a la manera correcta de poder acabar con aquella maldición antes de que ella acabase con él. Se lo comentó a Jerry y seguidamente se pusieron manos a la obra.

El frío de aquella habitación les calaba cruelmente los huesos pero aun así empezó con esmero su investigación.

Caminaban mirando hacia todos lados sin orden ni concierto simplemente buscando una piedra que sobresaliera sobre las demás, una forma en aquellas psicodélicas columnas que pudiera aportarle cualquier dirección o simplemente una solución. Se agacharon y comenzaron a tocar las rocas que formaban aquel estupendo suelo, a empujarlas incluso, para ver si alguna cedía, pero todos sus esfuerzos acababan siendo en vano. Pese a todo, no perdían la ilusión y las ganas de encontrar la salida de aquel problema en el que se habían metido.

Jerry continuó haciendo lo mismo pero, esta vez Max apoyó la cabeza sobre la roca comprobando que no hubiese ningún tipo de túnel subterráneo y si lo había, explorarlo. Esta faena que realizaba tan exhaustivamente le llevó al menos media hora para llevarle al mismo resultado que su anterior prueba. Jerry tampoco fue capaz de encontrar nada en aquella sala.

Cualquier persona hubiera parado pero sus ganas de superación y esfuerzo y moral eran más resistentes y duras si todavía cabe que aquellas rocas que examinaban sin éxito ninguno.

Miró al techo para comprobar que, con la mirada rápida que antes había hecho sobre él era suficiente. No estaba equivocado, las vigas de madera que unían los pilares no parecían indicarle nada, todo estaba normal. Entonces lo único que le faltaba por sondear eran las paredes recubiertas en su mayoría por aquellos fríos espejos. Se acercó a ella esperando, esta vez sí encontrar un resultado satisfactorio.

Repitieron los pasos que anteriormente había dado para inspeccionar el suelo pero esta vez sobre aquella superficie. Hacían presión sobre las rocas, intentaban saber si algo se encontraba al otro lado... pero por desgracia para Max sus deducciones se repitieron: nada había al otro lado que le pudiera ayudar.

Desolados, fueron a sentarse en los escalones que subían al círculo de las cien agujas para descansar y reflexionar.

- ¿Qué debemos hacer ahora? No puedo creerme que nada de lo que hay en esta maldita sala pueda decirme algo. Aunque aquel zócalo de mármol que había bajo los espejos, no le hemos prestado mucha atención; ¿qué te parece si lo examinamos? Al menos nos queda una hora de luz. – dijo Jerry.
- De acuerdo, lo haremos.

La ilusión volvió de nuevo sus pensamientos. Pero Max habría visto algo mejor, parecía estar suelta entre todas las que cubrían la pared, ésta se encontraba junto al espejo en el que antes estaba reflejada la cara de su madre. Sin perder más tiempo corrió hacia ella pero había un problema, estaba demasiado alta para él, pero la desesperación hizo que sin pensárselo saltase hacia la piedra. La rozó levemente e hizo que ésta se cayese pero para completar el día de infortunios que llevaba encima el muchacho tocó el espejo de su madre.

El cristal se soltó de aquella oxidada alcajata que lo sostenía. Todos los cristales saltaron y se esparcieron en un radio de unos cinco metros debido a la considerable altura a la que el cuadro se encontraba colgado. El muchacho se quedó inmóvil y estremecido esperando a que algo pasara, pero nada ocurrió por suerte. Aquello era lo último que le podía haber pasado al pobre Max.

El muchacho se llevó las manos a la cabeza. Jerry no entendía por qué había hecho eso ya que habían quedado en observar con detenimiento aquel zócalo.

*Aparte de siete años de infortunios como dice la superstición, ¿qué otras consecuencias a largo plazo podría tener este inesperado accidente?* – especulaba Max con todo el optimismo que en aquel momento podía tener debido a lo ocurrido.

Ordenó a Jerry que se sentara porque, como siempre, se ofreció a ayudarlo pero se negó. Comenzó a limpiar aquel estropicio antes de que otra persona lo viera, poco probable, por no decir imposible, pero aquel día todo podía pasar. Cogía precavidamente los pequeños trozos en los que el espejo se había roto y los depositaba en una bolsa de plástico que previamente había cogido de la mochila que trajo con unos pocos de víveres, herramientas...

Al cerrar la bolsa y guardarla en su mochila para al regreso poderla tirar se dio un giro de ciento ochenta grados y vio que algo brillaba en el lugar donde antes se encontraban aquellos pedazos que acababa de guardar. Entonces se percató de que una hendidura rectangular se encontraba detrás de donde primeramente estaba el espejo.



## **Capítulo VII**

### **Encerrados**

Ninguno cabía en su asombro, parecía que aquella pista que llevaban durante toda la tarde buscando podría estar allí, en aquel hueco que había entre aquellas piedras. Se frotó los ojos para comprobar que era cierto y, en efecto, tan real como que él existía.

Max dudó en acercarse y ver qué era lo que brillaba con tanta intensidad allí, en aquella hendidura que ya no se encontraba cubierta. Jerry tampoco podía creerlo y sonrió al no tener palabras que decir.

El muchacho se puso de puntillas aunque no fue suficiente, entonces, recordó que había dejado la mochila sobre los peldaños que llevaban al círculo. Con ágiles zancadas la cogió y la soltó bajo aquello sin ningún tipo de precaución. Tras esto, se subió y la mochila le dio los centímetros necesarios para poder ver lo que había. Justamente cuando fue a elevar la mirada para verlo, los cristales que había guardado antes, se rompieron aún más y esto le quitó los centímetros que primeramente le habían proporcionado para poder ver. Entonces palpando con la mano consiguió cogerlo. Lo agarró y lo puso a la altura de su vista para verlo:

- ¡No puede ser cierto! ¿Qué hace esto aquí? – se preguntó tras aquella suave exclamación. Mi madre creía haberlo perdido y estaba muy inquietada, esto tiene un gran valor sentimental para ella. Este es un colgante que mi madre perdió hace unas dos semanas. – le dijo a Jerry.
- ¡Qué contenta se pondrá cuando lo lloves de vuelta!

Max lo miraba con mucho cariño ya que le traía demasiados recuerdos como para no poder dejar escapar alguna lágrima. Estas saladas gotas de agua que tenía sobre su pupila le distorsionaban los rayos de luz que intentaban entrar por ella para mostrarle la esmeralda que presidía una combinación de formas y colores casi perfecta. La piedra preciosa estaba incrustada en una pieza maciza de oro blanco que hacía resaltar aún más el intenso color verde que poseía. El oro tenía complejas grabaciones casi en su totalidad.

El muchacho lo cogió de la humilde cuerda de la que pendía el lujoso ornamento y empezó a recordar a su abuela, persona que le había regalado a su madre el collar para el feliz día de su boda. Por desgracia aquella buena mujer ya no se encontraba en el mundo de los vivos aunque Max sentía que parte de ella permanecía todavía en aquel objeto.

En ese momento, su abuela estaba presente en todos los pensamientos que, sin haber pedido permiso para entrar, le llenaban la cabeza.

Precisamente en aquel mismo instante se estaba acordando de las muchas veces que aquella mujer de voluminoso pelo tintado castaño y grandes ojos marrones lo llevaba al parque que antiguamente estaba frente a su casa, antes de que construyeran la lujosa urbanización que en la actualidad ocupa aquel terreno.

Tal fue el grado de concentración que perdió la noción del tiempo y de la realidad:

“Se estaba viendo a él mismo cuando tan sólo tenía seis años. Era increíble, parecía haber rejuvenecido con el simple acto de cerrar los ojos. Allí, allí sentada en el antiguo sofá de su casa estaba ella. Se fue a mirar las manos pero para su sorpresa no las pudo ver, ni sentir. Su alma había sido la única que había conseguido viajar en aquel sueño al pasado. Parecía que lo estuviesen grabando y él lo estuviera viendo por televisión; era totalmente de ciencia ficción.

La anciana se levantó con aquellos ojos de ángel y se acercó hacia el Max del pasado.

- Siempre intentaba ocultar su enfermedad cuando yo estaba presente y, sí, lo hizo bastante bien ya que no me enteré de sus múltiples y constantes bajadas de tensión hasta unos años después de su muerte. Esa era la razón por la que a veces rechazaba la fabulosa idea de ir a juntos al parque – recordaba con cariño Max al ver aquella escena.

La abuela acarició suavemente el pelo del muchacho y propuso a su nieto un plan innegable para el muchachito: merendar, jugar y pasar la tarde en el parque.

Aquel día la abuela se sentía bien y decidía aprovechar esos momentos para disfrutarlos con la persona que más quería en el mundo.

Con un gesto indicó al muchacho que iría a la cocina para preparar la merienda y seguidamente él salió corriendo tras ella expresando el amor que sentía hacia aquella persona y la alegría que sentía en aquel momento.

Ya habían cogido el bizcocho, zumos y fruta; todo lo necesario para no tener que regresar a casa hasta la noche. Avisaron a su madre de la salida y no dudaron en marcharse.

Al abrir la puerta de la casa de Max pudo ver el parque al que antiguamente iba y que en la actualidad no existía.

Al muchacho le hubiera gustado ser de nuevo aquel chiquillo libre de preocupaciones y problemas. También desearía apretar su mano con la de su abuela como años atrás. El pequeño Max soltó a su abuela de la mano a mitad del paso de cebrá y corrió hacia el parque para asegurar que aquel banco sería para ellos durante toda la tarde.

- ¡Abuela! ¡Abuela! - gritaba el muchachito que esperaba con ahínco aquel bizcocho que había preparado con tanto amor para él.
- ¡Voy cariño! ¡Espera sentado sin moverte! – indicó con una voz tan dulce como la miel.

Max avanzaba junto a su abuela sin que ella se percatara de su presencia. Cuando ambos llegaron al banco y los tres se sentaron con la abuela en medio sacó de la cesta todos los víveres que había preparado.

El pequeño Max sujetaba el bizcocho, mientras con la otra mano sostenía el brik de zumo de naranja.

De la misma forma de la que se sumergió en aquel sueño, se despertó y se encontró tumbado en el suelo de la sala, mirando al techo.

- ¿Qué me ha pasado Jerry? ¿Qué hago aquí tumbado?
- Cogiste el colgante ¿recuerdas? Y después te agachaste y te dejaste caer al suelo sin dejar de mirar ese objeto; no sé qué está pasando pero vámonos ya de aquí, apenas queda luz.
- De acuerdo, pero antes me gustaría echar un vistazo al zócalo que antes comentábamos ya que este colgante no nos aporta nada.
- Está bien, pero no tardemos demasiado.

Se acercaron a la zona y cada uno comenzó a caminar en sentido opuesto para así aligerar la búsqueda. Aquel zócalo no tenía absolutamente nada escrito como estaban comprobando. Continuaban caminando pero Jerry había parecido encontrar algo. Max continuó mirando pero también se paró enseguida.

Jerry había encontrado en una de aquellas placas de mármol algo escrito. No sabía que idioma podría ser, era muy extraño, nunca antes lo había visto. Algunas palabras parecían estar en latín, pero muy dispersas en aquel enorme texto, así que continuó buscando.

Max estaba viendo algo similar a lo que su amigo había encontrado, algo ilegible y en un idioma desconocido. Parecía ser muy antiguo, aquella lengua ni siquiera tenía alfabeto, eran símbolos continuados que no tenían sentido unos con otros si no la conocías. También continuó caminando hasta el momento en que se encontró con Jerry, se miraron y tras esto se detuvieron en la última placa que quedaba.

Por suerte también estaba grabada como las otras dos aunque no en ninguno de aquellas lenguas, estaba grabado en latín. Si lo conseguían copiar podrían saber que decía si alguien lo traducía pero, les faltaría el resto.

- Esto nos podría ayudar, debemos copiarlo, pero ¿cómo?, el lápiz se cayó por aquel agujero
- Creo que sé cómo hacerlo, únicamente necesito la tiza, ¿aún la conservamos?

Max corrió hacia su mochila y la cogió de uno de los bolsillos. Después Jerry se quitó una camiseta de tela fina de color negro, quedándose con la chaqueta como único abrigo. De seguida rajó la camiseta por las costuras que unían la parte delantera con la trasera e indicó a Max que tensasen la tela. Por último la pusieron sobre el texto y Jerry empezó a pintar toda la superficie de la camiseta con la tiza. Conforme avanzaba e iba pasando por encima de las letras se quedaba el contorno de éstas permitiendo leer sobre la tela aquello que estaba grabado en el mármol.

El proceso fue rápido, no tardaron más de cinco minutos, ya estaban listos para regresar a casa.

Repentinamente un intenso crujido se oyó y retumbó en la sala. Los chicos cruzaron sus miradas y sin dudar empezaron a correr con la cara lívida del horror de lo que podía estar pasando.

Se apresuraron a salir, no querían quedarse encerrados en aquel lugar cuando su familia podía estar en peligro.

Llegaron a la puerta y la empujaron para salir. No se podía, estaba totalmente bloqueada. Quizás el ruido que habían escuchado era algo que había bloqueado la puerta, tal vez un derrumbamiento.

Ni las patadas ni los empujones eran suficientes para hacer ceder la puerta, todo intento que hacían resultaba inútil.

- Y ahora, ¿qué hacemos? – dijo Jerry esperando una solución – ya es de noche.
- Déjame pensar, algo se nos ocurrirá.

Max volvió a sentarse en el las escaleras del círculo de agujas mientras Jerry seguía empujando la puerta aunque esta no hizo ni amago de abrirse.

El muchacho frunció el ceño, su mente estaba bloqueada, no encontraba ninguna solución. Jerry, rendido se sentó junto a Max sin saber cómo actuar ni que decir.

La oscuridad en la sala ya era prácticamente absoluta, únicamente entraba un poco de la luz de luna menguante. Era imposible que pudieran salir esa misma noche, debían esperar al menos hasta que amaneciese para saber si podrían abrir la puerta utilizando más la maña que la fuerza.

Por el momento doblaron cuidadosamente la tela de la camiseta donde se encontraba escrito aquel texto en latín y la metieron en una bolsa para que la humedad no la estropease.

Max intentaba permanecer tranquilo y que pareciera que la situación estaba controlada para que Jerry pudiera dormir algo más tranquilo aquella noche en la que ninguno de los dos pudo conciliar el sueño hasta altas horas de la madrugada.

## **Capítulo VIII**

### **El fuego revelador**

El final de su aventura no habría sido tan dramático ni en sus peores pesadillas, algo que empezó como un juego de adolescentes curiosos, ameno y emocionante, había acabado como la experiencia más terrorífica de sus vidas y que, indudablemente, las cambiaría para siempre.

Ahora comenzaba una nueva etapa en la que debían convivir día a día con la muerte. Su misión más inmediata no era más que salir de ahí para cambiar el futuro de numerosas vidas cuyo porvenir habían escrito.

Por suerte, el punzante frío del crepúsculo se había reducido a una temperatura agradable en ese paraje hostil. La noche había sido muy larga, fue un ir y venir por la sala. Ni los nervios ni aquellas duras rocas les habían dejado pegar durante toda la noche. Únicamente pudieron dormir algo cuando su cuerpo ya fue incapaz de permanecer en pie.

El sol estaba comenzando a entrar por el tragaluz. Max continuaba dormido, el día anterior había sido muy agitado y parecía no importarle estar allí tendido, había permanecido en vela durante más tiempo en busca de una salida.

Por el contrario, Jerry ya había detectado por el rabillo del ojo los primeros rayos del amanecer. Frotó sus ojos para quitarse las legañas y despertarse mientras se desperezaba estirando sus extremidades al máximo. Cualquier parte de su cuerpo sufría condolida, en especial su espalda que había tenido que aguantar estar en contacto directo con el suelo durante toda la

noche.

Se apoyó levemente en una de las columnas que tenía al lado por precaución ante un pequeño mareo que le nubló la vista. No le resultó sencillo hacer memoria de todo lo que había pasado durante la tarde anterior a consecuencia del profundo shock emocional que había sufrido. Conservaba imágenes inmortalizadas en su cabeza que no podía apartar de su pensamiento y fue entonces cuando su mente retomó la gravedad de la situación.

En ese mismo instante se volvió a embarcar en la ineludible tarea de encontrar una escapatoria, para ello alejó cualquier raciocinio agorero y pesimista de su mente.

Echó a caminar para encontrar una respuesta a aquel problema en el que se habían metido, intentando hacerlo antes de que su amigo despertara. Una cuestión un tanto misteriosa todavía le abrumaba: *¿De quién era la voz que habían escuchado antes de entrar a la sala?* No obstante la más trascendental era la forma de liquidar al alma antes de que lo peor ocurriera.

Tras su fugaz reflexión se detuvo esta vez frente la aguja que la había permitido escapar. Permanecía en la misma posición en que cayó la tarde anterior, pensó que podría señalar algún lugar clave pero estaba equivocado.

La sujetó entre sus manos con cuidado y la examinó escrupulosamente. Pudo percatarse gracias a su agudeza visual que unas diminutas hendiduras surcaban la cabeza de ésta, no obstante nada resultaba legible.

La aguja tenía un brillo que ni la piedra más preciosa poseía, su conservación era exquisita pese a la humedad y su punta resistía punzante. No había más por investigar en aquel objeto por lo que lo dejó de nuevo donde lo encontró.

Entonces entró al círculo cuyo suelo sustituía la gélida piedra por la cálida y acogedora madera. Una gruesa capa de polvo cubría la parte externa de la circunferencia y en la parte visible solamente había una hendidura que, a diferencia del resto, no estaba penetrada por ninguna aguja. *“¿Dónde estará la aguja que falta?”* - se preguntó en voz baja pero igualmente resonando en la sala por el eco.

Entretanto Max dormía como un bebé recién comido ajeno a todo lo que su compañero hacía.

Una vez examinada toda la superficie se quedó parado pensando cómo continuar, entre los dos ya habían rastreado la totalidad del recinto y las posibilidades de salir se disgregaban como migas de pan.

Esperando un milagro, introdujo la aguja que Max derribó en su cavidad correspondiente. Nada pasó.

Resopló iracundo. Ningún rincón de la sala había quedado sin examinar, a excepción de algunos textos escritos en el zócalo que no les servían para nada estando atrapados. Así tomó rumbo hacia la puerta para intentar empujarla. No fueron suficientes ni sus patadas ni sus violentos

achuchones para moverla al menos unos centímetros y descubrir qué la bloqueaba. En este arrebato de ira consiguió únicamente lastimarse las palmas de las manos. No llegaron a sangrar pero un rojo latente las había teñido.

Las apretó contra su estómago para de alguna forma sofocar el dolor. No era más que psicológico pero también cerró los ojos y se fue calmando progresivamente hasta sentarse apoyado en el marco de la puerta.

Jerry no estaba acostumbrado a verse así, venía de buena familia, nunca habían pasado necesidades, siempre iba bien vestido, nunca se le había pasado por la cabeza que podría acabar así alguna vez. Desamparado en un lugar cuya existencia nadie conocía y donde ni sus necesidades básicas podían estar cubiertas. Tenía hambre y sed, y nada para saciarlas, su ropa estaba rasgada, e incluso húmeda por el rocío matinal.

También miró a Max, tenía pequeñas magulladuras en el rostro provocadas por los cristalitos que saltaron al estallar el espejo, su vestimenta no es que se encontrase mejor que nunca y aún menos, su ánimo.

Un ruido ensordecedor colmó la sala. Acompañado de un temblor que provocó en Max un repulso que lo elevó alertado. Miró en todas direcciones, desconcertado, intentando localizar el motivo de aquella sacudida. Entonces pudo ver incrédulamente como una aguja ascendía del centro del círculo. ¡Era la que Jerry acababa de colocar! Max miró a su amigo que se encontraba tan confuso como él.

Se elevaba pesadamente hacia el cielo, brillaba con tal energía que no pudieron aguantar la mirada. Cerraron los ojos y se dispusieron en sentido contrario al foco de luz. No pudieron hacer más que permanecer parados hasta que aquello bajara su intensidad y dejaran de correr el riesgo de quemar sus pupilas.

A sus espaldas la causante de aquel derroche de luz continuaba ascendiendo, dos metros la separaban ya del suelo y no parecía que fuera a parar. Giraba también sobre sí misma. Ni el más mínimo recoveco del lugar permanecía en la penumbra. La temperatura de la sala también había subido unos cuantos grados, pero sin llegar a ser molesta.

Al igual que comenzó a alzarse paró sin motivo aparente. Quedó suspendida a la altura de dos metros y medio y ya no irradiaba luz, dejando la sala en su penumbra habitual.

Los chicos descubrieron sus ojos y abrieron los párpados. Su primera reacción ante aquel fenómeno fue un cruce de miradas para verificar que se encontraban bien.

Seguidamente se pusieron en pie y esperaron unos segundos a que su vista se habituase a una luminosidad mucho más reducida.

- ¿Qué ha pasado aquí? – preguntó Max intentando esclarecer que había sucedido mientras dormía.
- No sé, Max, no sé, coloqué.... la... no pasó... nada ... y ...



- ¡Jerry, tranquilo! – lo sujetó por los hombros y le clavó la mirada en los ojos pretendiendo inspirarle seguridad.

Tomó aire e hizo un gesto de conformidad.

- Verás Max, esta mañana mientras dormías he estado examinando el círculo, que era nuestra última esperanza para salir. Entonces cogí la aguja que tiraste y la coloqué en el agujero central. Nada pasó durante un buen rato pero ahora... ya has visto.

- Bien, no debes preocuparte, por suerte estamos bien.

Habiendo aclarado lo sucedido y sin mediar más palabra, ambos pensaron acercarse para comprobar que todo seguía igual. En un primer momento nada sucedió pero de nuevo la aguja comenzó a brillar. Esta vez fue durante un breve espacio de tiempo, pero sin darles tiempo a reaccionar una llama de fuego salió de la cabeza de ésta y se detuvo pocos centímetros por encima. La ignición había sido espontánea, no había ningún material inflamable a su alrededor

Cual llama olímpica en el pebetero, el fuego se erguía radiante e imponente sobre sus cabezas.

Boquiabiertos, no fueron capaces de vocalizar palabra alguna. No podían dar crédito a lo que sus cristalinos captaban, pero tampoco procuraron buscarle explicación; había algo mucho más interesante que les podía servir de utilidad.

Las hendiduras que había en cada una de las agujas eran más visibles que antes, habían adquirido el mismo tono que la llama que se alzaba sobre la aguja. Por ello el contraste les facilitaba la lectura. Se aproximaron sin pensarlo:

- Michael Smith..... Max Lekker ..... – enumeraba Jerry mientras rodeaba el círculo - ¡Claro! Son los nombres de las víctimas del alma, mira... aquí está el tuyo – dijo con lágrimas en los ojos.

Max decidió hacerlo, esta vez no disimuló haciéndose el sorprendido. Tenía que contarle que los nombres de sus padres y el suyo también aparecían allí escritos.

- Jerry, tengo que contarte algo, por favor, escucha con atención, seré rápido y conciso: tú y tus padres también aparecéis aquí escritos, ayer os vi reflejados en los espejos de la sala. Mis padres también están en esa lista.

- No, no, no, no puede ser, debes estar equivocado.

Continuó rodeando las agujas, pero paró en seco y se arrodilló. Secó sus lágrimas, que ya mojaban gran parte de su rostro y levantó la mirada:

- No sé tú Max, pero yo no pienso quedarme de brazos cruzados.

Max, atónito por la entereza con que Jerry había acogido la noticia le mostró su apoyo, la familia de ambos y muchas más personas corrían peligro.

Los nubarrones cubrían la parte del cielo, parecía avecinarse una tormenta y una nube cubrió el tragaluz de la sala. Entonces todos los espejos reflejaron de nuevo aquellos rostros inertes, fue en ese momento cuando Jerry pudo saber a qué se refería Max cuando dijo que los vio reflejados.

- Tenemos que salir de aquí, si empieza a llover y entra la noche podríamos morir de hipotermia – dijo Jerry decidido y precavido.

Con rostros serios y sin siquiera mirarse, tomaron rumbo hacia la puerta, estaban obligados a abrirla costase lo que costase, pero, perplejos vieron como ambas hojas se encontraban ligeramente separadas. No tuvieron más que empujar entre ambos para que una de ellas cediese por completo; gracias al temblor que la aguja provocó, parte de las rocas que la bloqueaban habían caído por las escaleras que ascendían a la torre.

Sortearon unos metros de suelo colmado de rocas del desprendimiento de la noche anterior y únicamente tuvieron que volver sobre sus pasos. Incluso pudieron guiarse por las marcas de tiza en las paredes así que no hubo problema para el regreso.

\*\*\*

- Ten, llama a casa y di a tus padres que dormiste aquí, deben estar preocupados. Así también comprobaremos que ellos se encuentran bien – dijo Max nada más entrar por la puerta de su casa.

Asintió con la cabeza y cogió el teléfono. Se retiró un poco para hablar, dejando paso a Kathy que entraba por la puerta junto a John. Ninguno de los dos tenía cara de buenos amigos.

- Max, no sé dónde has estado pero quiero una explicación y espero que sea buena. Llevamos toda la noche buscándote desesperados y sin saber a quién acudir – dijo John con el ceño fruncido y con los brazos en jarras.
- Verás papá, ayer en casa de Jerry se nos fue el santo al cielo y cuando vimos la hora, había perdido el último tren y me ofrecieron quedarme a dormir. No pude llamarte porque hubo uno de esos cortes habituales del suministro eléctrico en las afueras de las ciudades.

La improvisada excusa de su hijo no había parecido demasiado creíble pero ante la presencia de Jerry prefirieron darla por buena y no echar más leña al fuego. Habían pasado la noche en vela preocupados por si algo malo le había ocurrido.

- Bueno, qué menos que comas hoy con nosotros – se dirigió Kathy a Jerry suavizando en lo posible la situación. Odiaba las situaciones tensas, además este conflicto podía darse por zanjado.
- Mmm.....mm – titubeó por su timidez extrema.
- Sí, se queda, después del gran favor que me hizo acogiéndome en su casa – dijo Max,

salvando a Jerry de responder.

Después de la comida que Kathy preparó subieron a la habitación y rendidos de cansancio tomaron asiento Max en la cama y Jerry en un pequeño sillón que había junto a ésta.

El muchacho abrió la mochila y sacó la camiseta de entre los añicos de espejo que se había esparcidos por ella. Con mucha cautela la extendió sobre las sábanas y la roció con laca que su madre usaba para fijar sus cabellos; de esta forma la tiza no correría el riesgo de difuminarse o incluso llegar a borrarse.

- ¿Te importaría pasar a lápiz lo que hay aquí escrito? – propuso Max facilitándole un folio y un instrumento de escritura.

Apoyándose sobre el brazo del sillón comenzó la faena que no le llevó más de un cuarto de hora, tiempo suficiente para que su amigo se echara una siesta.

*UNAS HORAS MÁS TARDE...*

- Max, Max – susurraba una voz que resonaba levemente en los oídos del muchacho - ¿has mirado por casualidad la hora que es?

La mirada del muchacho se fue despejando, al igual que sus oídos que ya escuchaban nítidamente la voz de Jerry. Se incorporó perezoso y descansado, para ver que quería su amigo. “*Ya habrá terminado de copiarlo*” - pensó Max todavía con la mente un poco adormecida.

Jerry cogió su reloj y lo postró frente los ojos de su compañero. Las ocho de la tarde. Había estado más de tres horas durmiendo.

- Entiendo que no hayas dormido nada esta noche, pero no podemos dejar pasar el tiempo, cada minuto perdido, es tiempo que Dark nos lleva de ventaja.

- Perdona, no podía tirar de mi alma – dijo Max entre risas, excusándose con esa pequeña broma.

- Veo que sigues dormido, es más serio de lo que piensas.

- Conozco la gravedad del asunto pero no entraba tampoco dentro de mis planes esta pausa. No remoloneemos más y actuemos. Colocaremos agujas en la habitación de mis padres para crear una barrera infranqueable para el alma, después haremos lo mismo en tu casa y pasaremos allí la noche, no dejaré que nada te pase. Mañana iremos a ayudar al resto de víctimas.

- Bien, ese es el Max de siempre. Por cierto, durante tu letargo he ido a la facultad de letras y me han traducido el texto. Siento decirte que no pone más de lo que sabemos, la pena es que el momento en que va a decir cómo acabar con el alma se corta.

Esto no hizo que su moral bajase por lo que fueron rápidamente al costurero para coger agujas. No tenían la forma de acabar con ella pero si la forma de protegerse.

Colocaron una a una todas ellas y dieron unas pequeñas instrucciones a sus padres sin tocar el tema de la leyenda. Únicamente les comentaron que era trascendental que no salieran durante toda la noche de ese cuarto. Aceptaron patidifusos porque tenían la corazonada de que no mentían.

Sin demorarse mucho más llegaron a casa de Jerry, donde todo estaba en orden. Ni rastro del alma por allí. Relataron la misma historia esta vez a sus progenitores. También aceptaron y por suerte tampoco indagaron más de la cuenta. Creían plenamente en la palabra de su hijo, quien siempre les había dado motivos para confiar en él. Uno de ellos era su comportamiento ejemplar. Hecho lo más difícil, concienciarlos, sólo quedaba rodear el dormitorio con cien agujas pero, al ser dos, no les fue demasiado complicado.

- Al menos cenad un poco... - ofrecía la madre de Jerry hospitalaria como de costumbre.

Se había hecho tarde y aún faltaban las agujas de la habitación de Jerry y Max por poner. Les estaba llevando más tiempo del esperado, la fatiga empezaba a hacer mella y no tenían la viveza de antes, a esto se le añadió un imprevisto que llevó a Max a pensar en lo peor.

Jerry se desplomó cayendo sobre la alfombra. Exasperadamente Max agitaba el aparente cuerpo inerte de su amigo, no reaccionaba y su temperatura no era normal, estaba tan caliente tenía que bajar a por trapos mojados a la cocina. En el momento en que pasaba por el umbral de la puerta el cuerpo reaccionó y volvió a estar consciente. Se incorporó torpemente y se dejó caer en la cama.

- Jerry no te muevas, voy a por paños húmedos.

Bajó apresuradamente las escaleras y quedó pasmado cuando llegó al primer piso. El cuerpo sin vida del padre de Jerry yacía en el suelo. Se aceleraron su respiración y pulsaciones, haciendo que hiperventilara. Cogió los paños de la cocina lo más rápido que pudo y se los entregó a Jerry que ya había recuperado totalmente el sentido.

Tan ágil como en la ida, tomó el camino de vuelta, intentando auxiliar al padre de su compañero. Tirado en el suelo, gravemente herido. Podía estar muerto o que sus constantes vitales se encontrasen bajo mínimos. No era capaz de identificarlo.

Con alguno de los trapos tapó las heridas sangrantes del pecho del hombre, mientras con la otra mano, tintada de rojo, llamaba a los servicios de emergencia pidiendo auxilio.

Un leve hilo de aire parecía entrar a sus pulmones, que no cesaban en su esfuerzo de proveer de oxígeno a las células. Inesperadamente vio como la madre también salía de la habitación, haciendo caso omiso a las indicaciones de los chavales.

El hombre intentaba despedirse de su mujer en su último aliento, siendo esa su última meta en los segundos de vida que le quedaban.

- He oído ruido Max, ¿qué te pasa? ¿Necesitas al...? – intentó decir antes de que una aguja como las de la sala atravesara su cráneo.

Una escena que jamás olvidaría. La sangre se esparció por la pared cual cuadro de arte moderno. El fondo blanco resaltaba aún más su rojo intenso y oxigenado.

Pudo ver por segunda vez a aquel ser despreciable, que desapareció pocos segundos más tarde. “¡Oh, no! ¡Jerry!” Estaba solo arriba y las agujas no habían sido colocadas en su totalidad.

Llegó a la habitación sin aliento, tenía los ojos cerrados y sudaba exageradamente. Ni rastro del alma en la zona pero podía volver en cualquier momento. Posó los paños en la frente del muchacho con la esperanza de bajar su fiebre lo antes posible.

Entretanto siguió colocando agujas, quedaban muchas pero una llamita de esperanza quedaba viva en su interior. La práctica le llevaba a hacer su tarea cada vez con más agilidad.

Sin previo aviso Jerry se levantó y abrió la ventana para tomar el fresco.

- ¿Te encuentras mejor? Te vendrá bien respirar aire puro.

Mantuvo la mirada conectada con la de su amigo, pero de golpe y porrazo vio cómo se defenestraba sin poder hacer nada por evitarlo. Esta vez sí tenía el corazón encogido. Se asomó por la ventana y vio a Jerry empotrado contra el suelo sin moverse. Sabía que las posibilidades de que siguiera con vida eran mínimas pero bajó pretendiendo auxiliarlo.

En breves instantes pudo comprobar que estaba muerto, sus constantes se habían detenido y tenía el cuello roto en mil pedazos. Sintió una pena inmensa y una rabia descontrolada por no haber podido evitar la muerte.

Cogió sábanas y cubrió los cuerpos con ellas. Los servicios de emergencia llegaban sin poder hacer nada más que acreditar las muertes. El juez no tardó en llegar para levantar los cadáveres.

La vitalidad de la casa se había esfumado con sus habitantes.

Alegó ante ellos no haber visto nada y declaró que unos ladrones entraron en la casa. Tras toda la noche y parte de la mañana en un interminable interrogatorio lo dejaron regresar a casa junto a su familia.

Cuando llegó a casa sus padres aún dormían. Se echó en la cama intentando conciliar el sueño, aunque le fue misión imposible, había un ir y venir de pensamientos y recuerdos que lo perturbaban “*Los he dejado morir, han muerto por mi culpa, cómo les explicaré a papá y mamá que soy un asesino. Este duro revés en mi vida tiene que servirme para afrontar con más valentía y fuerza al alma, lo haré cueste lo que cueste*”.

Max no pudo evitar sentirse culpable, aunque en el fondo de su corazón sabía que había hecho

todo lo que estuvo en sus manos por salvarlos a todos ellos. ¿Quién hubiera pensado que el alma poseería el cuerpo de Jerry?

## Capítulo IX

### El comienzo de la matanza

- Hijo, hijo... - musitaba la tierna voz de Cathy.

El muchacho se arrimó a su madre y no dudó en echarse sobre su regazo. Sabía que algo malo había ocurrido, la almohada de su hijo estaba empapada en lágrimas y tenía los ojos completamente irritados de haber sollozado durante horas.

Lo achuchó con fuerza tratando de tranquilizarlo, nunca lo había visto de esa manera. Su espíritu maternal la llevó a permanecer en silencio hasta que Max saliera del estado en que se encontraba. Esperaba que cuando estuviese bien se desahogase contando qué había ocurrido.

Max había llegado a las ocho de la mañana a casa, todos dormían, por lo que él también lo intentó. Había pasado ya la hora de comer cuando Cathy descubrió que su hijo estaba en casa.

- Mamá, – reaccionó al fin el pobre Max que no había conseguido dormir más de una hora – hay algo que debes saber... pero promete que me seguirás queriendo – añadió desesperado.

Besó su frente en señal de afirmación aunque las palabras de su retoño únicamente la hicieron ponerse más nerviosa si cabía. Mantuvo la calma, aunque impaciente. Para su alivio, Max se lanzó a pronunciar las primeras palabras:

- Hace ya algún tiempo que Jerry y yo estamos investigando una leyenda. Por suerte o por desgracia encontramos al alma de la que hablaba. Hipnotizado la liberé. En estos momentos se encuentra libre, acabando con la vida de los que han sido destinados y, – tomó aire y lo soltó con rapidez – ayer, en casa de Jerry, los mató a él y su familia.

Se derrumbó de nuevo sobre su madre que ya comprendía el motivo de su pena. Se abrazaron con fuerza mutuamente y el silencio invadió la habitación durante claros momentos de dolor.

Cathy no cabía en su asombro, le había dado tanta información en tan pocas palabras que era difícil de asimilar, aun así sintió que cada uno de sus vocablos era sincero.

El día estaba lluvioso, acorde con los sucesos. Las gotas resbalaban lentamente por los cristales de las ventanas, al igual que por la faz del muchacho. Estaba derrumbado, se sentía la persona más despreciable que existiera jamás y no deseaba más que su propia muerte, incluso se planteó quitársela a sí mismo.

El corto descanso que tuvo por la mañana sirvió para una reflexión profunda, de la cual extrajo una conclusión que salvaría vidas: quitarse del medio, suicidarse, era la forma más cobarde de afrontar el problema en el que se había involucrado.

De pronto, Max se puso en pie y salió de la casa con un beso como despedida. Cathy salió tras él, temía cualquier locura por su parte, pero fue incapaz de alcanzarlo.

*“Edward, él es el único que puede ayudarme”*

Inmediatamente se encaminó rumbo a la estación, donde cogió el primer tren que lo llevara a la parada donde lo vio por última vez. Su ayuda era ineludible en la situación. Sólo él tenía conocimiento suficiente de la leyenda.

Llegó al solitario banco en el que días atrás, dejó caer aquella nota. Esperaba que allí estuviera de nuevo pero no era así. Pese a encontrarse mojado por la intensa tormenta se dejó caer sin importarle.

La estación estaba tan poco transitada que un silencio perpetuo plagaba las instalaciones. Harto de que lo único que oyera fuera su conciencia torturarlo incesantemente gritó a los cuatro vientos el nombre del anciano, en busca de una respuesta que no llegó.

Obcecado en el segundero del reloj que había colgado frente a él, pasaban los minutos, indiferentes a sus pensamientos. Los trenes hacían su parada sin dejar pasajero alguno, la zona estaba más desierta que nunca. Pese a la lluvia, nada alteraba la paz y tranquilidad del ambiente, que hacía tanto contraste con el interior del muchacho.

Una mano se apoyó en el hombro de Max que permanecía extasiado. Sólo en el momento en que pudo reconocer la faz del anciano reaccionó con cierta normalidad. Lo saludó como si nada hubiera pasado y educadamente le devolvió la cortesía destapando su cabeza, cubierta por un sombrero tipo fedora. Tomó asiento junto a él esperando que comenzase la conversación.

- Verá, llevo esperándole gran parte de la tarde y gracias a Dios no ha sido en vano. No sé por dónde empezar, ha pasado tanto en tan poco tiempo.
- Lo sé. No me preguntes cómo pero lo sé – balbuceó con el aura misteriosa que siempre parecía acompañarle.
- Necesito su ayuda para intentar salvarlos antes de que llegue mi hora. A mí sólo podría llevarme días, además usted posee grandes nociones sobre la leyenda que nos podrían servir de ayuda.

Las palabras no fueron necesarias para que el muchacho captase la intención de colaborar del anciano.

Al fin una noticia que dio algo de luz a un día para el olvido en su vida.

\*\*\*

El centro de la ciudad había sido el lugar escogido para dividirse. De esa forma abarcarían a un número de personas más amplio. Dadas las instrucciones precisas tomaron direcciones opuestas. Max ya se había encargado de indicarle el paradero de un gran número de elegidos. Lo hizo de memoria, recordando los nombres que vio grabados en las agujas. Al combinarlos con las imágenes reflejadas en los espejos llegaron a su mente gran cantidad de personas que había visto muchas veces en la ciudad.

La primera parada en su camino fue en casa de una señora de quien ignoraba su nombre pero



cuyo rostro sí le era conocido.

Limpiaba el exterior de su vivienda cuando Max se acercó. Sinceramente, sin entrar en detalles, manifestó qué había sucedido y pidió que cuando la noche cayese, permaneciera dentro de la zona cercada por las cien agujas, remarcando su vital importancia. La mujer rápidamente detectó la franqueza en sus ojos y se mostró de acuerdo enseguida. Agradecido de la colaboración de aquella señora y optimista, continuó.

Christopher, era conocido como el típico anciano retrógrado demasiado anclado en el pasado. Vivía en una casa de nueva construcción pero aislado de las nuevas tecnologías. Cultivaba sus verduras y cuidaba su ganado, de esa forma subsistía sin problema alguno y era considerablemente conocido en la ciudad. Nunca había hablado directamente con él, pero lo había visto pasar infinidad de veces frente a su casa durante la infancia.

Jerry venía a la cabeza de Max por momentos, se encontraba precisamente en la plaza donde estaba la fuente señalada por Dark y recordaba lo eufóricos y bienaventurados que se sentían.

Se plantó con firmeza en la puerta y alejando todos esas reminiscencias sombrías presionó el timbre. Desconcertado percibió que quien le daba paso era la hermosa chica francesa que conoció.

- ¿Mylène? Ha pasado algo que debes saber, te resultará extraño pero debes comprenderme – explicó mientras su vista examinaba la bella silueta de quien tenía frente a él.

- Si, ¿todo bien? – preguntó con el refinado tono parisino que acentuaba sus orígenes y la educación que caracterizaba a sus compatriotas – espero serte de utilidad, aunque no sé muy bien el motivo de tu visita.

Explicó una vez más la historia que no dejó de relatar durante ese día. No se demoró en exceso, aún faltaban muchas vidas por salvar. Le agradaba mucho su presencia pero debía marcharse.

- Si necesitas algo, vivo cerca de la biblioteca. Pregunta por mí y algún vecino te guiará y... ten cuidado.

A modo de despedida, la joven afrancesada lanzó un beso al aire que llegó a la mejilla del muchacho, creía haberlo sentido.

Jamás hubiera pensado que un chándal tan sumamente sobrio pudiera sentar tan bien a alguien. Teñido en gris perla y sin apenas ornamento le venía como anillo al dedo; de esa forma no se antepone a la evidente belleza natural. Su melena pelirroja descansaba recogida en un moño y el flequillo caía lacio y escrupulosamente arreglado sin llegar a ocultar los pequeños ojos castaños que tímidamente lo miraban y que, sin duda, camuflaban algo especial. Su nariz no se encontraba al mismo nivel que el resto pero en el conjunto pasaba tan desapercibida que podía resultar perfecta.

El muchacho mantuvo la mirada en la puerta, apurando los segundos al máximo, hasta que finalmente dejó la puerta cerrada tras sí, volviendo con su abuelo.

Espero que Edward haya encontrado a las personas adecuadas – musitaba el muchacho antes de tocar al timbre de otra persona que debía ser protegida. El tiempo jugaba en su contra, la noche había caído y el alma podía entrar en escena en el momento menos esperado. Debían apresurarse.

- Hola señora, vengo a hablar con su marido, es urgente, cuestión de vida o muerte.

Unos instantes de silencio inmortal estuvieron acompañados del rostro de esa señora, el cual cambiaba drásticamente por segundos. Con el ceño fruncido retuvo sus brazos agarrando con fuerza su jersey y sin motivo aparente jaleó como una loca.

- ¡Pero cómo se puede ser tan sádico, morboso y mordaz! – recriminó la señora con los ojos rebosantes de lágrimas. No entra en cabeza humana que alguien, y más ¡tú!, un desconocido, venga a mofarse de mi difunto marido.

La mujer tintada en negro, dio un portazo en las narices al muchacho. Todavía guardaba el luto.

Max, paralizado, se sentó en el banco más próximo y trató de calmarse. Se había dirigido con respeto y buena voluntad hacia aquella persona, comprendía su situación, pero no debió pagarlo con él.

Acompañada de unos suspiros y ahogada, escuchó cómo la voz de Mylène resonaba de nuevo en sus oídos.

- ¿Qué es este escándalo? Se ha oído en toda la calle, ¿Qué ha pasado? – preguntó con la voz entrecortada intentando coger aire.

- Le he dicho que quería hablar con su marido a la señora de esa casa y, creo que el resto ya lo has oído. Mi intención no era ofenderla ni hacerla sentir mal, únicamente ...

- Max, Max, no has hecho nada mal... Pero no la culpes, la reciente muerte de su marido no ha sido fácil, estaban muy unidos y que se lo llevarsen tan repentinamente...

Ayer alguien entró en su casa y acabó con él. Fue un acto tan cruel y cobarde, le atacó por la espalda y no se dejó ver. Si me hubieras comentado que vendías aquí, te habría advertido.

- Ese hombre murió por mi culpa, – de nuevo volvió a experimentar aquella sensación en el estómago que tanto mal le hacía – no fue ningún asesino el que entró, fue el alma. Su nombre aparecía en la lista y yo estaba aquí para salvarlo – sentir que estaban muriendo personas por su culpa hizo que comenzara a hiperventilar, así el escaso hilo de voz que emanaba de su boca, cesó.

Los brazos de la señorita rodearon el cuerpo del muchacho intentando calmarlo.

El tiempo pasaba y todo seguía igual.

Mylène estaba tan confusa como asustada pero pese a ello actuó. Preocupada al comprobar que su abuelo se encontraba ante un peligro real lo hizo reaccionar rápidamente, siendo más eficaz que consolarlo. Sus palabras no fueron nada nuevo en la cabeza del muchacho pero muchas veces un profundo pesimismo las eclipsaba. *“Pensar en aquello que has hecho mal y no intentar enmendarlo es peor que el propio acto”*.

No era la primera vez que le pasaba, se anclaba a los malos pensamientos y dejaba a un lado su labor. Era inevitable que vinieran a su mente pero debía actuar con conciencia y sosegado.

Tras serenarse y agradecer el apoyo moral que Mylène le aportó, cogió fuerzas para proseguir algo que todavía le llevaría tiempo.

\*\*\*

El minuterero del reloj marcaba la media noche y, con respecto al plan establecido, Max y Edward llegaban desde direcciones opuestas al centro de la plaza de la biblioteca. Ambos habían pasado toda la tarde y parte de la noche llevando a cabo su cometido y según aquello que daba a entender la expresión de ambos, había sido bastante satisfactoria.

- No sé, empiezo a sentirme mejor habiendo ayudado a toda esta gente, pero no evito quitarme la imagen de Jerry.

No obtuvo respuesta por parte del anciano, tan sólo una media sonrisa acompañada de un movimiento del hombro. Max lo miraba sin saber qué decir. Edward no parecía incómodo por el silencio que en aquella desierta calle se respiraba, pero Max sí. Pese al esperado cese de la lluvia, la temperatura seguía siendo demasiado baja como para permanecer tanto tiempo a la intemperie: por ello, a modo de despedida, Max pronunció con un titubeo acorde con la helada tras la caída de la noche:

- ¿Qué le parece si le acompaño a casa? ...ya es tarde – un constante tembleque gobernaba el cuerpo del muchacho, que no había hecho una buena elección de su vestuario.

- Tienes razón, pasan las once de la noche, pero no es necesario... ve a casa y descansa... te vendrá bien – dijo mirando su reloj de bolsillo.

- De acuerdo... si no quiere... ¿Mañana en la estación?

Edward asintió a la vez que frotaba su nariz, tan roja por el frío que no pudo evitar el estornudo. Ambos tomaron direcciones contrarias.

Pese a haber pasado más tiempo con él, el anciano era si aún cabe, un total desconocido. No sabía dónde vivía, qué edad tenía, ni siquiera había llegado a comprender su relación con la leyenda; únicamente, que siempre aparecía en el momento oportuno. Era una persona tan amable, tan simpática y cercana, nunca hubiera llegado a pensar que aquel anciano de pelo gris se convertiría en su mayor apoyo; y menos tras el espeluznante encuentro que lo rodeó. Llegando incluso a sentir pavor hacia él y temor a que pretendiese hacerles daño.

Aligeró el paso, tratando así de llegar lo antes posible a casa. Antes de salir había advertido a sus padres del peligro al que se enfrentaban, pero sentía que el alma actuaría en el momento más inesperado y no quería que fuera con la guardia baja. No era capaz de imaginar su vida si el alma llegara a atacar a quién más quería.

- ¡Max! ¡Max! – sonó una voz desgarrada.

Se giró bruscamente ante la llamada, pues pudo reconocer la voz de Mylène. Se temió lo peor cuando oyó el tono de su mensaje, pero lo confirmó al ver su cara, tintada en negro por su rímel corrido. Corría dando saltitos evitando los charcos que la lluvia dejó mientras el bajo de su pantalón empapaba todas las gotas de aguas que levantaba con la zapatilla.

El corazón a mil, la vista nublada y con una debilidad evidente; así se mostró la dolida francesa ante Max.

El muchacho compartía enteramente la pena con Mylène, pero también cargaba con un inmenso sentimiento que no sabía ya de qué manera afrontar; todas y cada una de las estrategias para enmendar su error comenzaban a fracasar, a hundirse.

Abatido interiormente, las lágrimas brotaron con cuentagotas pero instantáneamente hizo cuanto pudo por retenerlas; lo peor para Mylène sería no tener un hombro firme donde ahogar su pena.

Al fin sus cuerpos entraron en contacto. Los brazos del muchacho la envolvieron suavemente, posando las manos sobre sus hombros, mientras ella lo abrazaba impetuosamente estallando en un llanto desconsolado. Unos inteligibles sonidos emanaron del chico, que trató de hablar, pero finalmente rectificó esperando que llegara la calma.

El tiempo corría silencioso e impasible a lo sucedido. Los sollozos de la mujercita eran cada vez más intermitentes y un vacío llenaba el espacio.

- No te culpo Max, - levantó la cabeza de su pecho hablando sin apenas vocalizar – es más, te admiro.

El muchacho tardó en reaccionar, haciendo muecas ostensibles de confusión. No supo entender a qué se refería Mylène pronunciando esas palabras.

- Es tu fuerza y valentía lo que más asombra de ti, quizá sea porque mi forma de ser es a veces indecisa y algo cobarde, pero tú debes estar orgulloso de ti mismo – aclaró pocos segundos después las palabras que acababa de lanzar al aire.

- Ven, vamos a casa.

Entrelazaron sus dedos y con paso ligero avanzaron hasta el hogar del muchacho, donde sus padres lo esperaban impacientes tras su inquietante salida. La noche había caído por completo y

las calles parecían haberlas vaciado. No había nada que perturbase la tranquilidad del barrio, salvo el aura amarga que los jóvenes arrastraban.

Mylène aún sollozaba, pero ya no lloraba desconsolada. Max, por otro lado, se mantuvo firme, sereno e inspirando seguridad a su nueva amiga, de quien no sabía apenas nada, pero lo que conocía, parecía serle suficiente.

- Max – susurró la francesa.
- Si.
- ¿Podemos evitar esta calle? Nunca me ha gustado pasar por aquí.
- En otras circunstancias no hubiera habido problema pero tenemos que llegar a casa lo antes posible. No te preocupes, no pasará nada.

Agarró aún con más fuerza la chaqueta de Max pero aceptó sin rechistar su razonamiento. El foco de su miedo era la pequeña plaza que atravesaba la calle, su longitud no alcanzaría los quince metros pero eran los vagabundos quienes no parecían ser de su simpatía. Comprendía que no fuera de su agrado pasar por allí a esas horas de la noche, pero era más que necesario, además, nunca había tenido problema alguno con ellos.

Max miraba de un lado a otro con los cinco sentidos puestos en todas las personas que había allí, muchas bajo cartones para protegerse del frío, otras sobre los bancos con una simple sábana. No eran más que personas que buscaban un lugar resguardado por las encinas y los muros de la intemperie. La mujercita parecía estar más tranquila, lo que era realmente importante.

- ¿Qué haces aquí?

El muchacho detuvo el paso pocos metros antes del final de la plaza, sintió que era necesario.

- Intentaba descansar, ¿cómo me has reconocido?
- ¿Cómo va a pretender dormir en el suelo? Su reloj, se dejaba entrever entre los cartones.
- Déjame, estoy bien, id y descansad, os hace falta y necesitáis recuperar energía.
- De acuerdo, pero venga con nosotros, no dejaré que se quede ahí.
- No, no. No quiero ser una carga.
- De alguna forma debo agradecer cuanto me ha ayudado, ¿no?

\*\*\*

El muchacho sacó las llaves de su bolsillo y entraron a casa. Sus padres se encontraban en la cocina así que rápidamente se dirigieron hacia allí. La emoción emanaba de sus ojos, que veían a Max pasar bajo el umbral de la puerta sano y salvo, de quién no habían sabido en todo el día. Los abrazó como si hiciera siglos que no los veía y se dirigió a presentar las personas que lo acompañaban.

- Papá, Mamá, ellos son Mylène y Edward.
- Encantados – dijeron los cuatro al unísono.
- Bueno, creo que tengo mucho que contaros y que explicar, ¿no es así?
- Cathy y John asintieron con la cabeza, ya relajados tras volver a ver a su hijo en casa.

Tras la cena todos se sentaron frente a Max, quién debía poner al día, sobre todo a sus padres, de aquello que había acontecido en los últimos días.

Después llegó el turno de Edward, quien se presentó a sus padres sin hablar de nada que Max ya no supiera, cediendo rápidamente el turno a Mylène, quien, a pesar del intenso dolor que sentía, habló con profundidad de su vida, tanto en su país natal junto a sus fallecidos padres, como en la ciudad junto a su abuelo.

Edward se había instalado en una de las habitaciones de invitados y, según lo que habían hablado, pasaría algunos días más con ellos, Mylène regresó a casa, la policía necesitaba su presencia, Cathy y John, asombrados y preocupados, también fueron a descansar para asimilarlo todo y Max, daba vueltas en la cama, sin poder conciliar el sueño, pensando cómo actuar; esta vez su valentía lo llevaría de nuevo al castillo. Así que, sin dar más rodeos, se levantó de la cama y se encaminó hacia allí, decidido y valiente; para intentar mantener viva su esperanza de acabar con el alma y acabar con el sufrimiento que él había causado. Era el único lugar donde realmente podría encontrar algo de utilidad y, como bien sabía, no podía dejar pasar el tiempo.

## **Capítulo X**

### **El niño perdido**

De repente el siniestro y frío ser comenzó a acercarse hacia él lentamente. Su frialdad había inundado la sala, haciendo que los espejos que había en ella se empañasen completamente, su reflejo se difuminó por toda la sala. El alma apenas se distinguía en la noche, únicamente adquiriría cierto perfil humano y, el frío era cada vez más intenso.

Había llegado a la sala sin problemas pero las cosas comenzaron a torcerse, no llevaba más de diez minutos allí cuando apareció; en ese momento sintió que debía haber permanecido en casa y, además, que de nada serviría aquella visita mas que para poner en riesgo su vida. Todos dormían en el momento en que salió de casa, nadie sabía que se encontraba allí, algo que hacía aún más delicada la situación.

El joven retrocedía poco a poco, intentaba evitar estar cerca del alma. El espécimen continuaba aproximándose, pensaba que se acercaba su final, pero, sin saber por qué, paró de repente. Max lo veía muy claro, era su única oportunidad de escapar, la única oportunidad que el joven tenía para poder salvar su vida. Era el momento de correr, llevaba minutos esperando que dejase el más mínimo acceso para huir; era ahora o nunca.

Sin pensarlo más, arrancó tan rápido como pudo, saliendo por la oxidada puerta y atravesando los interminables pasillos llenos de cuadros. El suelo de éstos estaba cubierto por una fina

alfombra roja perfectamente alisada, que apenas si había sufrido el paso de los años. Era larguísima, parecía no acabarse, el reloj parecía haberse parado, el segundero no avanzaba, definitivamente aquel día entró de lleno entre los peores de su existencia.

El pasillo al fin llegó a su fin para alivio de Max. Bajó rápidamente y cruzó el río sin cuidado alguno. La gruta por donde había venido estaba próxima y el alma parecía no seguirle, aun así, no debía bajar la guardia, no estaría seguro hasta que no saliera de la montaña, al menos.

El muchacho corrió hacia casa, pero, antes de marchar, se fijó en un pequeño detalle, esa montaña era la que había detrás de casa pero por la cara inversa. El mapa de Jason que Edward me dio daba un gran rodeo – pensó el muchacho.

Max fue corriendo porque no se sentía todavía seguro, aunque a un ritmo bajo. Llegó a casa, los aspersores regaban el césped del jardín y las farolas y farolillos se encendían mientras el joven atravesaba la calle.

Abrió la puerta de casa y atravesó el vestíbulo. Entró a su habitación y esperó que un nuevo día llegara.

\*\*\*

Había dormido mucho, la casa ya sufría la actividad diaria, lo que indicaba que todos estaban ya levantados. La habitación parecía una cueva, todas las ventanas y la puerta cerradas no dejaban pasar ni un rayo de luz. Se dispuso a abrir una de sus ventanas cuando para su sorpresa, no había luz; la luna continuaba brillando en el reflejo del estanque. Rápidamente miró el reloj de su mesita de noche, no podía creer lo que veían sus ojos, las diez de la noche, llevaba más de doce horas durmiendo.

Saludando a su familia que se encontraba en el salón junto a Edward, entró en la cocina, donde cogió un zumo envasado. Seguidamente volvió con ellos, debía informar sobre la pasada noche.

Cathy tejía un precioso bordado en uno de los cojines del salón, el padre de Max estaba sentado en el sillón, con la mirada perdida por la habitación, muy pensativo y Edward caminaba de un lado a otro de la sala demostrando así su inquietud y preocupación.

Max cogió una silla de la cocina y la llevó al salón para sentarse con los demás y compartir lo sucedido en la montaña.

- ¿Cómo habéis dejado que duerma tanto? – dijo frustrado y sintiendo que había perdido el valioso tiempo del que no disponía.
- A la hora de comer quise despertarte, pero estabas tan cansado que ni siquiera respondiste mis llamadas. Aparte, tu cuerpo necesitaba descansar, no has parado en días, era incapaz de aguantar el ritmo al que lo sometías – razonó Cathy.

Asintió con la cabeza y continuó. Ninguno de los allí presentes creía que se le hubiera pasado

semejante locura por la cabeza. Había expuesto su vida completamente al peligro.

Pese a ver la situación desde una perspectiva afortunada, todo había ocurrido sin graves incidentes, el instinto maternal de Cathy le impedía tranquilizarse.

Pensaba salir para airearse pero no se quedaba del todo tranquilo, decidió que al menos tuvieran algún sitio seguro donde resguardarse en caso de necesidad; entonces se dio la vuelta y, costurero en mano, colocó una a una las cien agujas necesarios para repeler al alma, tanto en su habitación como la de sus padres. Cualquier medida preventiva era poca ante tal maldad y sangre fría.

Ya más tranquilo, el muchacho abrió la puerta de casa pensativo y salió al jardín. Se sentó en el balancín y se cruzó de brazos.

*¿Qué está pasando? Nunca hubiera imaginado que esto iba a llegar tan lejos, gente inocente ha muerto por mi culpa y gente inocente va a morir. Tengo que arreglar esta situación, no puede seguir así, tengo que hacer algo, tengo que arreglarlo – repitió el muchacho –. Nunca debería haber ido a ese castillo, de esa forma nunca hubiera pasado nada, pero todo está hecho y... -* cavilaba el muchacho mientras se balanceaba en el chirriante columpio del jardín.

El joven se abrochó la chaqueta, la temperatura acababa de bajar bruscamente; solo podía significar una cosa. Temía que aquella noche se prometiera tan intranquila como la anterior.

Rápidamente se ocultó tras los setos del jardín. Los aspersores que regaban el césped comenzaron a congelarse hasta el punto en que se detuvieron, dejando una cortina de brillantes diamantes de hielo suspendida en el aire. Max evitaba mirar, acurrucado se refugiaba en la frágil y pequeña pared que formaban los tupidos setos llenos de pequeñas lágrimas de agua congeladas.

Pero, de nuevo, la curiosidad de Max le jugó una mala pasada, asomó la cabeza por encima del seto. *Pero, ¿qué era?, mejor dicho, ¿quién era?* – pensaba Max impresionado.

El muchacho se levantó viendo que quien pasaba por la calle no era el alma, no era ningún alma, simplemente era un inocente niño de unos doce años que parecía haberse extraviado. El chico no alcanzaba la altura de Max, e iba vestido con unos pantalones beige, una chaqueta azul cielo y unos guantes y un gorro a juego con los pantalones.

Max se acercó corriendo hacia él y le preguntó:

- ¿Cómo te llamas?
- Hola, me llamo Jason y tengo trece años. Me he perdido – soltó el pequeño de carrerilla.
- No te preocupes, cuéntame que te ha pasado y entre los dos conseguiremos llevarte a casa.
- Verás, esta mañana...
- Espera, espera un momento, entremos en casa, aquí hace mucho frío, podríamos resfriarnos.



Ambos entrando en casa y notaron la acogedora temperatura cuando de repente un ¡crash! rompió el silencio que había en el exterior. La cortina de hielo se derrumbó tras su paso, pero sin más, entraron a refugiarse de la invernal temperatura del exterior.

El muchacho presentó a Jason a su familia que tomaba té tranquilamente a la luz de la enorme chimenea.

- Él es Jason, – tras una necesaria pausa, continuó - se ha perdido y creo que deberíamos ayudarlo; adelante no tengas miedo, sólo queremos saber qué te ha pasado – dijo esta vez con la mirada puesta en el recién llegado.
- Si adelante, cuéntanos – comentó Cathy, tan amable y servicial como siempre.

El tímido joven se sentó muy educadamente en la silla que Max había dejado libre y comenzó a contar lo que le había ocurrido:

- Me llamo Jason como ya sabéis. Esta mañana iba paseando con mis compañeros del orfanato como siempre hacemos. Hoy la ruta era diferente. Pensé que no pasaría nada si me separaba del grupo para beber agua, estaba sediento. Pero, cuando quise darme cuenta, se habían marchado sin mí. Entonces comencé a deambular por las calles de la ciudad durante toda la mañana y también toda la tarde hasta que por suerte me encontré con Max.
- Y... ¿de qué orfanato me has dicho que venías Jason?
- Vengo del orfanato Murray, ¿lo conocen?
- No, pero lo buscaremos en la guía telefónica, ahora debes de estar hambriento ¿no?, ven, te enseño la habitación en la que pasarás la noche y te preparo la cena.
- No muchas gracias simplemente me gustaría saber dónde está mi habitación, no tengo apetito después de todo lo ocurrido.

Cathy acompañó junto a Max a Jason su habitación. El extraño se tumbó en la cama al entrar y al instante se quedó dormido.

Entonces madre e hijo apagaron la luz y cerraron con sigilo y suavidad la puerta. Ambos se desearon buenas noches y se marcharon cada uno a sus habitaciones correspondientes.

El muchacho acostado en su cama reflexionaba de sobre la noche anterior y cavilaba, todavía otra forma de acabar por fin con el alma. Se extrañó al pensar que el día siguiente era día de colegio pues habían pasado demasiadas cosas que escapaban de su rutina.

*“No debería haber dejado que Mylène regresase a casa con el alma deambulando por la ciudad.....pobre Jason debe de estar tan asustado...”*

Los pensamientos de Max comenzaban a amalgamarse, fruto del cansancio acumulado, aun habiendo pasado el día durmiendo, y las emociones tan fuertes que había tenido que vivir.

\*\*\*

El despertador de Max sonó a las siete y cuarto como normalmente y también como normalmente tocaba ir al instituto. El muchacho se estiraba mientras bostezaba, todavía totalmente apoderado por la fatiga.

- Otro día más de instituto - murmuraba Max a la vez que se levantaba haciendo un gran esfuerzo.

Bajó las escaleras y se fijó en la puerta de Jason, estaba cerrada, debía de seguir durmiendo. El muchacho desayunó tranquilamente y cogió el autobús para pasar una larga mañana de aburridas clases.

Llegó cinco minutos antes de la hora. Entró en clase, ya había muchos de sus compañeros que hablaban en pequeños corros. Max se integró en uno de esos grupos.

Parecía perseguirlo hasta en los lugares más inesperados, ni en el instituto pudo aislarse de lo que le venía persiguiendo esos días: la leyenda. Si, en los grupos hablaban de ella. No sabía cómo habían podido enterarse pero lo sabían, y hablaban de ella como si no tuviese importancia alguna, dado que, por fortuna, no habían tenido la desdicha de sufrirla.

Sonó la campana y todos los alumnos se sentaron en sus sitios mientras el profesor entraba por la puerta entreabierta. El gesto serio preocupó a todos pues eso significaría que estaba enfadado, lo que era preocupante. Pero el misterio se desveló enseguida pues comenzó a hablar, cosa que hizo comprender a todos los alumnos el motivo de su nerviosismo:

- Buenos días – comenzó a hablar el profesor – tengo que decir algo muy importante y, os aseguro que no es ninguna broma – la clase miró al profesor preocupada –
- Vuestro compañero Jerry y su familia han muerto.

La clase quedó paralizada y, el suave murmullo que había en clase, cesó. Tras varios minutos de silencio los comentarios entre compañeros comenzaron a surgir, aunque rápidamente el profesor puso orden y continuó hablando:

- Fueron asesinados, o al menos eso se cree. La policía investiga aún el caso, intentaré informaros. El centro ha decidido efectuar en la biblioteca un pequeño homenaje a Jerry, que pueda servir también como presión para que el caso avance lo más rápido posible.

En ese momento la cabeza de Max estaba ausente, Max pensaba en Jerry, en los divertidos momentos que había pasado con él y en sí mismo, para él era inevitable no sentirse culpable.

Los ojos de Max se inundaron progresivamente de lágrimas que resbalaban lentamente por su rostro, lágrimas que permitían ver la tristeza que Max, por su capricho de investigar la leyenda, por su torpeza al tropezar con la aguja, Max se sentía muy desdichado.

La clase comenzó, pero nada era normal, la silla y la mesa de Jerry estaban vacías y la clase

permanecía callada, las miradas de todos los alumnos de la clase estaban fijadas en la nada. La voz del profesor pasaba sin quedarse en la cabeza de los estudiantes, impactados por la trágica noticia.

Fue por esto por lo que el profesor creyó oportuno suspender las clases de aquella jornada, sentía que era necesario guardar al menos un día de luto hasta que la rutina retomase su cauce.

Hacía una media hora que había parado de llover y los jardineros habían continuado con sus tareas, manteniendo los jardines impolutos.

- ¿No te parece impresionante la repentina muerte de Jerry? – preguntó un compañero de Max al salir del instituto.
- Si, muy interesante – respondió el muchacho resignado y decaído.

Max se marchó rápidamente sin ni siquiera despedirse de su compañero. Llegó a casa y dejó sus cosas en la habitación tras un frío hola de saludo, el muchacho estaba desgastado, apenas tenía ganas ni de hablar; de hecho ni había llamado a Mylène para interesarse por ella.

Al parecer Jason no había salido de su habitación desde que Max se había ido, *¡todavía!* – pensó el muchacho extrañado. Max bajó las escaleras sigiloso y llegó a la cocina. Allí se encontraba John, que preparaba con esmero uno de sus platos preferidos, pero el muchacho a quién quería ver no era a su padre sino a su madre, así que sin más contemplaciones fue a buscarla a la salita donde se encontraba tumbada sobre el sillón leyendo uno de sus interesantes libros de suspense.

- Mamá – dijo Max intentando llamar la atención de Cathy.
- Dime hijo, ¿qué pronto has vuelto hoy? – respondió Cathy mientras miraba a Max por encima de la montura de las gafas.
- Han decretado día de luto oficial en el instituto por Jerry.
- Era de esperar hijo, una pérdida como la suya no puede dejar indiferente a nadie – dijo aún con tristeza en su voz.

Fue un día duro para todos, permanecían a la expectativa, sin saber cuándo aparecería, sin saber qué pasaría después, sin saber nada. El futuro del muchacho pendía de un hilo, que el alma podía cortar a su antojo.

Lo único que subió un poco la moral del muchacho fue al fin hablar con Mylène, de quien llevaba dos días sin saber nada y, gracias a Dios, se encontraba mejor. Superando la pérdida de su abuelo, pero harta de hablar con la policía y explicarles que no vio nada.

## **Capítulo XI**

### **Una nueva alma**

El muchacho aún no se había levantado, eran las doce y, Cathy había preferido dejar que su retoño descansase. Max estaba conmocionado por los sucesos ocurridos el día anterior, no había parado de llorar en toda la noche. Max apartó la almohada que se arrugaba empapada por sus propias lágrimas. Seguidamente retiró las sábanas y apoyó los pies en la cálida madera que cubría

el suelo.

Bostezó a la vez que se desperezaba. Haciendo un gran esfuerzo, al fin se levantó de la cama y se asomó a la ventana. El día estaba nublado, seguían viniendo nubes, esa tarde se anunciaba como la típica tarde de invierno, lluviosa y fría.

La ventana daba a una importante calle de la ciudad y también tenía unas preciosas vistas a la montaña donde se encontraba el castillo. Max mirando esta vez hacia la calle observó a la señora de la casa de enfrente que daba uno de sus rutinarios paseos a su perro. Edward podaba los setos de su jardín, quería colaborar en cualquier labor de la casa, no quería ser una carga; los vecinos aprovechaban la mañana para hacer las tareas domésticas.

Max fijó la mirada en uno de los naranjos y de nuevo empezó a pensar en lo sucedido a Jerry. *¿Dónde está el amuleto que Jerry me regaló?, lo debo haber perdido, que pena -* dijo el muchacho entristecido. *Pero, ¿acaso el alma se ha olvidado de mí?* - se preguntó el muchacho extrañado de que todavía no hubiese acabado con él.

Al preguntarse esto Max se asustó más aún. El alma andaba suelta y lo buscaba a él.

El muchacho agitó la cabeza y se giró. Se estiró y empezó a dar vueltas por la habitación, pensativo, aunque poco después se paró durante varios segundos, se giró de nuevo y avanzó hasta la puerta. La cerró dando un portazo. Bajó las escaleras con presteza y llegó al salón que en ese momento se encontraba vacío. Seguidamente Max fue a la cocina para ver si había alguien, pero pudo descubrir que tampoco había nadie. Miró por la ventana, el coche no estaba y esto hizo que el muchacho se angustiase y comenzase a pensar que el alma...

Se giró y para su alivio, comenzó a leer una nota que había pegada en el frigorífico con un imán:

*“Max, papá y yo hemos ido a hacer la compra. No te preocupes. El desayuno..., coge los cereales que hay en la despensa. Si necesitas cualquier cosa, llámanos.”*

*Mamá*

-¡Uf! – respiró el muchacho sereno tras haber pensado en lo peor.

Sus tripas rugían pidiendo ser alimentadas. Comenzó a hacer el desayuno, aunque, para Jason, ¿qué prepararía?, ¿tostadas? o ¿huevos con bacon? – cavilaba indeciso sobre el menú matutino. No conocía ninguno de sus gustos, hacía un día que lo había encontrado. Pues ya que Max no sabía lo que el joven preferiría, prepararía su desayuno preferido: tostadas. Junto a un vaso de leche, las puso en una bandeja metálica para llevarlas más fácilmente.

Con dificultad Max consiguió abrir la puerta de la habitación en la que se encontraba el chiquillo, la bandeja le mantenía ocupadas ambas manos. Aún seguía dormido pese a que la noche

anterior se había acostado muy temprano. Pensó que ya era hora de que se fuera levantando, entonces retiró la silla que había frente la ventana y comenzó a subir la persiana que permanecía cerrada hasta abajo. Una tenue luz comenzaba a entrar. No la había subido apenas unos centímetros cuando la mano de Jason agarró fuertemente el antebrazo del muchacho, seguido de un violento empujón que derribó a Max haciéndole caer al suelo. Jason cerró rápidamente la persiana y se sentó en su cama como si nada hubiera pasado.

No comprendió qué le pudo haber sucedido, qué le podría haber pasado a Jason para que reaccionase de tal manera. El niño se levantó de la cama y se aproximó al muchacho que continuaba tendido en el suelo. Max retrocedía poco a poco atemorizado hasta que Jason le tendió la mano. Indeciso se agarró a ella para levantarse aún condolido, a la vez que lo escuchaba pedirle perdón y comenzando a disculparse. Max se levantó del suelo dolorido y aturdido, no entendía nada de lo que estaba ocurriendo, aún no comprendía qué le podría haber pasado al tranquilo joven que encontró perdido. Se había golpeado bruscamente con la coqueta a causa del empujón y se sentía un poco mareado.

Jason hizo un gesto a Max indicándole que se sentara sobre la cama para darle unas más que merecidas explicaciones. Tras apartar las sábanas se sentó y comenzó a escuchar:

- Perdona Max, te lo explicaré todo. Yo..., yo... – tartamudeó el muchacho con una voz que no expresaba sentimiento de arrepentimiento alguno – nunca he tenido amigos, siempre he estado... y... ¿cómo te diría?, siempre me siento enfadado con el mundo y... digamos, reaccionó violentamente cuando alguien invade mi espacio vital... pienso que será porque siempre me he sentido... solo.

El muchacho hizo una mueca de incompreensión diciéndose a sí mismo: *“La excusa no es muy buena pero... pensaré que ha sido un accidente”*.

- Te perdonaré – dijo al fin en voz alta dándose la mano inmediatamente.
- Gracias Max, lo digo de corazón.
- Por cierto, tendrás hambre ¿no?

Era mejor no seguir dándole vueltas a un tema que para Max ya estaba zanjado. No quería ahondar en la vida de aquella pobre criatura.

Ambos cogieron el desayuno y comenzaron a engullir las tostadas sin decir ninguna palabra.

Una vez que terminaron Max, antes de bajar las tazas y la bandeja a la cocina propuso a Jason ir al parque para dar una vuelta y que le diera un poco el aire. El joven no aceptó la propuesta con la excusa de que estaba muy cansado.

Max, aunque redujo el trayecto del paseo lo dio y regresó a casa unos minutos antes de la hora de comer. La comida le esperaba sobre la mesa y, como los días anteriores, Jason no bajó a almorzar. Max tomó un simple sándwich pues las tostadas todavía ocupaban su estómago. Retiraron la mesa y una hora más tarde prepararon el té y comenzaron a charlar:

- Mamá, ¿has llamado al orfanato de Jason? – preguntó Max.
- Pues, casualmente ahora mismo me iba a llamar. Max, ¿te importaría dejarnos solos a papá y a mí?
- Oh ¡por supuesto!

Dio un último sorbo a la infusión y agarró el teléfono con la mano que le quedaba libre.

El muchacho se levantó del sillón y subió las escaleras. Se detuvo en el pasillo que llegaba a la habitación de Jason, dejando atrás el baño. Max comenzó a escuchar la conversación:

- *“Hola, buenas tardes, llamaba para informar de que antes de ayer encontré perdido a Jason, uno de los chicos que viven en ese orfanato”*

Hubo un pequeño silencio pero, de repente Max se sobresaltó:

- *“¿Como que hace años que hace años que no hay ningún niño llamado Jason en el orfanato!”*- dijo Cathy alterada debido a la inesperada respuesta.

Varios segundos después Cathy se despidió con un simple gracias y colgó el teléfono desilusionada y aturdida.

- Jonh,- dijo Cathy – me ha atendido la directora del centro y me ha dicho que en sus listas no figura ningún niño llamado Jason desde hace años y...- recordó durante unos instantes- el último niño llamado así estuvo internado hace veinte años en el antiguo orfanato, se escapó y no se volvió a saber nada acerca de él. Si hacemos cuentas, aquel niño ahora tendría... unos treinta años, ¡es imposible!

Max se quedó petrificado, apoyado en el marco de la puerta, inmóvil, ausente, hasta que una serie de pensamientos inundaron la cabeza del muchacho que seguidamente fue a la habitación donde se hospedaba Jason. Abrió la puerta con descaro; el joven no estaba allí. El muchacho cerró de un portazo que retumbó en toda la casa, avanzó por el pasillo a un paso apresurado hasta que llegó al baño donde estaba Jason. El muchacho se detuvo en seco, haciendo que el suelo crujiera y que Jason dirigiera su mirada hacia él.

Max retrocedió recordando en este momento el día que miró al alma cara a cara. Los ojos de Jason eran blancos, inexpresivos, guardaban una similitud impresionante con los del alma.

- ¡Mamá! ¡Papá! ¡Id a vuestra habitación y no salgáis de allí por nada del mundo!

Los progenitores del muchacho podían imaginar que estaba sucediendo pero no comprendían por qué. Acataron las órdenes del muchacho.

- Pero, ¿cómo nos ha estado engañando durante todo este tiempo? ¿cómo ha estado

ocultando sus inexistentes pupilas? cavilaba el muchacho hasta que todo empezó a encajar. Cada uno de sus pensamientos era una pieza de un gran puzzle que, poco a poco, comenzaba a tener sentido.

La liberación del alma, el extraño joven que Max acogió en su casa, la conversación telefónica con el orfanato, los ojos reales de Jason. Todo concuerda, Jason es... Jason Dark, el alma. Además, aquella voz que escucharon en la sala de las cien agujas, coincidía exactamente con la suya.

Las palabras que una vez leyó resonaron en su mente: *“Un alma es simplemente el reflejo de miles de gotitas de agua.”*

- ¡Claro! Por eso su violenta reacción al intentar subir la persiana de su habitación, este también es el motivo de que nunca saliese hasta la llegada de la noche.

¡Había estado conviviendo con su futura asesina! Con el mero hecho de imaginarlo se le ponía el vello de punta.

Jason comenzó a acercarse al muchacho, haciéndole recordar la escena similar que días antes había vivido en el castillo.

Max corrió desesperado, asustado, cerró la puerta intentando detener a Jason y ganar tiempo, aunque de nada le sirvió, cual fantasma la atravesó. El muchacho bajaba las escaleras tan rápido como sus piernas le permitían intentando buscar ayuda. Salió de casa para intentar alejar al espectro de sus padres y evitar su terrible encuentro. A quien sí avisó fue a Edward, pues era el único que podía ayudarlo. Éste se encontraba fuera, tirando la basura.

El alma acababa de traspasar el umbral de la puerta y, de ser un inocente niño que se había extraviado en una excursión se convirtió en la fría y maligna alma que había asesinado a su mejor amigo.

Max alertó a Edward del peligro quien tiró la bolsa y pidió a Max que fuera al parque.

- ¡Te alcanzaré enseguida! - gritó Edward.

El muchacho continuó corriendo, poco a poco el oxígeno comenzó a faltarle, las piernas le dolían como nunca, las fuerzas se le agotaban y empezó a flaquear. Continuaba haciéndolo pese al cansancio que le corroía poco a poco y cada vez con más intensidad.

Jason miraba fijamente a Max, no parecía estar cansado, ni una gota de sudor, no jadeaba e iba aumentando su velocidad, al contrario que el muchacho que disminuía su ritmo.

Max pensaba en lo que había pasado, estaba confuso aunque por momentos sus ganas de vivir le daban fuerzas pero, cuando recordaba todas las personas que habían muerto por su culpa, se venía abajo.



Haciendo un último esfuerzo llegó al parque. El alma se había parado metros atrás, cosa que a Max extrañó mucho. No bajó la guardia en ningún momento, esperando la llegada de Edward. Fueron pocos los minutos que pasaron hasta que Edward hizo acto de presencia. Se acercó corriendo hacia Max que permanecía sentado en un banco bajo un elegante roble.

El muchacho miraba la belleza de aquel parque sin percibir al alma en ningún momento. Mirada la belleza del estanque en el que había preciosos peces cuyas escamas daban un extraño pero bonito color al agua, la belleza de la majestuosa alfombra verde que tenía bajo sus pies y los bonitos cerezos en flor cuyas flores dejaban caer sus pétalos mecidos por el compás del viento.

- ¿Qué piensas hacer ahí sentado Max? - preguntó el anciano mientras apoyaba su mano sobre el banco para sentarse.
- Pensar, pensar... - dijo el muchacho sin ni siquiera mirar a la cara al preocupado Edward.
- Qué debo hacer, - reflexionaba el muchacho – debo dejarme capturar o huir.
- Creo que la mejor opción es huir e intentar acabar la leyenda. Así es Max, intenta salvarte y acaba con esto de una vez por todas, acaba con ella antes de que ella acabe contigo.

El alma entraba al parque sigilosa y misteriosa. Max susurró a Edward al oído que se alejara, no lo quería poner en peligro.

El anciano retrocedió haciendo caso al muchacho y se ocultó tras el roble que había detrás del banco. Seguidamente Max se levantó del asiento y se alejó del anciano para mantener al alma lo más lejos posible de él. El muchacho miraba a su alrededor buscando el lugar por el que poder escapar. De repente Max vio un viejo cobertizo en el que podría esconderse para ganar tiempo para meditar un plan. Al menos necesitaba unos segundos.

El alma se paró debajo de la gran sombra que proyectaba el árbol siendo el aspecto de Jason el que Max veía y lo miró fijamente mientras le hablaba:

- *Max, aún sigues empeñado en hacer caso a ese viejo, ¿de veras crees que te está diciendo la verdad?*
- ¡Déjame en paz! ¡Sólo intentas engañarme!

Jason continuó acercándose. El muchacho intentaba no derrumbarse pues estaba muy confuso, casi hipnotizado por Jason que poco a poco lo iba acercando hacia su trampa mortal.

- *¡Vamos Max!*

Edward se acercó a Max pero cuando estaba a tan sólo unos metros le dijo algo que dejó al

anciano helado:

- ¡Edward detente! No merece la pena que intentes salvarme, todo intento será en vano, yo liberé el alma y yo pagaré por ello
- Pero... - dijo Edward sin saber cómo continuar.

Mientras tanto el alma se volvió a situar frente al radiante sol.

- ¡Vete! – gritó el muchacho desesperado.

Sin mediar palabra se giró con lágrimas en los ojos y se marchó.

## Capítulo XII

### Los sentimientos de un alma

Edward cabizbajo se perdió entre los árboles.

Era casi mediodía, el cielo se estaba cerrando; en ese mismo instante una gran nube ocultó el sol que lucía segundos antes. Se posó justo encima del parque. Una pequeña penumbra invadió la zona produciendo en el alma un cambio al aspecto de Jason Dark. El muchacho cada vez que veía a Jason recordaba todo lo que había sufrido en el pasado y, llegaba a ablandarse.

Jason se acercaba, Max retrocedía pues aunque sabía que tendría que morir, no podía dejarse capturar, nadie está preparado para la muerte.

El muchacho comenzó a correr y correr hasta llegar a los bancos próximos al estanque. Sacó su monedero del bolsillo y de él extrajo un foto de sus padres, viendo que el final se acercaba inevitablemente. Poco más se podía hacer. Empezó a observarla con detenimiento, el muchacho conmocionado gritó y comenzó a llorar desconsoladamente. Gotas de cristal resbalaban por el rostro del muchacho mojando la foto.

De las situaciones de máximo peligro siempre salen las reflexiones más intensas. En este caso, el hecho de sentir que pronto se iría, le hacía agradecer cada minuto de su vida. Fue bonito mientras duró.

Jason llegó tranquilo, como si nada estuviera pasando y frío como acostumbraba. Max se levantó del banco y permaneció firme mientras el alma se encontraba a escasos diez centímetros de él. Jason dio un paso hacia delante y el cuerpo de éste se fundió con el de Max. Éste último comenzó a gritar. Las manos de Jason se fundían con las de Max, lo mismo ocurrió con el resto del cuerpo.

- ¡Edward ayúdame! ¡Por favor!

Jason estaba en el interior de Max, él nada sentía físicamente, solamente se encontraba extraño psíquicamente, sus pensamientos por momentos se mezclaban con los de Jason.

Edward estaba escondido tras un misterioso roble, como si de una estatua quieta e inerte se tratase. Miraba impasible cómo Max era devorado por aquel ser, incluso se levantó y, mirando a Max a los ojos, esbozó una sonrisa en su cara.

Mientras tanto el muchacho intentaba luchar contra sus pensamientos ya que los de Jason iban comiendo terreno a los suyos, no comprendía por qué Edward había reaccionado así, de nuevo, sintió la traición de cerca. Este sentimiento no hizo más que debilitarle.

De repente, el llanto de Max cesó y se quedó inmóvil con la mirada fija al frente.

- ¿Qué me está sucediendo, no lo comprendo?
- ¿Dónde estoy? ¿Qué lugar es éste? – se preguntó el muchacho con voz triste y lágrimas en los ojos.

Le resultaba muy familiar pero no conseguía averiguar el por qué, miró a su alrededor y comenzó a recordar.

- ¡Claro! Éste lugar, este lugar... es la casa en la que viví hasta los diez años.

Apenas recordaba simples imágenes pero se llenaba de alegría tan sólo recordarlas.

Se hallaba en la cocina desde la que se podía ver la puerta de entrada a la casa. A la derecha un largo pasillo hacía un giro de noventa grados que llevaba a las habitaciones y al salón. Inspeccionó su alrededor intentando recordar cuando un pequeño chasquido se escuchó en el exterior, era una llave que abría la puerta, alguien entraba.

El muchacho buscó un escondrijo desesperadamente. En la cocina no había apenas sitios en los que esconderse sin ser descubierto al instante.

Corrió hacia el pasillo para, al menos ganar tiempo. Miraba de un lado a otro de éste, recordaba muchos momentos vividos allí, todas las paredes de aquella casa estaban llenas de recuerdos.

Fue a su habitación donde pensó esconderse en el armario. La puerta de entrada a la casa ya se había abierto y el muchacho acababa de esconderse en el lugar elegido. La madre y el pequeño se acababan de sentar en el sillón, la madre sujetaba la mano de su hijo mientras la acariciaba con suaves y cariñosos gestos, cómplices de su tierna mirada.

Ambos miraban la televisión fijamente pero no dejaban de prestarse atención mutuamente.

- ¿Te apetece leer el libro de cuentos que te regaló la abuela?
- ¡Sí! ¡Sí! – gritaba el niño eufórico.

La madre se levantó y entró en la habitación en la que se encontraba Max, cogió el libro de unas baldas repletas de novelas y cuentos infantiles que había sobre el cabecero de la cama.

- ¡Uff!, que frío que hace, cogeré unas mantas.

Se acercaba al armario, el muchacho no tenía escapatoria, corría el riesgo de ser descubierto y no podía reaccionar de ninguna manera. Corrió la puerta del armario y un torrente de luz acabó con la oscuridad que había en su interior. Un leve crujido de la puerta despertó al muchacho que se sobresaltó al ver el rejuvenecido rostro de su madre. La mano de ésta le atravesó el pecho, no sintió nada en absoluto ni la madre parecía extrañada. La mano salió de su pecho con una manta que había tras Max.

*Pero... ¿Qué es todo esto? ¿Qué hace aquí mi madre?*

Cathy, antes de cerrar la puerta se quedó inmóvil durante unos segundos, el muchacho estaba aterrorizado por miedo a ser descubierto. Sin más cerró la puerta, haciendo que resoplase aliviado. Tan sólo habían sido unos segundos pero parecía haber sido una eternidad.

Por un momento había olvidado que era un alma, aunque, ¿por qué no lo había visto?

Tras desperezarse durante unos segundos salió de la habitación y fue al salón para continuar viendo y recordando. Se sentó en el sofá que había formando una esquina a la derecha del que se habían sentado él y su madre.

Cathy acomodó el libro entre sus manos y comenzó a leer:

- *“Había una vez un niño que vivía en la gran ciudad y que acababa de cumplir los dieciséis años, vivía tranquilo, los estudios no eran motivo de preocupación para él y tenía muchos amigos...- narraba la madre con afable voz hasta que repentinamente se empezó a poner ronca y siniestra ...ese niño era un joven malo, sin corazón que, por un simple capricho mató muchas personas. Luego huyó hasta que al fin murió convirtiéndose en alma.”*

¿Por qué decía aquello su madre? ¿Cómo sabía todo aquello cuando entonces nada había sucedido? ¿Qué hacía allí? ¿Por qué pronunciaba aquellas palabras tan hirientes?

Los ojos de Cathy empezaron a adquirir una tonalidad rojiza llegando al rojo sangre y el pequeño Max comenzó a convulsionarse.

El muchacho se apartó de la que antes era una bonita escena que expresaba perfectamente la buena relación que había entre Max y su madre. Corrió hacia la puerta del salón y se quedó mirando tras los cristales decorativos que tenía.

El niño dejó de tener convulsiones salió de la habitación y se dirigió a la cocina de donde regresó segundos después tranquilamente como si nada estuviese pasando, como si todo

transcurriera con normalidad. Max se giró, le había parecido oír un ruido. Pudo comprobar que tan sólo era el crujido de los antiguos muebles que había en la casa. Se frotaba las manos llenas de sudor producido por los nervios e inquietud por no saber lo que estaba pasando. El muchacho deseaba que todo aquello hubiera sido simplemente una pesadilla, entonces volvió a esconderse en el armario esperando despertar.

- Con que intentando matarme no mocosos. ¡Ahg!
- Acabaré contigo ¡sea como sea!

El muchacho fue a ver que estaba sucediendo pero desearía no haber ido jamás.

- Pero ¡Porqué! ¡Porqué!, ¡Que está pasando! – gritó el muchacho llorando a mares.

Al entrar se encontró a su propia madre con un cuchillo jamonero clavado el cuello, no había rastro del pequeño Max.

- No, no, no puede ser, por favor, que alguien me diga que esto no está pasando.

Estaba derrumbado moralmente, no podía seguir sufriendo más, no sabía si aquello era una señal o por qué estaba allí. Max se tiró a la cama llorando y pensando en cómo reaccionar. Pasaban las horas y el muchacho no paraba de llorar y llorar. Se estaba dando cuenta que su existencia ya no tenía sentido, de hecho ya había dejado de existir.

- ¿Qué estará pensando ahora mi familia de mí? ¿Llorarán mi muerte o pensarán que soy un niño sin corazón que liberó el alma adrede?

Dejó de llorar regresivamente hasta que paró. Se levantó de la cama. Se puso en pie frente a ella y dijo en voz alta:

- Sé que esto es una prueba y que ni mi peor pesadilla me va a asustar, me va a asustar, me va a asustar... - repetía un eco
- ¿Eh? ¿De dónde vendrá el eco? Esta habitación está llena de mueble y no es demasiado grande.

Tendido en el suelo el muchacho abrió los ojos, todo estaba oscuro, únicamente sentía frío.

- Es de noche, pero, esta no es mi casa, ¿dónde estoy? – dijo mientras tiritaba sin parar.

\*\*\*

Eran las siete de la mañana, un gran cañón de luz que venía de un hueco en el techo iluminaba al muchacho y poco más a su alrededor. Aun así, todavía no se había despertado.

En el exterior se escuchaban los pajaritos cantar y revolotear, las hojas siendo mecidas por el

viento y las aguas de un arroyo correr colina abajo. Todos esos agradables sonidos se vieron ocultos durante un instante por un gran estruendo.

Max se levantó asustado y sobresaltado. Miro a su alrededor y dijo:

- ¡Uf! Debe haber sido un corrimiento de tierra.

Pocos segundos después recapacitó y recordó todo lo que había pasado, también se percató de que estaba dentro del círculo de agujas que un día abrió condenándose. Ahora estaba perfectamente cerrado, ni una sola aguja sobresalía sobre otra.

El día anterior el pobre de Max se había tenido que enfrentar a lo peor de su subconsciente, a sus peores males.

*Mientras tanto, en casa...*

Cathy, Jonh y Edward estaban sentados en una mesa redonda en salón. Éste último les narraba lo que él había visto con sus propios ojos:

- ... me escondí detrás de un árbol y...- tartamudeaba el anciano sin poder controlar sus nervios- yo... sentí tal impotencia al ver al pequeño Max delante de aquello que juro que volveréis a poder abrazar a vuestro hijo lo antes posible. No pude contener las lágrimas.

El anciano, tras un brusco puñetazo a la mesa se retiró de ella y salió de la casa sin decir nada.

- ¡Edward! – gritó Mylène, que llegaba a casa del muchacho cuando el anciano se dispuso a salir.

El simple gesto de su cara le dio a entender que el momento había llegado, por lo que lo siguió para estar junto a Max.

*En el círculo de agujas...*

- Aún no acabo de creerme que me haya convertido en esto, ¿qué será de mí a partir de este momento? Estaré condenado a estar aquí eternamente, uf – suspiró el profundamente - ¡Por qué! – gritó con toda su energía produciendo un ensordecedor ruido.

El muchacho se tiró al suelo y comenzó a llorar desconsoladamente. El llanto se había convertido en su rutina. El cielo se cerró y toda la sala oscureció en segundos tan sólo una tenue y apagada luz iluminaba al muchacho que se acurrucaba en el centro del círculo debido a la leve y fría brisa y a la humedad del ambiente.

Minutos más tarde, la lluvia ligera se convirtió en una fuerte tormenta que dejaba caer

abundante agua. El sonido de los relámpagos rebotaba por cada una de las paredes de la sala y el destello de los rayos producía un ir y venir de sombras de ramas y hojas provenientes del exterior.

El muchacho había adquirido un tono translúcido a consecuencia de la falta de luz, las gotas de agua le atravesaban el pecho, impactando directamente contra el suelo. En este se estaba formando un poco de barro hasta el momento en que éste se limpió y el círculo se quedó limpiísimo. Entonces un largo grabado Max pudo leer. Se puso en pie y comenzó con la lectura:

*“Un alma no siente, ni ríe, ni llora, solo si tiene un corazón bueno y sano podrá llegar a tener sentimientos. Si con todo quieres acabar, los cuadros fragmentados han de estar”*



## **Capítulo XIII**

### **Los cuadros fragmentados**

Habían caminado más de lo que pensaban, en tres cuartos de hora se encontraban en la falda

de la montaña. Sin saberlo, habían tomado el camino más largo, aunque ya, el tiempo no jugaba un papel tan crítico.

Todavía estaba embarrada y los surcos que se formaron por el paso del agua seguían vigentes. Las ramas de los árboles estaban caídas sino rotas. Una gran borrasca había entrado por el norte y las lluvias y el frío habían sido los protagonistas de los aburridos programas meteorológicos que el anciano veía todas las tardes.

Intentaron subir varias veces pero la lisa suela de sus zapatos, les impedía una y otra vez hacerlo. El anciano frunció nuevamente el ceño. Miró a su alrededor y se dirigió hacia una zona en la que, tras el impacto de un rayo, habían quedado diversas ramas partidas. Se agachó y cogió una fuerte pero no muy gruesa de aproximadamente unos dos metros de altura.

La apoyó en uno de los árboles colindantes y tras un golpe seco con la planta del pie, la partió. El crujido fue tal que una bandada de grajos que dormía tranquilamente salió alborotadamente a volar y a grajear de forma muy molesta.

Ofreció a la señorita una de ellas. Se puso las manos en la cintura y seguido de un gemido, los músculos de la pierna del viejo se tensaron haciendo dar el primer paso hacia la montaña. Él sostenía también la rama con su mano que, a modo de bastón, se clavaba en la tierra haciendo más firme la zancada. Tras él, Mylène repetía cual loro los gestos del anciano, que parecía haber descubierto el método ideal.

De este modo llegaron sin demorarse demasiado a la explanada que cruzaba el río frente al castillo. La francesa, que nunca había estado allí, no cabía en su asombro, al igual que Max cuando entró allí por primera vez.

Al contrario que el muchacho, se paró a contemplar las dos grandes figuras que presidían el castillo, pulidas en colosales rocas de la más pura esmeralda, si no le engañaba la vista.

Los rayos de sol atravesando el traslúcido material, llenaban aquel lugar de destellos verdes y provocaban que también un tramo del río que pasaba tímidamente ante ellas adquiriera ese tono.

Edward continuó avanzando sin esperar a Mylène, que permanecía pasmada, estudiando, esta vez, la sutil faz de las estatuas que tanto habían llamado su atención. Empezó a examinar primero la de la izquierda.

Unos marcados rasgos daban a entender que aquello no era una representación humana. Una túnica tallada tapaba todo el cuerpo de la esmeralda y por la parte de la cabeza, a pesar de la ruda túnica, se podía ver el rostro. Unas grabadas ojeras era lo único humano que había. El labio inferior y el superior parecían estar cosidos entre sí con puntos de sutura y las cuencas de los ojos estaban tan vacías como el corazón del alma.

Un mal presentimiento provocó que girase rápidamente la cabeza para dejar de ver aquello y continuar con la otra que, en contraposición, era un humano en toda regla.

Un claro y bello rostro se alzaba contrastando con la otra estatua lindante. La majestuosa vestimenta estaba tallada como por la mano de Dios. Era la perfección hecha algo tangible. Al contrario que la anterior esta expresaba tal movimiento que pareciese que fuera a echar a andar en cualquier momento. Sus ojos parecían mirarla con la mirada más cálida con la que jamás lo habían observado.

También, impactó la homogeneidad y pureza de la roca tras haber señalado antes su tamaño.

*¿Quién habrá sido el soberbio escultor de esta estatua?*

En algún momento se vio tentada a romper un trozo del pie de la estatua para coger una lasca de aquel mineral verde pero, como era habitual en ella, su sentido común dedujo que no era lógico destrozarse aquella maravilla visual.

Mylène apartó la vista esperando localizar al anciano, pero no quedaba ni rastro de él. No supo muy bien cómo tomarse aquella descortesía por parte, quiso pensar que era fruto de la impaciencia.

Sola, en un lugar totalmente desconocido, evitó de todas las formas ponerse nerviosa, era lo peor que podía hacer. Así que, optimista, se puso en marcha, intentando encontrar la sala de la que tanto había oído hablar en los últimos días.

Recurriendo a la lógica y al sentido común, cruzó la puerta del castillo que Edward había dejado abierta tras sí. Subió hasta el primer piso, donde aún se podían ver las trazas de barro en el suelo que el anciano había dejado. Por ello la planta baja fue rápidamente descartada. Allí, la bifurcación de caminos que Max y Jerry habían superado acertadamente se posaba como un nuevo reto para Mylène. Sin pensarlo dos veces, tomó el pasillo de la derecha, quería ver ese ala del edificio antes de continuar siguiendo el rastro del viejo.

Decenas de habitaciones, repartidas a ambos lados del pasillo, abarcaban la vista de la muchachita. Era imposible entrar en todas ellas por lo que, azarosamente, lo fue haciendo. Muchas permanecían aún cerradas con llave pero, en aquellas en las que el acceso era posible se paseó perpleja. No se trataban más que de aposentos, muchos algo destruidos e incompletos, pero seguían manteniendo el encanto que en su época de mayor esplendor pudieron adquirir. Cada una de ellas tenía algo que la hacía especial, ya fuera el zócalo o su mera distribución.

*Es una pena que no haya podido ser conservado.*

Realmente, la arquitectura de aquella edificación hubiera podido medirse con algunas de las maravillas del mundo y haber salido perfectamente airosa.

Como era normal, no comprendía como el colosal monumento podía estar encerrado en una montaña.

Se acercaba el final del corredor, tan sólo quedaba la que parecía la alcoba real del castillo y otra habitación que prometía ser igual que las quince anteriores. Entreabrió la puerta de esta

última, que pese a encontrarse apestillada, el óxido le abrió paso, pero algo más le cortaba el paso. Por más que la empujaba, no conseguía hacer ceder la fuerza que le impedía abrirse.

Sin más, se dispuso a pasar a la que presidía el pasillo, que le ofrecía amablemente el paso tras achucharla suavemente.

Mylène, anonadada, miraba de un lado a otro, la sala, grande como el sol, se quedaba pequeña al combinarla con el cúmulo de cuadros que descansaban amontonados en el suelo más los que pendían colgados de las paredes. Agobiada por lo representado en ellos volvió sobre sus pasos y cerró la puerta tras sí, al igual que hizo Jerry cuando entró allí por primera y única vez.

Retratos de sufrimiento y dolor, de muerte incluso, ni uno sólo se escapaba de ese tétrico perfil.

Volvió de nuevo al rellano y, sobre las pisadas del anciano, reanudó su marcha. Esta vez, ascendían nuevamente hacia la torreta, donde la joven esperaba ya encontrar al muchacho. La oscuridad le impedía ver, pero su fe por volver a verlo le iluminaba el camino y, al fin pudo sentir la puerta que clausuraba las escaleras. El tacto había sido su único guía durante los últimos treinta peldaños.

- ¡Max! – gritó la francesa exhausta al verlo en el sombrío círculo de agujas.

Caminó velozmente hacia él, que yacía tumbado sobre la madera con su forma humana.

- ¡Detente! No te dejes persuadir ni engañar por él. No es la misma persona que un día pudiste conocer.

Edward salió de la zona menos iluminada de la sala. Junto al aura misteriosa que ese día le acompañaba especialmente invitó a la muchacha a sentarse. Ella que no podía evitar sentir una pena irremediable.

- Siento haber sido tan duro, era peligroso que te acercaras.

- Ya pero... no he podido evitarlo, tenemos que ayudarlo, que sacarle de aquí...

- Y quieres ser tú la próxima – soltó el anciano con un mal humor no muy habitual en él. Me voy – terminó levantándose y volviendo por donde había venido.

- Pero, ¿dónde vas? ¡No me dejes aquí sola!

El anciano, como quien oye llover, la ignoró continuando su marcha a no se sabe dónde. Mylène, prefirió permanecer con Max al menos unos minutos más antes de volver a casa. Además, optó por regresar sola, aquel viejo no le daba muy buena espina.

- Max, ¿me oyes?

Obteniendo como única respuesta su propio eco, se dedicó a mirarlo, ya le había hecho saber

que estaba ahí, al menos no se sentiría solo.

La tarde comenzaba a caer y, las pocas nubes que ya quedaban, se empezaban a fundir en el cielo dejándolo con un tono anaranjado que teñía la sala en esos tonos dando un aire más cálido. Poco a poco el tragaluz iba cubriendo al muchacho. Pasaba progresivamente de unos tonos translúcidos a la casi invisibilidad que caracterizaba al alma. Sus manos se fundían con su tronco, las piernas entre sí, no quedaba nada que recordase al joven que un día conoció en la ciudad.

Algo atemorizada, pensó que ya era hora para regresar. Volvería al día siguiente, pero antes quiso acercarse a despedirlo. No vio peligro aparente, permanecía en la misma postura desde su llegada.

- Max, quiero que sepas que no estás solo. Te sacaremos de aquí cuanto antes – pronunció la francesa a modo de despedida.

Pero no se marchó inmediatamente, intentó vislumbrar las letras grabadas bajo el muchacho, aquellas que él había leído durante sus primeros minutos en el círculo.

*“Un alma no siente, ni ríe, ni llora, solo si tiene un corazón bueno y sano podrá llegar a tener sentimientos. Si con todo quieres acabar, los cuadros fragmentados han de estar”*

Pensativa y emocionada comenzó su regreso, pero antes hizo una parada en la extraña sala llena de cuadros. No estaba del todo segura, pero lo intentaría. Al fin y al cabo no tenía ninguna otra esperanza a la que aferrarse.

Ilusionada, abrió la puerta, dejando ver de nuevo la sobrecargada habitación.

Decidida, sin pensarlo dos veces y con ayuda de unas tijeras que encontró en su bolsito, comenzó la matanza de aquellos retratos, con ellas a modo de puñal. Le dolía en lo más profundo de su alma tener que hacer aquello. Una gran amante del arte y más concretamente de la pintura haciendo aquella barbaridad. Al menos le consolaba pensar que si salía bien todo acabaría.

De gran superficie pero de escasa altura, la sala se había convertido en un improvisado cementerio para todas aquellas obras de arte, que se desdibujaban al paso de las tijeras. El óleo saltaba, intentando huir de aquella masacre que era irremediable.

Los cuadros ya hechos añicos descansaban amontonados en una de las esquinas, que se llenaba con el paso de los minutos, más y más.

El rostro de los retratos allí presentes le hacía más arduo su trabajo pero ya se acercaba la recta final, la pared frontal quedaba intacta. Mylène sentía que el final se acercaba. Por ello, motivada, sintió como si una fuerza extra le ayudase en su tarea. Su media melena roja volaba desordenada, su ceño fruncido y el puño apretado.

Nada impidió que pasados cinco minutos ningún cuadro quedara reconocible.

Esperando que algo sucediese, atravesó la sala dejando tras sí un panorama desolador. Cerró la puerta su paso y se echó contra ella. Pasados varios segundos de reflexión optó por regresar a casa de Max y contar a sus padres todo lo que había pasado. Al fin y al cabo, si todo había acabado, se enteraría de un momento a otro.

Quedaban escasos cinco minutos para que las manecillas del reloj marcaran las nueve de la noche. El sol ya se había puesto casi por completo y como era habitual en aquella estación, las noches se iban haciendo progresivamente más y más frías.

Cathy y John vieron cómo Mylène entraba por la puerta del jardín, algo demacrada pero con cierta ilusión en su rostro. Antes de pulsar el timbre ya le ofrecían amablemente el paso y la invitaban a sentarse junto a ellos.

- ¿Cómo está Max? – vaciló la muchacha mientras se acomodaba sutilmente en el sillón.
- Sigue inconsciente, lo hemos tumbado en su cama. Su cuerpo quedó totalmente inerte cuando todo ocurrió – respondió John con entereza, mientras Cathy trataba de contenerse las lágrimas.
- Siento de corazón lo que ha pasado. ¿Habéis tenido noticias de Edward?
- Se presentó hace un rato aquí en casa, dijo que mañana volvería. Nos expresó un poco la situación en que el espíritu de Max se encuentra y, por su rostro, no tenía muchas esperanzas de poder arreglar esta situación. Pese a ello, aseguró haber hecho todo lo posible.

Mylène asintió, aunque, dudosa sobre la veracidad de las palabras del anciano, se dispuso a informar sobre lo que había sucedido.

- Vengo de ver a Max...
- ¿Cómo está? ¿Has podido hablar con él? – interrumpió Cathy desesperada por la escasez de noticias acerca de su hijo.
- No pude hablar con él, simplemente le dije que no estaba solo, que todos le apoyábamos. Después, cuando Edward se marchó, me acerqué a él y pude leer en el círculo algo que me dio una pista fundamental. Decía que unos cuadros debían ser destruidos y, nada más leerlo, fui a hacerlo. Acabé con todos y cada uno de ellos, nada pasó entonces y por ello vine, para poder informaros.
- Gracias por todo lo que estás haciendo, se nota que tenías mucho aprecio a Max.
- Siento no haber hecho más, sentía que con aquello todo acabaría pero... - añadió cabizbaja.

El silencio de la noche se dejó oír durante unos instantes. Las reuniones ‘familiares’ rodeando la mesita del salón se hacían cada vez más habituales en la casa. Desgraciadamente nunca trataban temas demasiado agradables y esto implicaba unos minutos de reflexión al finalizar.

- ¿Quieres verle? – balbuceó Cathy, que sufría segundo a segundo la agonía de su hijo.

Acompañado de un balanceo de la cabeza, se dejó conducir por la madre hacia el cuarto donde descansaba el cuerpo de Max.

- ¡John! ¡Corre! – exclamó Cathy hiperventilada.

El cabeza de familia subió las escaleras tan rápido como pudo, aunque temiéndose lo peor. Mylène, extrañada por la reacción de la madre, dejó que los acontecimientos se sucediesen de forma natural, así que prometió no entrometerse.

- ¡Mírale! – soltó Cathy, que cambiaba el gesto poco a poco.

Una sonrisa se dibujaba en los labios de John que, agradecido, abrazó a Mylène y la besó en la mejilla haciéndola sonrojar. Ahora, rompiendo su promesa, pronunció sus primeras palabras.

- ¿Qué está pasando?
- ¡Se ha movido! ¡Se ha movido! - gritó Cathy, que estrechaba fuertemente la mano de su marido.
- Eso quiere decir, que los cuadros han surgido efecto, ¿no?
- Eso parece hija, eso parece... – continuó Cathy, mostrando inevitablemente su emoción.

Pese a haber variado su posición, el cuerpo del muchacho permanecía de nuevo inerte, como si nada hubiera sucedido.

- Bueno, no quiero molestaros más, me marcho.
- ¿Piensas quedarte sola en casa? Ni hablar, duerme aquí con nosotros, no tenemos problema alguno.

Agradecida por lo bien que la trataban e ilusionada por acabar con la leyenda al fin, se fue a dormir.

Comenzaba a haber trazas de ilusión y esperanza en una familia que no estaba pasando por sus mejores momentos.

## Capítulo XIV

### La triste leyenda

Un nuevo día amanecía y el organismo agradecía las horas de descanso, horas que últimamente se hacían de rogar.

Mylène, cuyos ojos comenzaban a entornarse torpemente, tuvo que hacer una improvisada acampada en el salón, tras el adelantado regreso del Edward a medianoche. Comenzaba a tener sensación espacial, ya había abierto por completo los ojos aunque la visión continuaba algo desenfocada.

Se incorporó velozmente, lo que le hizo tener que volver a recostarse hasta que el mareo cesara. También experimentó una extraña impresión al ver que no se encontraba en su casa, totalmente normal, era su primera noche en casa del muchacho.

Hacía varios minutos que la actividad había comenzado en casa de los Lekker pero fue el timbre quien finalmente la despertó. Se trataba de Edward, quien había salido temprano de casa para regresar con el desayuno recién hecho.

En menos que canta un gallo, recogió lo que habían montado la noche anterior para despejar la salita, que llegaba a pasar hasta por camping. Pocos minutos más tarde comenzaron a desayunar en lo que había sido la habitación de Mylène.

Todos estaban hambrientos, la noche anterior no habían cenado demasiado y, los croissants con azúcar glaseado eran irresistibles. Intercambiaron unas breves palabras de agradecimiento y engulleron los dulces sin más.

Las miradas se cruzaban infatigablemente, al igual que incómodos gestos de simpatía. Realmente, Cathy y John habían acogido en casa a unos completos desconocidos, pero de los cuales se sentían eternamente agradecidos por sus acciones solidarias hacia su hijo.

Tarde o temprano el tema tenía que aparecer, era tan inevitable como normal que lo hiciera.

- ¿Cómo se encuentra el muchacho? – se interesó Edward.
- Bien, la verdad. Continúa igual que ayer pero ocurrió algo, se movió.
- ¿Cómo? ¿Es imposible?
- Sí. Lo dejamos boca arriba, con la cabeza algo elevada y los brazos pegados a su tronco y, al llegar Mylène, sus brazos descansaban sobre las sábanas, cuando antes no lo hacían – argumentó la esperanzada progenitora.
- No habrá sido más que un acto reflejo. Su organismo sigue en funcionamiento aunque



aparentemente parezca un cuerpo inerte. Es imposible que hubiera recobrado vida.

- No creo que se trate de eso. Significa algo más de lo que piensas, más que un simple acto reflejo, además, ¿no es demasiada casualidad que todo ocurriera tras romper los cuadros? – finalizó la francesa desafiante.

- Que hiciste, ¡qué! ¿Cómo se te ocurrió hacer semejante barbaridad?

- No hice más que ceñirme a lo que se decía en el círculo y ves, algo pasó – dijo algo enojada ante la actitud ofensiva de quien estaba sentado frente a ella.

- No has llegado a ninguna parte y has destrozado obras con cientos de años de antigüedad.

- ¿Cómo? ¿Cómo te atreves a decir que no ha llegado a ninguna parte? Por favor, ¡se realista! Me voy a tomar el aire, no tengo apetito.

- Mylène, por favor, no lo hagas más difícil – dijo Cathy intentando evitar que la incómoda situación se prolongase.

- John, Cathy, confiad en mí.

Dejando un ambiente tan tenso como incómodo, se dispuso en dirección al castillo, donde Max continuaba sufriendo la agonía en la que el mismo se había metido de lleno.

*Estoy empezando a hartarme de ese viejo cascarrabias, solo intenta ponerme contra ellos. ¿Habré perdido los papeles demasiado rápido? ¿Debería haber sido más paciente?*

No llegaba a comprender por qué se comportaba de esa forma, aunque también le invadían las dudas, al fin y al cabo era un desconocido para ella. Mylène era una chica muy educada, paciente y respetuosa, pero no sabía explicar por qué el anciano la sacaba de sus casillas, además, temía que los padres de Max se llevasen una idea equivocada sobre su persona.

Guiada por sus recuerdos, llegó al castillo en un abrir y cerrar de ojos, sólo encontró cierto problema a la hora de ascender por la montaña, donde se hizo un pequeño arañazo en la cara al intentar esquivar unas ramas. Por lo demás, podía decir orgullosa que el viaje hasta allí había sido un rotundo éxito; hasta ella misma había dudado de sus capacidades.

Recorrió los mismos pasos que el día anterior la llevaron hasta Max, haciendo incluso la parada pertinente en la famosa sala de los retratos. Rememoró cómo ,no hacía más de veinticuatro horas, había acabado con todos y cada uno de los almacenados la sala. Tras cinco escasos minutos de parada, retomó el camino hacia la sala de las cien agujas. Ágilmente sorteó los escalones y pedruscos que en su día bloquearon la puerta de entrada. Allí impasible prolongaba el alma de Max un encierro que no alcanzaba ver su fin.

- Max

No hubo respuesta.

- Max, dime si puedes oírme, no te pido más.

De nuevo, Mylène sintió que hacía un monólogo, nadie respondía a sus ruegos. El alma, en

sintonía con el cuerpo del muchacho, había variado su posición con respecto al otro día. Esta vez, se levantaba perpendicular al suelo, sin llegar a rozarlo.

- No sé si me oyes, pero creo que si no te hablara no sentirías que estoy aquí. Le he estado dando vueltas a lo que leí ahí mismo, lo de los cuadros, pero no sé a qué puede hacer referencia, desde luego a los retratos de aquella sala, pero tengo la sensación de que falta algo más, aunque no logro saber qué.

Deseo de todo corazón que vuelvas, tu falta deja un vacío irremplazable en nosotros, por eso hago todo lo que está en mi mano. Sé que nunca te he hablado sobre esto, pero, desde el día en que te conocí, noté como una fuerte empatía nos unía poco a poco. Nunca intenté darle explicación, simplemente sucedió. Tampoco te preguntes por qué te digo esto ahora, únicamente quería que supieras que nunca antes había conocido a alguien como tú.

Nunca fue fácil llegar a un nuevo país, con distintas costumbres, gente totalmente desconocida, un nuevo idioma... aún más arrastrando la dolorosa situación que cargaba en mi equipaje, la muerte de mis padres – relataba la jovencita que dejaba intuir su origen por su acento. La fatiga, tanto mental como física, le dificultaba bastante pronunciar correctamente.

Desde mi llegada, he conocido decenas de personas, algunas maravillosas, pero nunca con tu madurez y valentía. Añoro mucho mi país, pero con personas como tú, me es más llevadero

Gracias por haberte cruzado en mi camino. – decía la muchacha ya empapada en lágrimas, retorciendo un pañuelo de papel hasta el extremo. El recuerdo de su familia era el pasaporte a un pasado que siempre fue mejor, que le recordaba que ya habían canjeado el billete hacia la otra vida. Pese al paso del tiempo le costaba pensar que ya no estuvieran junto a ella.

Imprevisiblemente, la situación se tornó dando un giro radical.

Mylène, cansada de cuantiosas especulaciones sobre el incierto futuro del muchacho afrontó las circunstancias de cara, decidida a dar un paso adelante. Algo colmada también por el constante menosprecio que el viejo dejaba caer cada vez que trataba de ayudar e incluso algo más importante, harta del sufrimiento que los padres de Max soportaban cada minuto que pasaba, minutos de impotente espera que se tornaban en horas y días.

Con la cabeza alta y convencida de que era en ese momento o nunca se incorporó y retomó el paso. Su mente intentaba reorganizar el acúmulo de datos que en los últimos días había tenido que asumir mientras su vista vigilaba cada roca de la sala. Tenía el presentimiento de que había algo se le había escapado, algo que no había tenido en cuenta, esa era la clave para acabar con todo. No había quedado ni una sola alcoba por husmear y los retratos de los que hablaba el grabado ya habían sido totalmente aniquilados, por lo tanto, no quedaba más que la sala de las cien agujas, cosa que no debería ser fruto de la casualidad.

Realmente, y pese a ser de gran magnitud, no era una habitación que pudiera esconder gran cosa, sus paredes curvas y el abundante espacio vacío entre ellas, únicamente relleno por unas escasas columnas, permitía que desde cualquier punto del muro se viese todo. Esto llevó a Mylène a una conclusión que parecía tan lógica como lo era: Sea lo que fuere que tuviese que encontrar, estaría a simple vista.

Por ello, sin demorarse más, observó, pero esta vez, más superficialmente y con un plano más general, ya no buscaba pequeños resquicios en la roca o meros grabados inteligibles. En un primer vistazo, vio como la simetría del lugar estaba alterada por la falta de un espejo. No era la primera vez que lo veía, pero nunca se había preguntado por qué. Desconocía que fue Max quien lo rompió accidentalmente en unas de sus primeras visitas al castillo.

Aquel espacio vacío quedaba demasiado alto para la estatura de la francesa, así que se interesó por ver más de cerca los espejos colindantes. Se acercó tan rápido como retrocedió. Al igual que Max, se quedó perpleja al ver que quienes estaban reflejados eran rostros ajenos a ella. Continuando con la reacción del muchacho, miró hiperventilada hacia atrás esperando ver a ese individuo.

Pasados el par de minutos que necesitó para asimilarlo, se aproximó nuevamente, comprobando que todo seguía igual que antes, mismo gesto, misma persona, todo igual, como si de un retrato se tratase.

Al fin había creído dar con la clave. Ya había destrozado casi un centenar de obras de arte, repetir la acción con la misma cantidad de espejos no le supondría esfuerzo alguno.

Cubriéndose el rostro con la manga de su chaqueta, dio inicio a su tarea, descolgó uno a uno los espejos que se encontraba en una posición más accesible para ella. Eran alrededor de cien, no debía tardarse. Su inmensa fragilidad le permitía no tener que esforzarse tanto como en los otros cuadros para hacerlos añicos. El simple gesto de dejarlos caer ya dejaba tanto el retrato como el espejo irreconocibles.

Mientras tanto, ajena a todo, el alma permanecía pasiva a lo sucedido a su alrededor. El ocaso empezaba a hacerse notar, los rayos de luz perdían intensidad progresivamente. La proximidad del invierno acortaba por desgracia las horas para disfrutar del sol y hacía las noches eternas. Pese a ello, la pequeña nube de micro cristales que se había formado, reflejaba la luz iluminando considerablemente la habitación.

Mylène, que ya había terminado con la primera hilera, continuó por la superior, que, aunque con algo más de esfuerzo, alcanzaba con relativa facilidad. La tarea era tan sistemática que llegó un momento en que continuaba estaba eclipsada por la concentración. Los lanzaba esta vez con desprecio, quería asegurarse de no fallar de nuevo. No obstante, era consciente de que muchas de aquellas personas, habían perdido la vida.

Minutos más tarde, únicamente quedaba una decena de cuadros, pertenecientes a la tercera y más alta línea. Como ya había hecho con los que se encontraban al nivel de estos, siguió afinando

su puntería contra ellos equipada con una piedra. Ya había gozado de mucha práctica en los veinte anteriores, por lo que no tardó demasiado en llegar al último. Si su interpretación del grabado era correcta, todo habría acabado en el momento que el último espejo cayera, si no, tendría que resignarse a continuar con aquella situación o buscar de otro hilo del que tirar.

Primer intento fallido, quizás por los nervios y la ilusión que emanaba por los poros de su blanca piel, pero, a la segunda fue la vencida. El último de los cien espejos cayó roto en mil pedazos, ¿sería todo diferente después de aquello?

En un primer momento, el silencio hizo más eterna la espera, pero el resultado fue más inminente de lo que pensó. Mirando al círculo, pudo ver cómo las agujas se reducían a ceniza desde su punto más alto, cómo el alma se colocaba en posición totalmente vertical e implosionaba, generando tal cantidad de energía lumínica que un haz de luz iluminó el cielo de la ciudad saliendo por el tragaluz. Esta escena apenas duró unos segundos, pero fue muy intensa tanto emocional, como visualmente.

Todo acabó. Ni un rastro del alma, ni de agujas, ni de espejos, nada que recordara la triste leyenda, incluso los grabados del círculo habían desaparecido mágicamente.

*Es hora de volver* – pensó aliviada.

Antes de marchar, quiso ver qué había tras el espejo de su abuelo, en aquel entrante de la pared que antes tapaban los retratos. Supo ubicarlo sin problemas, se trataba del primero de la segunda hilera. En él, una cajita de música que su abuela había regalado a su esposo el día en que se conocieron. Algo más que buenos recuerdos junto a ellos plagaron su corazón, pero que se desvanecieron tan rápido como sus vidas. Al igual que el alma, emitió un destello proporcional y se desvaneció, así como el resto de enseres de la sala.

Colmada de felicidad, tomó el camino de vuelta esperando que todo hubiera regresado a la normalidad.

\*\*\*

El timbre sonó en casa de los Lekker. Un sonriente y repuesto padre le ofrecía el paso y un ambiente más optimista inundaba el espacio. Sin dar tiempo a mediar palabra, Cathy estrecho fuertemente a Mylène, que empezaba a confirmar sus sospechas de que todo había salido según lo esperado. Al fin su esfuerzo se veía recompensado.

Estos instantes de bienestar se prolongaron unos minutos, haciendo que la madre de Max, que aún tenía a la francesita entre sus brazos, fuese incapaz de retener las lágrimas que la emoción le habían producido.

- Todo ha salido bien, ¿verdad? – susurró Mylène, contagiada del espíritu de Cathy.
- Si, hija... sí. Nunca podré pagar tanto que has hecho por nosotros.
- Tan sólo querría ver qué tal se encuentra.

Desentrelazaron sus brazos y estrujaron sus manos, después, John ofreció un pañuelo de tela a cada una donde pudieran secar sus lágrimas.

- ¿Cómo se siente? – preguntó Mylène.
- Aún no sabemos, no ha abierto el pico desde que despertó – respondió John.

Subieron a la habitación de Max, donde se encontraba sentado en su cama, con la mirada perdida en la pared.

Su vello se puso de punta y sus ojos volvieron a acristalarse. Aunque físicamente más mermado, algo más delgado y los ojos enrojecidos, parecía volver a ser el de siempre. Un intenso abrazo volvió a fundir sus cuerpos, demostrando lo tanto que se habían añorado el uno al otro.

- ¡Ay! – se escuchó un pequeño quejido de la francesa, cuyo pelo se había enredado con el colgante que Jerry regaló a Max en su día - ¿Qué tal te encuentras? – dijo tras el pequeño incidente.

Al igual que en la sala de las cien agujas, no hubo respuesta, aunque esta vez, se esperase una reacción contraria a la de aquel momento. Todas las miradas, salvo la del muchacho, volvieron a conectarse, ¿qué más podía pasar? Sin embargo, prefirieron no darle más importancia, habían sido muchos días los que había pasado allí encerrado.

- Nadie dijo que yo estuviera mintiendo – soltó ante la expectación del resto el muchacho.

Tanto los padres de Max como Mylène quedaron demasiado estupefactos como para reaccionar.

- Nadie pensó en lo que yo quería hacer. ¡Ayuda! – continuó ante el asombro de los allí presentes.

Cathy y John se acercaron precipitadamente hacia él, ante su grito de auxilio. No comprendían sus palabras, pero su hijo necesitaba ayuda.

Tan inesperado como sus palabras, Max impidió que se acercaran a él, sutil, sin decir nada. Tras esto, se dio media vuelta y se acurrucó de nuevo entre sus sábanas, ajeno a cualquier sentimiento.

## Capítulo XV

### Luz al final del túnel

La semana se había marchado, como tantas otras, pero esta se hizo mucho más llevadera que las precedentes gracias al regreso de Max. Su estado no evolucionaba de forma considerable, sus delirios se habían vuelto más intermitentes, intercalando momentos de lucidez en los que, aún sin articular palabra, actuaba de forma racional; pero pronto se marchaban por donde habían venido. Sin ir más lejos, ese mismo domingo, se levantó y tomó el desayuno con una aplastante normalidad, llegando incluso a dar a sus padres el beso rutinario de cada mañana pero, anteponiéndose completamente a su anterior comportamiento, la hora de comer llegaba y nadie aparecía. Desde aquellas primeras perturbadoras palabras, su voz no se había dejado oír lo más mínimo.

Mylène, por otro lado, llevaba conviviendo toda la semana con los Lekker tras su insistente y caluroso ofrecimiento a hacerlo. Ya, totalmente integrada, dejaba de lado su actitud vergonzosa y en ocasiones demasiado reservada, para mostrar una conducta tan natural que parecían sus propios padres. Aunque feliz por vivir con esa estupenda familia, durante más o menos tiempo, el estancamiento de Max le corroía el cerebro a cada momento y tanto su imaginación como sus fuerzas habían dado de sí. Necesitaba recuperarse y verlo todo desde otra perspectiva.

Y, finalmente Edward, que continuaba enriqueciendo el misterio que siempre le acompañaba. Todos desconocían todo de él, es más, creían conocerlo menos que al principio. Su comportamiento pedía a gritos la explicación que la prudencia de todos impedía reclamar. Quizás se trataba de algo sin importancia pero, ¿cuál fue la causa de su ausencia durante un fin de semana completo? ¿Por qué había dejado de vivir con los Lekker si no tenía donde caerse muerto? Pese a no vivir ya en la casa, continuaba con su visita, ya casi rutinaria, al muchacho.

Los platos medio vacíos y el silencio eran unos buenos indicadores de que, una vez más, la comida de Cathy había gustado a todos. La sopa que tomaban reponía fuerzas y hacía entrar en

calor al cuerpo en aquel frío domingo. John, Cathy, Mylène y Edward devoraban ahora los bistecs sentados alrededor de la mesa que utilizaban normalmente cuando había visita. Este último había sido gustosamente invitado por los padres del muchacho a quien había ido a ver, no habría cenas ni dinero en el mundo que pagase lo que había hecho por su hijo.

- ¡Me encanta la salsa del filete, señora Lekker! – dijo Mylène tan cumplida como siempre.
- Gracias hija, pero ¿qué te tengo dicho?, llámame Cathy.
- Es verdad, está fabulosa – corroboró el anciano.
- ¡Plank!
- ¿¡Qué ha sido eso!?
- Ha sido la puerta del cuarto de Max – contestó John.
- Vale – respiró la madre aliviada. Desde que Max llegó, había estado cada segundo pendiente de él, de todo lo que hacía, sufría una tensión permanente que no la dejaba vivir. ¿Ha dicho algo?
- No, deben ser imaginaciones tuyas, no ha pronunciado palabra desde aquel día - contestó de nuevo John.
- Mmm, ayer, cuando subía a verle, dijo algo. No quise deciros nada para no preocuparos – soltó Edward, poniendo con el corazón en un puño al resto. Dijo que...: *“Nada de lo que ha sucedido es producto del azar, no se trataba de un accidente”*.
- ¿Por qué no nos contaste nada antes? – dijo John algo enfurecido.
- ¿No lo entiendes? Con esas palabras, confesó que liberó el alma a propósito, no es algo que se digiera fácilmente, necesitaba reunir fuerzas para decíroslo.
- Entiendo pero, no, no puede ser, ¿lo estás llamando asesino? Max no es el tipo de persona que tú crees.
- No, no me malinterpretes, yo no acuso a nadie, simplemente digo lo que interpreté, probablemente esté equivocado, Max era una bellísima persona.
- Si, perdona, no quería grosero. Entiende que no es fácil para ninguno.
- ¿Era? ¿Por qué hablas de él como si estuviera muerto? Te recuerdo que está ahí arriba, tan vivo como tú y como yo – reprochó Mylène, que casi siempre estaba en desacuerdo con todo lo que decía el viejo. Con permiso.
- No es evidentemente el de antes, a eso me refería.

Mylène se marchó a su cuarto, retirando antes de la mesa su cubierto. Otra vez más había dejado un ambiente de desaprobación hacia el anciano. Una vez más, no dieron más importancia de la que precisaba el asunto y entablaron una agradable conversación los tres que ya quedaban, sin volver a sacar el tema del muchacho en ningún momento.

El anciano, inmensamente agradecido, se marchó a quién sabe dónde, Cathy continuó tejiendo su bufanda de punto y John estaba inmerso en la lectura del periódico, a fin de evitar los aburridos programas de sobremesa para culturizarse, en la medida de lo posible. Desafortunadamente, los titulares de aquel día no eran ni mucho menos esperanzadores. Las costas del país nuevamente sacudidas por un devastador tsunami, nuevas víctimas de violencia de género... es decir, vidas y vidas que se desvanecían del mundo terrenal, cruzando el puente tendido entre cielo y tierra. Además, salpicados por las páginas de sucesos, decenas de artículos relacionados con

defunciones y desapariciones, muy probablemente ligadas al alma.

*Espero que encuentren rápido a esos pobres inocentes, sus familias merecen descansar lo antes posible.*

La mente divagante de John fue captada por un titular que rompía con la tónica general de las últimas páginas. Ocupando la cara derecha de la página que John sostenía entre sus dedos aparecía un artículo, que le hacía creer en la esperanza y en los milagros.

Además, el protagonista de esa noticia era un habitante de su pueblo natal, por lo que se alegraba doblemente. Este señor había pasado los últimos 30 años en coma y, contra todo pronóstico, despertó sin sufrir apenas secuelas hacía unos cuantos días. Se trataba de un hombre que siempre había vivido en la pequeña villa y cuyo nombre era Edward Sullen. Le resultó bastante familiar, pero era incapaz de visualizar su rostro.

Soltó el periódico, que cayó desparramado sobre el sofá. Animado fue en busca de su esposa. La esperanzadora noticia le había hecho reflexionar ante su postura al problema de Max. Quizá su hijo necesitara ayuda profesional para superar el duro trauma que había experimentado. No imaginaba a su hijo en ese estado por mucho tiempo, sería una carga insoportable verlo así, día a día, año tras año.

Llegó a la cocina donde Cathy, tras terminar la bufanda, preparaba el té, por supuesto, con la ayuda de la colaboradora Mylène.

- Cariño, tenemos que actuar. No puedo seguir esperando, no puedo seguir viéndolo así, no puedo.

John, más decidido que nunca, explicó sus intenciones a las dos mujeres que tenía delante. Ambas tomaron asiento ante la aplastante lógica del hablante.

Basó su teoría en el artículo que tanto le había impresionado, argumentando que los milagros ocurren, pero sólo si ponías de tu parte, tu grano de arena. Por lo tanto, lo más racional sería llevar a Max a un especialista que tratase, si fuera posible, la extraña “enfermedad” que sufría.

- Pero, señor Lekker, perdón...John, ¿no piensas que te preguntarían la causa de su estado? Es obvio que algo grave le ha ocurrido.

- Si, le he estado dando vueltas, y, si fuera necesario, contaremos la verdad. Las mentiras no nos llevarían a ninguna parte.

- Estoy contigo – dijo Cathy – que por primera vez tomaba la palabra.

Se abrazaron mutuamente en señal de acuerdo. Mylène tampoco pudo evitar derramar alguna que otra lágrima. Se emocionaba al ver una familia tan unida, familia de la que comenzaba a ser parte.

- El té está riquísimo, – dijo Mylène sonriente – es muy parecido al que mi madre



preparaba en Francia.

- Me alegro de que te guste, hija.
- ¿Por qué no pruebo a subirle a Max una taza? Si se la toma le sentaría muy bien.
- Si, no come nada desde ayer por la mañana y no podemos seguir esperando a que él decida bajar a comer.

Mylène llenó la taza de la humeante infusión para Max. Subió a la primera planta con cautela, no quería derramar ni una gota de aquel delicioso manjar. Entró sigilosa al cuarto y dejó la taza sobre el escritorio. Levantó unos cuantos centímetros la persiana, permitiendo entrar la poca luz del día que iba dejando paso a la oscuridad sin resistencia.

Sorprendentemente, el muchacho se encontraba incorporado en la cama. Desde el día anterior, no había variado su postura.

*Debe de estar condolido por estar todo el día empotrado en la cama”* – pensó Mylène mientras acercaba la taza hacia sus manos.

Max tenía la mirada perdida en la pared y su rostro estaba más demacrado que nunca; las ojeras más hundidas que días anteriores y los pómulos más que angulosos.

- Toma, debes beberlo.

Lenta pero instantáneamente, el muchacho alzó sus brazos en busca del recipiente. Lo agarró con la máxima fuerza que su estado le permitía y agachó la cabeza en busca del primer sorbo; debía de estar hambriento. Pero apresuradamente apartó sus labios, parecía haberse quemado.

- ¿Qué te pasa? ¿Está demasiado caliente?

Mylène se acercó para comprobarlo y estaba en lo cierto. Apartó rápidamente la taza, derramando parte de su contenido sobre las piernas de Max. Disculpándose y maldiciéndose, intentó poner en pie al muchacho, quien cayó al suelo apoyando únicamente las manos. Las piernas, enredadas entre sí, no ejecutaban ni el más mínimo movimiento.

- ¡Qué está pasando! – entraron Cathy y John alertados por el estruendo.
- ¡Es Max!!No tiene sensibilidad en las piernas!
- ¡Ayúdame!;Tenemos que levantarlo! – gritó John.

Entre todos los presentes consiguieron volver a sentar al muchacho sobre la cama.

Pasado el choque inicial, John se quedó con Max en la habitación, cambiando la ropa empapada en té y estimulando sus piernas, esperando una reacción que no llegaba. Mientras tanto, Cathy y Mylène preparaban un consistente puré de verduras; los problemas de Max quizás estuvieran ligados a la malnutrición.



## Capítulo XVI

### Edward

Todo había pasado tan rápido que no había tenido tiempo de meditar sobre lo ocurrido, es más, se había quedado dormida en la habitación de Max, según podía leer escrito en la nota:

*“Buenos días dormilona, John y yo hemos ido esta mañana al hospital para pedir cita para Max. Tienes croissants calentitos en el tercer cajón y el café en la cafetera para desayunar, ayer pasaste gran parte de la noche acompañando a Max.*

*Volveremos para la hora de comer, descansa, un beso.*

*Cathy y John*

*PD: Hemos dejado a Max en una silla de ruedas en su habitación, no te asustes. Creemos que le duele la espalda y debe de ser por estar todo el día tumbado. Échale un vistazo de vez en cuando, me quedaría más tranquila”*

*¿Cómo pueden preocuparse tanto por mí sin pedir nada a cambio? Os quiero... papá y mamá – susurró la francesita abrazando la nota.*

Se incorporó de la cama y corrió hacia Max para darle un beso de buenos días. Su reacción fue inexistente, seguía mirando la ventana desde su silla, aunque tampoco fue nada inesperado para ella. Bajó a tomar el desayuno que le habían preparado, acompañada del periódico que John tan detallista como siempre había dejado.

*“Mira en la página 34” – se leía en el post-it que había pegado sobre la portada.*

Intrigada, saltó a la página indicada en un santiamén. En un primer instante su rostro frunció el ceño, aturdido por encontrarse en la sección de esquelas, pero pronto se tornó a su vivaz habitual gesto.

Encuadrado por un marco con motivos florales y bien centrado en la página, presidiendo al resto de esquelas, una dedicada a su fallecido abuelo. No podía creer el hermoso detalle a la memoria de su antecesor.

Aunque algunos de los maravillosos recuerdos de su abuelo nublaban a la joven en ese momento, no pudo evitar leer la esquila adyacente, en memoria de Edward Sullen.

Pegó otro pequeño sorbo a la taza de café humeante que reposaba sobre la mesa.

- ¿Edward Sullen? Imposible.

El silencio se adueñó de la casa de los Lekker, Mylène enmudeció y Max continuaba sumido en su fantasía.

La refinada francesa de ojos oscuros permanecía inmóvil en el taburete, exceptuando los sorbitos de café que intermitentemente tomaba. Ese silencio tan poco habitual en la casa era más propio del pequeño pueblecito francés en el Mylène pasó una pequeña parte de su infancia; los árboles, el lago...

- ¡Ding! ¡Dong! – sonaba el timbre de manera estruendosa.

*Ya deben haber llegado. Necesito hablar con ellos.*

Se apresuró hacia el recibidor, donde abrió aliviada la puerta de entrada.

- ¿Edward? – balbuceó Mylène al ver asomar el rostro del anciano. Era la segunda vez que pronunciaba su nombre en un corto espacio de tiempo.

- Hola chiquilla, ¿puedo pasar? No es demasiado cortés dejar a los invitados esperando – dijo con una sonrisa a medias que no sentó muy bien a Mylène.

- Si, por supuesto – contestó intentando aparentar una cierta normalidad.

- Venía a ver a John y a Cathy, tengo algo importante que contarles – relataba el anciano mientras la chica cerraba la puerta a su paso.

- Pues resulta que no están en casa en este momento, tendrás que venir más tarde, lo siento – comentó girándose para volver a abrir la puerta.

- No, no te preocupes, los esperaré aquí, no tengo prisa – de nuevo esa media sonrisa que tan poco le gustaba.

- Voy a llamarlos para decirles que estás aquí, si es tan importante como dices, deben saberlo cuanto antes.

- Veo que estás ya más que integrada en la familia. Dejar a su hijo enfermo a cargo de una desconocida no es muy cauteloso.

- Creo que no es la primera, ni la segunda vez que lo hacen – soltó Mylène a modo de bomba, siendo ella quien esbozaba esta vez esa media sonrisa.

Regresó hasta la puerta y salió al jardín para contactar con los padres del muchacho, prefería que el anciano no estuviera al tanto de la conversación.

El portazo retumbó en todos los rincones de la casa, expresando quizás el odio que sentía hacia aquél viejo odioso que no hacía más que escupir palabras envenenadas por su boca.

El día estaba despejado, aunque un frente nuboso se acercaba peligrosamente. La temperatura era algo baja, lo que unido a una brisa gélida y a una elevada humedad relativa, hacía la sensación térmica bastante más invernal.

Mylène sacó su teléfono móvil del bolsillo y con la agilidad que el frío le permitía, llamó a Cathy para informarle acerca de la inesperada visita de Edward.

Primero, comunicando y después fuera de cobertura, pero al tercer intento pudo por fin establecer conexión. Tan sólo tardarían cinco minutos, acababan de salir del hospital, por lo que volverían directamente a casa.

*Esperaré aquí, no pienso estar cara a cara con ese viejo, soportando sus miradas de superioridad y desprecio.*

La repentina aparición de Edward en la casa había roto por completo los esquemas de Mylène. Pretendía sacar a Max a tomar el aire y a hacer algunos ejercicios que ejercitaran sus débiles músculos de piernas y brazos, aunque con ese Edward metido en casa sería imposible. *Ese viejo rabioso pondría alguna de sus objeciones.*

El sonido del claxon de los Lekker apartó a Mylène de sus pensamientos. Apresuradamente, bajaron del coche y entraron en casa.

- ¿Qué ha pasado, nos has preocupado? – preguntó Cathy con la respiración algo agitada.
- No sé, él dijo que era algo importante.
- Pero, ¿dónde está? – el salón estaba vacío.
- No sé, debe haber subido a ver a Max – respondió Mylène ante su ignorancia.
- ¿Eso son gritos? ¡Max!
- ¡PUM!

El fuerte ruido y los supuestos gritos provenientes de la primera planta alertaron a la familia, que subió como si su vida estuviese en juego. Abrieron la puerta que se encontraba algo atascada y entraron.

Allí estaba Edward, agachado en el suelo, sujetando con sus manos la cabeza del muchacho. Max yacía tendido en el suelo con la silla de ruedas sobre su tronco.

- ¡Max! ¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado? – preguntó John tan aturdido como el resto.
- Verás, subí a ver qué tal se encontraba. Todo fue bien durante los dos primeros minutos, pero después, me cogió por el cuello pretendiendo matarme, pedí auxilio, no podía con él, su fuerza era inhumana. Sólo pude tirar la silla al suelo para conseguir liberarme.
- No, no puede ser, está muy débil – dijo John.
- Bueno, ayudémoslo a levantarse, ya discutiremos esto más tarde – interrumpió Mylène, que veía con pena al muchacho tendido sobre el parqué.

Cogiéndolo por los brazos e incorporando la silla, volvieron a colocar al muchacho en su posición habitual. Únicamente los movimientos respiratorios lo distinguían de la muerte; brazos y cuello caídos, ningún movimiento, ninguna palabra...

- Sé que es difícil de creer, pero ha intentado ahogarme, Max quería matarme – continuó insistiendo el anciano a pesar del impacto que esas palabras tenían en los padres de la víctima real.
- ¡No! ¡Eso es imposible! – saltó la pelirroja en defensa de la persona que más quería en el mundo.

Todo ocurrió en décimas de segundo. Justo en ese preciso instante, el muchacho volvió milagrosamente en sí y, con los ojos sembrados de rabia, empuñó el abrecartas del escritorio y se lanzó sin pensarlo al cuello del anciano, que no tuvo tiempo para oponer resistencia.

Ninguno de los allí presentes pudo hacer nada para evitarlo, únicamente pudieron contemplar desde un primerísimo plano cómo el afilado abrecartas de acero rompía sin dificultad la epidermis del viejo, luego atravesaba su garganta, que se iba colmando de sangre rápidamente, y aparecía de nuevo por el otro perfil. El arma del crimen se había abierto paso por los tejidos con extrema facilidad.

Nadie podía creer lo que estaba viendo, Max acababa de matar a una persona. Acto seguido, salió espantado de la casa.

- ¡Ve tras él! – ordenó Cathy a Mylène horrorizada por la sangrienta escena.
- ¡Corre! ¡Ayúdame a presionar la herida! – pidió Cathy a su esposo en un intento desesperado por salvar la ya inexistente vida del viejo.

Mientras tanto, la francesa ya había conseguido localizar a Max, estaba en el parque, sentado en un banco.

- ¡Max! – llamó Mylène la atención del fugitivo – ven, mírame a los ojos y dime que no eres un asesino – terminó la chica haciendo un esfuerzo inhumano por dejar a un lado la tristeza y la debilidad.

Para sorpresa de la francesa, se acercó con paso lento el muchacho y, una vez que sus miradas conectaron él pronunció de forma lenta, concisa y segura:

- No...Soy...Un...Asesino

Entonces, Mylène, a pesar de tener confianza plena en él, respiró aliviada. Sin dar explicaciones, ella arrancó con todas sus fuerzas el colgante que Jerry le había regalado a Max meses atrás.

Acto seguido, Max cayó, pero su cuerpo fue atrapado por Mylène antes de que entrase en contacto con el pavimento.

\*\*\*

*“¿Quién anda aquí? ¿Mylène? – pensaba el muchacho, que veía el paisaje desde su ventana. ¿Edward? No, no puede ser, ¿por qué le siguen permitiendo que venga aquí? Espero que no tarden en darse cuenta de quien verdaderamente es...”*

*¡Ah! ¿Qué haces! ¿Dónde me llevas? – la silla se detuvo en el centro y el viejo comenzó su monólogo – ¿quién es ese pobre Edward? No entiendo nada, habla sobre sí mismo en tercera persona, debe haber perdido la razón...*

*No... no... Edward – cavilaba impactado el muchacho, que veía cómo sacaba una carta y comenzaba su lectura.*

*No es posible... no es posible... ¿Quién es Edward Sullen? ¿Por qué este escrito va dirigido a mí? – el viejo seguía inmerso en la lectura de la carta, entonando de forma burlesca cada párrafo de ésta.*

*¡Edward! – pensó conmocionado. El brusco cambio en la personalidad del viejo dejaba de ser una incógnita para el muchacho – Entonces... tu eres... ¡Jason Dark!*

*¡Por qué! Edward no merecía ese final, era mi amigo, confiaba plenamente en él y me ayudó hasta el final. Era el abuelo que ya no tenía y una de las mejores personas que nunca he conocido. No dudaré en gritar a los cuatro vientos quién mató a ese noble anciano, pagarás por ello, si no, te lo haré cobrar con la misma moneda.*

*¡Para! ¡Me haces daño! ¡No puedo respirar! ¿Por qué nadie viene en mi ayuda? Tranquilo... no puedes hacer nada por ahora... cálmate... sólo cálmate. No te matará, sabe que rápidamente darían con él, además, quiere verte sufrir... No se conformará con arrebatarte el tesoro máspreciado de toda persona, prefiere verte morir en vida, prefiere alejarte de tus padres, de Mylène; de quien quieres.*

*¡Papá! ¡Mamá! – gritó su mente desde el suelo, la silla había caído. ¡Atacarte! ¿Estás loco? Por favor, no le creáis, alejaos de él - incorporaron rápidamente al muchacho mientras Jason comenzaba a excusarse –. ¿Intentar matarte? No mereces más que eso, cuando lo haga, no habrá más intentos, será definitivo.*

*¡AHORA! – el muchacho cogió el abrecartas y atravesó con fuerza el cuello del viejo...*

- *¡Buenos días dormilón! – dijo Cathy al ver por fin los ojos de Max abiertos -*

¡Mylène! ¡John! ¡Venid! ¡Ha despertado!

Dos días habían pasado tras el fatídico desenlace. Días en los que el subconsciente del muchacho no dejaba de recordarle cómo vivió aquellos instantes, pero, por suerte, eso ya no serían más que pesadillas.

Cathy, John y Mylène se habían encargado de borrar cualquier prueba que incriminase a Max con el delito y de enterrar el cuerpo de Edward, quien evidentemente nadie reclamó. Únicamente les quedaba la espina de saber por qué actuó así.

Los dos que faltaban llegaron emocionados. Max se incorporó para recibirlos.

- Gracias a todos – dijo esbozando una sonrisa en su demacrado rostro – y a ti, gracias Mylène, gracias por deshacerte del colgante, me mataba poco a poco.
- Sólo fue un momento de inspiración. Supe encajar lo que había leído sobre la leyenda; tu colgante, la situación... Sabía que tu “enfermedad” no podría haber sido curada por ningún médico – frotó su mano con la de Max, mostrando su afecto hacia él.
- Menos mal que estabas ahí, ese trocito de alma encerrada en el colgante de Jerry hubiera llegado a matarme.
- Eso ya no debe preocuparte, el colgante ya está destruido.
- Nos alegramos de que vuelvas a ser el de siempre – dijeron los progenitores al unísono mientras lo estrechaban cariñosamente entre sus brazos.

Mirando esta vez hacia sus padres, no fue capaz de pronunciar palabra alguna.

- Yo también me alegro – tartamudeó Max, sincero y emocionado.
- Siento romper este momento, pero necesitamos saber por qué lo hiciste, ¿fue bajo los efectos del colgante? – cortó Cathy, que seguía con un nudo en el estómago.
- Llevaba días sin moverme, debía hacer acopio de energía, no podía gastar ni un ápice, sabía que antes o temprano lo necesitaría. Así fue. La necesitaba para enfrentarme al alma maligna que habitaba en mí. Mi cuerpo se debilitaba cada minuto, se paralizaba por momentos, pero mi mente iba creciendo y saneando sus heridas. Esto era más importante. Sabía que si veía el momento, mi cuerpo reaccionaría y... ya sabéis el final.

Al principio intentaba resistirme a ella, pero me resultaba imposible, estaba débil y todo lo que hacía era contraproducente. Si no intentaba librarme de ella, nada ocurría, por lo que tanto vosotros como yo estábamos a salvo.

Así que, no, no fue bajo los efectos del colgante.

*2 DÍAS ANTES, 7 MINUTOS ANTES DE LA MUERTE DE EDWARD*



Aprovechando la ausencia de Mylène desde el primer segundo, subió apresuradamente hacia la habitación del muchacho sin mostrar ninguno de los achaques propios de una persona de su edad. Cerró con sumo cuidado la puerta y se encerró en la habitación junto a él.

La silla sobre la que el muchacho llevaba descansando durante las últimas horas seguía orientada hacia la ventana, permitiéndole así disfrutar de las vistas al exterior.

Edward continuaba su marcha segura hacia el joven, quien no parecía haberse percatado de que alguien había invadido su espacio vital. Se postró tras la silla y esperó un par de segundos antes de hacerla girar violentamente. De nuevo, ningún síntoma de vida en el cuerpo del muchacho, únicamente sus ojos se movían por toda la habitación, pareciendo tener todo bajo control. Se aproximó aún más a él, llegando a pisar incluso el pie de Max y dejando caer todo su peso sobre él

- Lo siento, sólo quería asegurarme de que estás tan parado y tan muerto como tu gran amigo Edward. ¡Mírame! – gritó un anciano que cada vez se parecía menos a aquel tierno y frágil que un día conoció. ¡Oh! Perdona la descortesía, mejor me pongo a tu altura.

Lo llevó consigo hacia el centro del cuarto y una vez ahí, comenzó su sermón.

- ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué tuviste que privarme de mi éxtasis, de la droga que me alejaba de la realidad? ¿Por qué? ¿Por qué investigaste la leyenda? Bueno, eso sí lo sé, pero ya me he encargado de todo. El pobre Edward no debió haberse metido en nada, ¿qué ganaba con ello? ¿Felicidad? ¿Y por qué él si tiene derecho a aspirar a la felicidad y yo no? ¿Qué he hecho para vivir así?

Mira, dijo que le gustaría que leyeras esto:

*“Max, espero que cuando leas esto ya haya pasado todo. Únicamente deseo decirte quién soy realmente, porque creo que mereces saberlo. Mi nombre es Edward Sullen y también me gustaría decirte por qué te incité a buscar el alma (por favor, no me tomes a broma, voy muy en serio).*

*Yo, Edward Sullen, entré en coma tras sufrir un aparatoso accidente de tráfico y, no me preguntes por qué, mi alma pasó a habitar el cuerpo de otra persona, que también había perdido la suya. Me llevó años averiguar de quién se trataba y, cuando por fin di con ella, no conseguí sacar el valor y el empuje necesarios para liberarla, además, yo no podía hacerlo, o quedaría preso en aquel círculo infernal. Estaba encerrado en el cuerpo de Jason Dark mientras el mío envejecía sobre la camilla de un hospital, mi única solución: liberar a Jason Dark del círculo para que recuperase su cuerpo, y yo el mío.*

*Desesperado, sin trabajo y sin saber qué hacer con mi vida, me vi obligado a vender mi casa y, aquí es donde comienzas a aparecer. Te hiciste muy amigo del hijo de los Lawrence y os escuché hablar sobre la leyenda, fue entonces cuando vi mi oportunidad. Te dejé aquella nota, que fue el detonante del reto. ¡El primer rayo de luz en años!*

*Puedes llamarme egoísta y lo entenderé, puedes llamarme asesino, y asumiré que, aunque indirectamente, lo soy, pero también podrás llamarme amigo. A medida que te conocía, veía cómo mi error crecía cada vez más y, por eso, intenté que lo irreversible se volviera reversible y que llegara el menor daño al menor número de personas.*

*Tú, tus padres, nunca me perdonaré haber hecho tanto daño a tan bellas personas, con un espíritu puro y limpio. Si envejecer me hubiera enseñado que debo pensar en los demás antes que en mí mismo... Ahora, lo sé.*

*Por ello, agradecería que tomaras esta confesión a modo de disculpa. Lo siento.*

*Edw... ”*

- No le dio tiempo a terminar de escribir su nombre, - balbuceaba entre risas - emotivo, ¿verdad? Entonces ahora te preguntarás quién soy yo, ¿no? Si... - dijo agarrando con fuerza la cabeza del muchacho y asintiendo con ella.

Pues verás, soy Jason Dark y si, lo maté, maté a Edward por si todavía no te habías enterado. Debo agradecer que mantuviera mi cuerpo en este estado, pero, ¿de qué sirve encerrar un alma marchita en la más linda flor? – nuevamente aquella risa que enfurecía al muchacho por dentro.

Externamente nada había cambiado en el semblante del chico, salvo un par de gotas derramadas a causa de las duras palabras que estaba pronunciando el anciano.

Max, cuyo cuerpo estaba cabeza abajo, muy debilitado, no deseaba otra cosa más que aquella situación acabase. Necesitaba gritar que el “nuevo” Edward, es decir, Jason Dark, era un asesino, que debían apartarlo cuando antes de sus vidas. No podía, sus extremidades no respondían a su cerebro. Sentía su alma presa de su cuerpo, presa de un cuerpo que no era el de antes; una barrera que impedía expresar a su alma.

Mylène continuaba sin aparecer, y la situación cada vez era más delicada, Edward había dejado de ser aquel inofensivo anciano.

Esta vez se ensañó con fuerza al cuello del muchacho tras girar bruscamente su tronco. Los gruesos dedos de Jason envolvían peligrosamente al muchacho, que sentía cómo su corazón se aceleraba y sus pulmones pedían oxígeno. Era más que frustrante ver cómo no podía hacer nada por su vida, que se agotaba por segundos. La parálisis de Max se había llevado consigo el famoso instinto de supervivencia del que hablaban tanto los libros de biología.

Los gritos de Jason hacían aún más trágica la situación si era posible, gritos mudos a los oídos del resto.

- ¡Agradece que no te maté antes! ¡Mereces más que la muerte! ¡Escoria!

Toda una sarta de maldiciones salió de la boca del viejo, que se abalanzaba progresivamente sobre la silla. Consecuentemente, la rueda cedió y el vuelco del asiento se dejó escuchar en todo el inmueble. Fue entonces cuando Mylène, acompañada por los padres de Max, irrumpieron en la habitación.

- Y esto fue lo que ocurrió – dijo Max entre sollozos al recordar de nuevo el duro día que sufrió.

El panorama de la habitación del muchacho era desolador; Cathy, Mylène, y John asimilaban la dura situación de Max conmovidos, dejando que sus lágrimas brotasen con libertad.

- Fuiste muy valiente – dijo John frotando la mano de su hijo.  
- Hice lo que me dictó el corazón. Necesitaba protegeros y protegerme.  
- Mmmm... ¿pueden dejarnos a solas unos minutos? Por favor...  
- Claro hija, prepararemos un buen desayuno familiar mientras tanto – dijo de una manera cómplice.

Rápidamente Max y Mylène quedaron en una intimidad absoluta. La francesa se sentó sobre la cama, próxima al muchacho y estrechó su mano.

- Max, primero decirte que me alegro inmensamente de que estés bien, ahora que todo ha pasado. En segundo lugar me gustaría saber si recuerdas algo de lo que te dije aquel día mientras estabas encerrado en el círculo.

Unos segundos después de formular la pregunta, al fin la respuesta de Max llegó a la los impacientados oídos de la muchacha.

- Lo siento, pero no. No recuerdo nada de esos días, únicamente notaba tu presencia, ¿por?  
- No, por nada, tonterías mías, je je – disimuló la francesita, que se acomodaba el pelo sobre la oreja. ¡Uy! Parece que ya está listo el desayuno, ¿huelen? Voy bajando, no tardes

Mylène salió dolida de la habitación, dejando la puerta entornada tras sí, algo decepcionada por su reacción y por no haber tenido el coraje necesario para repetir aquellas palabras. Por otro lado, el muchacho seguía recostado sobre el colchón.

*“Mereces a alguien mejor que yo, no mereces a un asesino.... Pero, te quiero.”*

## **Capítulo XVII**

### **Seis meses después**

Los hechos habían seguido su transcurso natural en los últimos seis meses, ni un sobresalto; todo un récord en la vida de los Lekker, que no habían pasado por su mejor momento.

Por otro lado, Mylène ya se había instalado completamente en su nueva familia, siendo ya una más de ella. Añoraba evidentemente la vida junto a su abuelo, su último pariente con vida, pero la atención y el cariño que recibía entre aquellas cuatro paredes le hacía seguir adelante feliz y segura.

- Es por aquí – dijo Max indicándole a Mylène el camino a seguir.

Atravesaron una larga calle enterrada en nichos, llenos de crisantemos blancos y amarillos. Llegaron a una inmensa explanada verde de la que sobresalían crucifijos anclados al suelo de todo tipo de materiales y tonos grisáceos

El cementerio de la ciudad era tan bello como el de Saint Denis de París, aunque claramente menos reconocido. Gozaba de una situación privilegiada y sus jardines eran la máxima de cualquier jardinero.

- ¡Aquí está! – se percató Mylène al ver grabados sobre la placa de mármol los nombres de la familia.

*“Jerry Lawrence”*

*“Meryl Lawrence”*

*“James Lawrence”*

La joven dejó el tupido ramo sobre la tumba, creando un bello contraste entre el rojo de las rosas y el blanco roto del mármol.

Hecho esto, guardaron un minuto de silencio en memoria de aquellas personas que la muerte se había llevado, privándolos de la vida.

*Lo siento, lo siento, lo siento, lo siento, lo siento, lo siento, lo siento, lo siento* – susurró el muchacho durante los sesenta segundos. Pese a haber superado en cierto modo su desdicha con el alma, la muerte de un buen amigo le haría sentir culpable el resto de su existencia.

Ambos embutidos en negro, recordaban con tristeza el día en que la familia Lawrence dejó la tierra sin poder ser evitado.

Mylène vestía una tupida chaqueta hasta las rodillas, cubriendo en parte el pantalón bombacho y el jersey, todo del mismo color. Su pelo recogido en un moño, como era habitual en ella, era el único toque de color en ella. Estaba guapísima.

- Mylène – habló Max por primera vez desde que arrancó el minuto de luto - llevo esperando este momento desde aquella mañana, hace seis meses y, desde entonces me arrepiento de mi respuesta.

Sí, lo oí todo y... Te quiero.

Mylène se echó sobre el muchacho al más puro estilo americano. Acercó sus labios a los del muchacho, sus miradas conectaron y el beso al fin llegó.

